

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

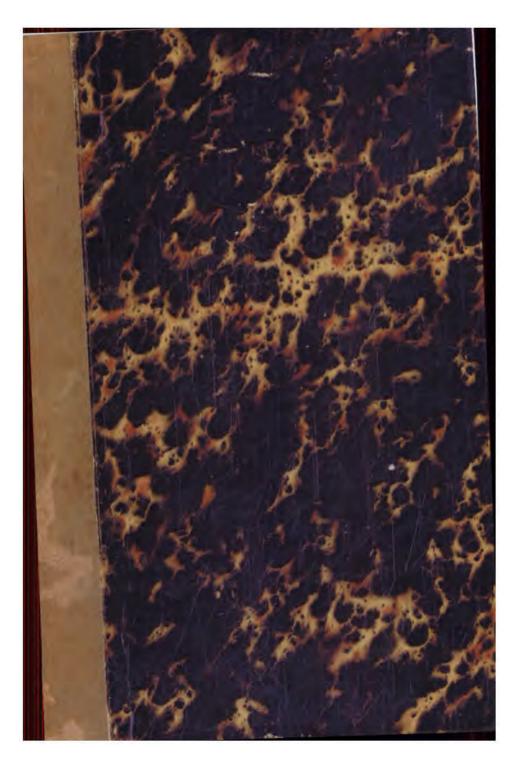
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

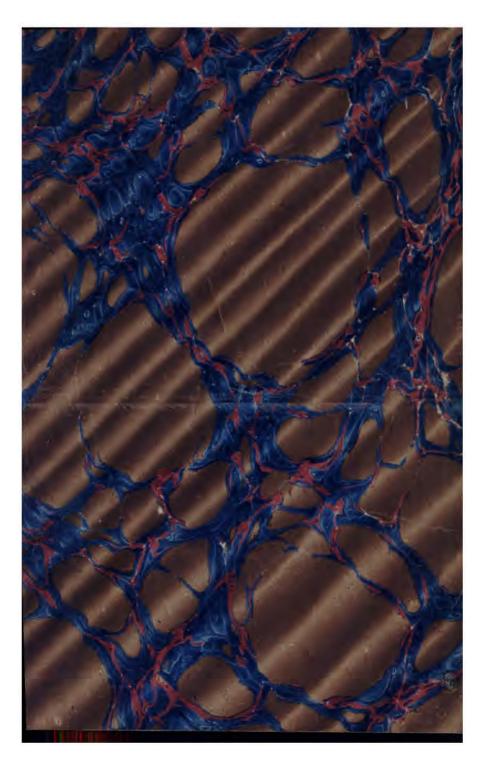
- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + Refrain from automated querying Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/







1			
	·		

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

TESORO . DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO III.

This One

		٠		
		•	ı	
	·			
	·			

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

TESORO DE AUTORES ESPAÑOLES.

POESÍAS SELECTAS

DE

D. LUIS DE GÓNGORA

Y ARGOTE,

PRECEDIDAS DE SU BIOGRAFIA

POR

M. G. LL.

MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE TOMÁS ALONSO, calle de la Justa, 21 y 23, bajo.

1868.

	. .		
			•
			· ·
	ı		

Striney.

VIDA

DR

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

No sin cierto recelo acometemos la empresa de formular nuestro juicio sobre las poesías de Góngora, uno de los poetas españoles que ha ofrecido á la crítica literaria las más diversas y hasta opuestas opiniones. Que el trabajo es árduo, lo demuestra de un modo indudable la misma divergencia de los fallos, y si bien es verdad que en la actualidad se ha depurado mucho la crítica en todas las materias á que puede aplicarse, no es fácil medir al génio empleando leyes hasta cierto punto convencionales, y que desde su espresion abstracta y científica, hasta su aplicacion á un punto concreto, sufren, en la mayor parte de los casos, una completa mudanza.

Ninguno de nuestros poetas, ha sido como Góngora objeto à la vez de las más ardientes apologías y de las más graves censuras, privilegio destinado siempre, à todos aquellos que, abandonando los senderos trillados, se lanzan con temeraria osadía por caminos aún inesplorados. Tarea muy larga seria el indicar, aunque fuera sumariamente, las peripecias y distintas fases porque ha atravesado la lucha tan notable en nuestros fastos literarios, entre los partidarios del culteranismo y los adeptos de la sencillez y naturalidad clásicas; pero ocupándonos de Góngora, no podemos prescindir de examinar el fondo de esta cuestion, ni de apuntar las consecuencias que para nuestra literatura ocasionó la revolucion iniciada por este célebre poeta, más conocido frecuentemente por sus estravíos, que por aquellas obras que bastan para tejerle una inmarcesible corona, digna del más preclaro ingénio.

Con solo advertir que algunos de sus poemas, aunque cortos, y varias de sus composiciones, han provocado largos comentarios, creemos haber apuntado lo suficiente, para que se comprenda la índole del génio de Góngora, y sus tendencias á separarse de la senda trazada por sus antecesores, que el creyó recorrida en toda su estension y buena tan solo para los talentos adocenados. Los célebres ingénios, los que poseen en sí mismos el maravilloso don de la intuicion propia, al adquirir la conciencia de sus fuerzas, propónense á las veces los más elevados fines, é impulsados tambien por el ardiente auhelo de la originalidad, suelen estraviarse en su camino, ó medir inexactamente sus fuerzas y recursos.

Lo original, no es, ni puede ser lo estraordinario, ni lo estravagante; debe tal cualidad realizarse dentro de la comun medida, y si bien esto presenta respetables dificultades, tambien en cambio es mayor la gloria que resulta del triunfo.

Cuando Góngona se dedicó al cultivo de las musas, ya la lengua castellana habia llegado á su mayor grado de esplendor. Notabilísimos poetas habian enriquecido nuestra literatura con famosas producciones, y era tanto más difícil conquistarse un nombre respetable en la república de las letras, cuanto mayor era la competencia. Y si esto podia considerarse árduo é inseguro, i hasta qué estremo no se aumentarian las dificultades y los obstáculos, cuando se menospreciaba el ser par entre los mejores, y se aspiraba á ocupar el primer puesto y gozarle, imponiéndose á todos con el irresistible influjo de la victoria? Tal presuncion debia provocar naturales pugnas, que habiéndose originado en el amor propio, en lo que podriamos llamar propiamente el genus irritabile vatum, habrian de distinguirse por su acritud y destemplanza.

Pero antes que descendamos à tales pormenores, y antes tambien de ocuparnos de los apuntes biográficos de Góngora, siguiendo fielmente el plan que hemos adoptado, creemos preciso investigar los orígenes del culteranismo, no con la profundidad y trascendencia que reclamaria una obra especial literaria, sino con la sobriedad que nos impone el límite á que debemos sujetarnos.

El renacimiento que tanto influjo ejerció en la literatura europea, así como en las demás bellas artes, debió naturalmente producir una importante y profunda modificacion en el modo de ser de nuestro desarrollo literario. Las frecuentes comunicaciones, que durante los siglos XV, XVI y XVII se establecieron entre la Península española é italiana, al mismo tiempo que contribuyeron poderosamente á esta influencia, produgeron tambien la revolucion literaria iniciada por Boscan y Garcilaso, la cual, despues de una lucha con nuestra poesía original, alcanzó un predominio indisputable sobre nuestros más preclaros ingénios.

Los metros italianos, y los más célebres poetas de aquella nacion, fueron desde entonces adoptados como modelos entre los más notables cultivadores de la poesía castellana, y el género original, quedó reservado esclusivamente para las producciones literarias, que inspirándose en el sentimiento y en las tradiciones naturales, rechazaban, ó hablando con más propiedad, desconocian las combinaciones estudiadas de los poetas ítalianos y sus tendencias hácia el clasicismo latino y griego.

En un principio, redújose esta imitácion á límites justos y razonables, y los nombres de Fray Luis de Leon, de Rioja, de Herrera y algunos otros eminentes vates, vienen naturalmente en apoyo de este aserto. Sin embargo, lo mismo en Italia que en España, una vez abierta esta nueva senda, no faltaron ingénios que penetrasen por ella hasta los últimos estremos, y que, desdeñando la sencilla y significativa poesía popular, dedícasen toda su atencion al estudio de los clásicos, cuyas bellezas y hasta defectos se intentaban copiar con la mayor exactitud posible, sin tener en cuenta, ní la diferencia de los tiempos, ni la índole diversa de ambas sociedades.

Bien pronto, al mismo tiempo que se traducian con especial predileccion las obras maestras de las literaturas elásicas antiguas, todos los poetas aspiraron á seguir aquellos modelos, y así como la mitología había sido una fuente inagotable de belleza para las artes de Grecia y Roma, así tambien se trató de beber en ella la inspiracion que no podian dar, tratándose de una sociedad cuyas bases fundamentales eran completamente epuestas. Por eso estas manifestaciones de la possía tenian mucho de convencional y arbitrario, y jamás pudieron encarnarse en el sentimiento popular, que

no comprendia los atractivos que encerraban ideas y afectos, que para él no tenian significacion alguna.

Hubo además otra tendencia, que ya no tenia por principal objeto el aspirar à la elevacion, por medio de la imitacion clásica, sino que siguiendo diverso rumbo, pensó que el mérito consistía en la oscuridad, en la profundidad aparente y rebuscada de los conceptos, en el artificio del estilo, en una palabra, en todo aquello que se sale de los límites de lo usual y acostumbrado. El fundador de esta escuela, pues tal nombre merece por el respetable número de sus secuaces. fué Alonso de Ledesma, que en un tomo de poesía que tituló Conceptos espirituales, llevó la exageracion y el artificio hasta un estremo dificil de concebir y espresar. Entre los conceptistas, figuraban en primer lugar los escritores místicos, que introdugeron aquel estilo metafórico hasta en la oratoria sagrada. La influencia del conceptismo ha sido notable en nuestra literatura, pues de él encontramos vestigios, aun en los más célebres escritores pertenecientes al siglo de oro de nuestra literatura.

Sin embargo, los que no podian aspirar á la espresion de ideas elevadas y metafísicas por medio de oscuros y embrollados conceptos, apelaron, para dar novedad á sus escritos à la lengua latina, tomando de ella muchos giros, muchos vocablos, y afectando un hiperbaton tan exagerado, que escede con mucho los límites que permite la índole de nuestra lengua, aun con ser de todas las neo-latinas, una de las que más se presta á los giros clásicos.

Caracterizó esta escuela Vasco Diaz de Fregenal, que floreció á mediados del siglo XVI. Para que pueda juzgarse de su estilo, copiamos á continuacion algunas líneas de un prólogo que puso á su libro, titulado: Veinte triunfos, que dedica

á veinte duques españoles, empleando las siguientes palabras:

«Baste que la ferventisima afectacion y la observantisima veneracion que á vuestras dignisimas y felicisimas señorías debo, á la dedicacion de mis Veinte triunfos me ha convidado. Como quiera que más coronas ducales segun mi noticia, en la indómita España no hay, verdaderamento el presente es de poco precio, y las obras de menos valor, y el autor de ellas de menos estima. Pero su apetitosa observancia, su afeccionada fidelidad y su optativa servidumbro por las nobilísimas bondades y prestantisimas virtudes de vuestras escelentes y dignisimas señorías, en algun precio estimadas ser merecen.»

La poesía, aunque no tan plagada de violentas trasposiciones y de vocablos latinos, porque en este punto las mismas dificultades y exigencias del metro, ponian un límita á la deplorable exhuberancia de este autor, no por eso deja de obedecer al mismo sistema. Sirva de ejemplo la siguiente estrofa, tomada de uno de sus Veinte triunfos (1).

"Al tiempo que el fulmina do Apolo muy radial Entraba en el primer grado Do nasció el bello dorado En el equinocial; Pasado el périca nacion, Su máquina mundanal Por el curso occidental Equitando en Phelegon."

De lo que precede, y teniendo en cuenta las diferentes influencias esteriores á que obedeció nuestra literatura nacional en su desarrollo, observamos la tendencia á salir por uno ú otro camino de los límites de la razon y del buen gusto;

⁽¹⁾ Triunfo nuncial vandalico, folio 1X.

para lanzarse en brazos de la estravagancia, hasta el más completo olvido, no ya de las reglas de los preceptistas, que nunca á ellas se sujeta el génio, sino de las que imponen las eternas leyes de la belleza.

El que debia dar el último paso en esta errada senda, sintetizando to los los estravíos, fué Góngora, quizá el más eminente de nuestros poetas líricos, y que sin esta circunstancia, que ha perjudicado sobremanera á su nombre, tomado despues como sinónimo de perversion del buen gusto, acaso no hubiera hallado quien le disputára el primer puesto en nuestro Parnaso.

D. Luis de Góngora y Argote, pues ya creemos llegada la ocasion de consignar sus antecedentes biográficos, nació en la ciudad de Córdoba, en la nobilísima pátria de los Lucanos y los Sénecas, el jueves 11 de Julio de 1561 (1). Su padre fué Francisco Argote, distinguido letrado, corregidor de Madrid y de otras varias ciudades, y su madre Doña Leonor de Góngora. Deberia por lo tanto llamarse Argote y Góngora; pero siguiendo una costumbre muy comun en aquel tiempo, colocó en primer lugar el apellido materno, por parecerle más sonoro y distinguido.

A los quince años abandonó Góngora el hogar paterno, marchando á Salamanca á dedicarse á los estudios. Las intenciones de su padre eran que siguiese la carrera del foro; pero el jóven escolar, se fastidió muy pronto de las leyes, y se entregó con especial predileccion al cultivo de las musas, en

⁽¹⁾ Pellicen, Lecciones sotemnes. Puede verse tambien la edicion que de las poesías de Góngona, publicó Hoces en Madrid, 1634, en 4.º A la cabeza del tomo, figura una corta biografía, en estilo por demás campanudo y estrafalario, en la cual à vueltas de muchos circu iloquios oscuros y pedantescos se dan algunas nolicias biográficas de escaso interés.

lo cual demostró muy à los principios un privilegiado y fecundo ingénio.

En 1584, es decir, cuando Góngora contaba solamente 23 años, ya es citado con encomio por Cervantes en su *Galatea*, è igual recuerdo mereció en el *Viage al Parnaso*, debido tambien à la pluma del príncipe de nuestros ingénios.

Góngona, compuso todas sus poesías amatorias y satíricas mientras que seguia sus estudios en la universidad Salmanticense, por lo cual alcanzó una merecida fama entre todos los que entonces se dedicaban al cultivo de la poesía, por las altas dotes, fecundidad, elevacion y soltura que se revelaban en todas sus composiciones, aun en aquellas que menos pretensiones encerraban.

Ignórase la causa que le indujo á abrazar el estado religioso, costumbre muy frecuente en aquellos tiempos entre los poetas, y que en nuestro concepto, en la mayor parte, más que á una especial vocacion, debe achacarse á necesidad de apelar á los beneficios eclesiásticos, en una época en que las letras no podian considerarse como una profesion.

A pesar de haber pretendido Góngora por espacio de once años algun cargo ó empleo que le ayudase á cubrir sus necesidades más urgentes, al cabo de este tiempo solo obtuvo un beneficio en la Iglesia de Córdoba, su pátria. Por los años de 1591, volvio Góngora á Salamanca, acompañando al canônigo Alonso Venegas, que llevaba el encargo de prestar obediencia en nombre del cabildo al obispo Jerónimo Agua-yo y Manrique.

Estando en esta ciudad, en donde habian trascurrido los alegres y borrascosos dias de su mocedad, padeció una aguda dolencia, que le tuvo sumido por espacio de tres dias en un letargo tan profundo que ya se le consideraba como muerto (1).

Despues que se hubo repuesto de su enfermedad regresó á la córte; pero por más que su ingénio era conocido y estimado, tanto por los monarcas, como por los nobles, algunos de los cuales, aficionados á la poesía, se vanagloriaban de seguir sus huellas, no alcanzó ningun favor de la Córte, y á esto sin duda debe achacarse, tanto una composicion en tercetos como algunos sonetos que dirigió contra las intrigas y desengaños que esperimentan los que se ven en el amargo trance de pretender algun cargo ó empleo.

Sin embargo, su mérito no pasó desconocido, y al cabo de largos años de pacientes peticiones, el Duque de Lerma, valido à la sazon de Felipe III y el Marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderon, le nombraron para una capellanía de honor. Muerto Felipe III, y habiendo obtenido la absoluta privanza de su sucesor el célebre Conde-Duque de Olivares, á instancias de Góngora, fueron agraciados dos sobrinos suyos con el hábito de Santiago, gracia que demuestra de un modo indudable, que aunque tarde, se habia hecho justicia al preclaro ingénio del ilustre poeta.

Cuando el año de 1826 se trasladó la córte temporalmente á Aragon, Góngora siguió á los Reyes; pero enfermó tan gravemente, que se temió por su vida. Entonces recibió muestras inequívocas del afecto de los monarcas, pues la esposa de Felipe IV. Isabel de Borbon, dió órdenes á sus propios médicos para que empleasen todos los recursos de la ciencia en favor del distinguido vate. Aunque se restableció de aque-

⁽¹⁾ En uno de sus sonetos, que comienza:

"Muerto me lloró el Tormes en su orilla"
alude con su natural donaire y gracia á este suceso.

lla peligrosa enfermedad, su cerebro quedó lastimado hasta el punto de perder la facultad de la memoria, contratiempo que le disgustó tan profundamente, que tan luego como pudo arrostrar las incomodidades del viaje, regresó à Córdoba. Poco tiempo disfrutó Góngora de su voluntario retiro, pues en la tarde del lunes 23 de Mayo de 1627 entregó su alma al Criador, à la e-lad de sesenta y seis años.

Fué sepultado en la capilla de San Bartolomé de la catedral de Córdoba, patronato de su familia.

Por esta breve reseña de su vida, compréndese fácilmente que la fortuna no se le mostró muy propicia. En algunas cartas que de él se conservan, se duele con varios amigos íntimos de su pobreza, compañera inseparable en la mayor parte de las ocasiones del génio.

No consintió Góncora que sus composiciones se imprimiesen durante su vida, por más que fuesen sumamente conocidas y celebradas por las muchas copias manuscritas que de ellas circulaban, especialmente en la córte.

D. Jerónimo de Hoces imprimiólas por primera vez en Madrid el año de 1639, precedidas de una biografía escrita en un estilo conceptuoso y enfático, segun ya más arriba dejamos indicado, y que es digno de las Soledades, de la Fábula de Polifemo y Galatea y del Panegirico del Duque de Lerma, obras en las cuales Góngora desplega el culteranismo, de que fué iniciador hasta los más exagerados límites. En 1654 volvió á imprimirse la edicion de Hoces con algunas adiciones, y sobre ella se hicieron posteriormente otras varias en Sevilla, Zaragoza, Lisboa, Bruselas y en otros puntos, más ó menos aumentadas, más ó menos corrompidas.

Hiciéronse además otras varias ediciones parciales por sus comentadores, tales como la de Pellicer, que comentó los poemes titulados las Soledades, el Panegirico al Duque de Lerma, el Polifemo, y el romance de Piramo y Tisbe; la de García de Salcedo Coronel, que hizo lo propio con todas las obras de arte mayor; la de Francisco de Anaya, que esplicó la Soledad primera; la de Pedro de Rivas, que comentó las Soledades primera y segunda, y la de Salazar y Mardones, que verificó esto mismo con el romance de Piramo y Tisbe.

Las poesías escogidas de Góngora se imprimieron tambien en la coleccion de Fernandez, formando el tomo IX, que no llega á 200 páginas. Esta edicion hecha en Madrid el año de 1789, es en estremo incorrecta, así como las anteriores, y si bien en general no está mal hecha la eleccion, como se reduce á límites demasiado estrechos, deja bastante que desear, pues muchas de las más notables poesías no han podido caber en tan reducido espacio. La edicion de Fernandez volvió á repetirse sin cambio notable en Madrid el año de 1820.

Todas las ediciones citadas escasean en estremo, y esto ha sido causa de que las obras de tan notable ingénio sean poco conocidas de la generalidad, que no ha tenido ocasion más que de veralgunas composiciones sueltas en los tratados de Retórica y de Literatura Española.

La edicion más completa de todas es la que forma parte del tomo XXXII de la Biblioteca de Autores Españoles, de Aribau, en la cual figuran todas las poesías, lo mismo las que han grangeado á Góngora un nombre impercedero y una fama envidiable, que las que han sido objeto de los más virulentos ataques por parte, no solo de sus émulos, sino tambien de los amantes del buen gusto.

Á Góngona no se le puede juzgar de un modo absoluto, si es que se aspira á la exactitud y á la imparcialidad. Sus poesías festivas, y sus versos cortos ó de arte menor, como entonces se denominaban, denotan á las claras las relevantes prendas que adornaban su talento y el génio de que le habia dotado el cielo para el cultivo de la poesía. En efecto, nada más tierno, espresivo, dulce y melancólico que algunos de sus romances, entre los cuales no podemos resistir á la tentacion de recomendar á nuestros lectores los que comienzan: La más bella niña, Frescos airecillos, Lloraba la niña. El primero es acaso de los mejores que se han escrito en lengua castellana. Es imposible pintar con más ternura, con mayor sencillez, candor y verdad, el dolor de una jóven desposada, á quien la guerra arrebata su amado esposo.

Los romances amorosos brillan tambien por la galanura de la frase, por la fluidez de la diccion, y muchos de ellos son dignos de figurar á la cabeza de los mejores de nuestro popular Romancero, tan rico en esta clase de joyas literarias.

Del mismo modo brilla Góngora tambien en primera línea en los romances, letrillas y décimas satíricas, en donde se censuran las costumbres y se ridiculizan los vicios con esquisita gracia, con inimitable chiste y con una ligereza y oportunidad que no han alcanzado quizá ninguno de los demás poetas españoles de cuantos cultivaron con predileccion este género.

En todos dejó Góngora muestras inequívocas de su fecundo génio; pues si bien en las canciones heróicas y en algunos de los sonetos se notan ya de un modo visible los resabios del género que inició en la literatura, en muchas de estas composiciones, y siempre que se ha contenido en los límites del buen gusto, nadie le ha aventajado, ni en la elevacion de pensamiento, ni en la elegancia, majestad y brillo de la diccion, ni en el vuelo de las imágenes. Sus versos de arte mayor, cuando no se hallan afeados por los lunares del culteranismo, son rotundos, fluidos y numerosos.

Hablando de los sonetos, no podemos olvidar el que comienza: La dulce boca que á gustar convida; otro, cuyo primer verso es el siguiente: Raya dorado sol, orna y colora; uno dirigido al Guadalquivir; otro á los celos; otro á Córdoba; algunos más que omitimos por evitar la proligidad, pero que nuestros lectores encontrarán entre los que coleccionamos con el mayor esmero que nos ha sido posible. Ninguno de ellos perderia nada puesto en parangon con los mejores que poseemos de otros poetas; y otro tanto podemos decir de algunas cauciones heróicas, líricas y amatorias, que pueden considerarse tambien como de primer órden.

En una palabra, de ningun poeta castellano pueden elegirse tantas cosas buenas: ninguno como él ha sabido llegar en unos puntos á la sublimidad, la elevacion, la majestad y el númen; amoldarse á la sencillez encantadora y hasta infantil en algunos romances y letrillas ligeras, ni esgrimir el arma de la crítica con tanta sal, donaire, gracia é intencion.

Como complemento de los juicios que acabamos de emitir, y tratando siempre de apoyar nuestros asertos en verdaderas autoridades, tanto para la mejor ilustracion de la materia, como para comprobarla con testimonios dignos de respeto, insertamos á continuacion el concepto que ha merecido Góngora á algunos de sus contemporáneos, entre los cuales figuran nombres tan insignes como los de Lope de Vega, Cervantes y Saavedra Fajardo.

JUICIO CRITICO

DE LAS POESÍAS DE GÓNGORA.

De Lope de Vega.

(En una respuesta á un señor de estos reinos, en que da su parecer en razonde la nueva poesía).

El ingénio de este caballero, en mi opinion, es el más raro y peregrino que he conocido en aquella provincia, y tal, que ni á Séneca ni á Lucano, nacidos en su pátria, le hallo diferente, ni á ella por él menos gloriosa que por ellos... Escribió en todos los estilos con elegancia, y en las cosas festivas, á que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcial, y mucho más honestas. Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuadas por la mayor parte de su edad, de que aprendimos todos erudicion y dulzura, dos partes de que debe constar el arte... Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso, á lo que siempre he creido, con buena y sana intencion, y no con arrogancia, como muchos que no le son adeptos han pensado, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas.

De Francisco Cascales.

(En carta à Luis Tribaldos de Toledo).

¿Quién puede presumir de un ingénio tan divino que ha lustrado la poesía española á satisfaccion de todo el mundo; ha engendrado tan peregrinos conceptos; ha enriquecido la lengua castellana con frases de oro felicemente inventadas, y felicemente recibidas con general aplauso; ha escrito con elegancia y lisura, con artificio y gala, con novedad de pensamientos y con estilo nuevo, lo que ni la lengua puede encarecer ni el entendimiento acabar de admirar, atónito y pasmado, que habia de salir ahora con ambagiosos hipérbatos, y con estilo tan fuera de todo estilo, y con una lengua tan llena de confusion?

(En carta à D. Francisco del Villar).

Digo, pues, conformándome con vuestra merced, que á ese caballero siempre le he tenido y estimado por el primer hombre y más eminente de España en la poesía, sin escepcion alguna, y que es el cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo. Pero como yo concedo esto, me ha de conceder vuestra merced y todos los doctos, que han de ser en esto solamente oidos, que aquella oscuridad perpétua debe ser condenada.

De D. José Pellicer y Tobar.

(En El Fénia, Madrid 1630).

El príncipe de los poetas españoles, nuestro gran cordobés D. Luis de Góngora, solo comparable á Pindaro de los griegos, cuyas obras salieron á luz póstumas con nombre del Homero español, título desigual, si no por el génio, por lo escrito; que D. Luis jamás escribió poema épico. Solo vagó como Claudiano, igualando á Marcial en sus sales.

De D. Diego Saavedra Fajardo.

(En la República Literaria).

En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en Don

Luis de Góngora, requiebro de las musas y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural es culto y puro, sin que la sutileza de su ingénio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió despues, queriendo retirarse del vulgo y afectar la oscuridad: error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su Polifemo, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus Soledades, se halló despues tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingénios y esplicaron sus agudezas.

De Fray Andrés Ferrer de Valdecebo.

(En el Templo de la Fama, Madrid 1860).

Á todas estas estátuas hacian frente, en órden diferente, otras tan valientes y famosas, y se leia el letrero de la primera, que decia: El Taso ¿no es el Torcuato? Sí, y puede ser collar de oro del mismo Apolo. Le hacia lado la de Garcilaso, príncipe en lo lírico, y en ambas otra con culto fabricada, y decia la letra de la tarjeta: Góngora, natural de Córdoba. Este no ha tenido segundo ni quien le imíte; y si igualáran á los versos los asuntos, habia de tener mejor lugar que Homero.

De Cervantes.

(En el Canto de Caliope) (1).

En Don Luis de Góngora os ofrezco Un vivo raro ingénio sin segundo: Con sus obras me alegro y enriquezco No solo yo, mas todo el ancho mundo: Y si por lo que os quiero algo merezco,

⁽¹⁾ Galatea, libro YI.

Haced que su saber alto y profundo Kn vuestras alabanzas siempre viva Contra el ligero tiempo y muerte esquiva.

En otro lugar dice el mismo Cervantes (1):

Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;
Es Don Luis de Góncona, à quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado más supremo.

En algunos de los anteriores juicios se alude al culteranismo, y esto nos conduce naturalmente á tratar esta cuestion, que es de suma importancia, puesto que no atañe solamente á una sola personalidad, sino que por el contrario, influyó de un modo notable y por largo tiempo en el giro que tomaron, no solo la poesía, sino tambien los demás ramos de la literatura.

Hemos consignado más arriba las diversas tentativas que antes de Góngora se habian hecho para sacar de su verdadero camino á la poesía, ya por medio de la imitacion de la antigüedad clásica, ya amoldándola á las formas italianas, ya empleando los más metafísicos é intrincados conceptos; réstanos ahora hablar del culteranismo, que este nombre tomó la escuela fundada por Góngora en las Soledades, en el Polisemo y en el Panegirico al Duque de Lerma.

De estos poemas no podíamos prescindir por completo, si habíamos de dar una idea cabal y exacta del escritor de que nos venimos ocupando, y por esta causa, y tambien para que

⁽¹⁾ Viaje al Parnaso. cap. II.

nuestras palabras puedan recibir la necesaria comprobacion, y sean corregidos algunos asertos, si pareciesen infundados, hemos incluido en el presente tomo, como muestra del género culto, la fábula de Polífemo y Galatea al lado de las mejores producciones de Góngora, pues de otro modo la coleccion sería á todas luces incompleta. Por lo demás, como este poema, así como los otros dos citados, apenas son conocidos de la generalidad, y en ellos se fundan los cargos que contra Góngora se dirigen, creemos oportuno insertar al menos uno de ellos, que da una idea exacta de los demás, puesto que todos obedecen al propio espíritu. De este modo creemos haber alcanzado nuestro propósito, que era coleccionar las obras selectas de Góngora, y ofrecer una agrupación preciosa y relativamente completa.

Supuestos estos antecedentes, ya es tiempo de que abordemos de frente la cuestion. Algunos escritores, y entre ellos el anglo-americano Tiknor (1), al ocuparse del orígen del culteranismo, le hacen derivar de la escuela conceptista que hemos mencionado anteriormente, y suponen que al observar Góngora el fruto escaso que habia obtenido en la córte con sus primeras poesías, y viendo el favor que entre los nobles gozaban los conceptistas, se propuso seguir este ejemplo, aunque amoldándole á su carácter, y creando sobre aquellos elementos un género nuevo; que por lo regular no sigue el verdadero génio los trillados senderos.

No podemos negar, porque si así lo hiciésemos, incurriríamos en una visible inexactitud, que la escuela conceptista no hubiese influido en la aparicion del culteranismo; y tampoco debe olvidarse que el favor y estimacion que alcan-

⁽¹⁾ Historia de la Literatura Española, tomo III.

zaron en la corte los escritos de Góngona que obedecian á esta aspiracion, no hubiesen contribuido á lanzar por esta senda á nuestro poeta; pero el principal orígen debe buscarse en otra parte.

El superior génio de Góngora no podia satisfacerse, segun ya hemos indicado, con un puesto secundario en el Parnaso español; sentia dentro de sí mismo el impulso creador de los talentos privilegiados; queria esceder y sorprender á todos elevándose á inmensa altura, no solo sobre los poetas que hasta entonces le habian precedido, sino sobre sus contemporáneos.

Esto no podia realizarse sino por dos diferentes caminos, y precisamente las circunstancias obligaron á Góngona á cscoger el peor. La intolerancia escesiva que paralizaba los vuelos del pensamiento; que encerraba como en un círculo de hierro todas las manifestaciones que estaban en aparente contradiccion con las creencias; que ahogaba el cultivo de la filosofía y de todas las demás ciencias, era causa de que los ingénios españoles tuviesen que dedicarse á aquellos ramos que no ofrecian tan inminentes peligros. La verdad, compañera inseparable de la belleza, veíase perseguida tan luego como se manifestaba de un modo algun tanto atrevido, y por una reaccion fácil de esplicar; así como en otros países se profesaba la más absoluta tolerancia, que rayaba ya en la licencia y en la anarquía, en España, para evitar estos escesos, se incurria en otros quizá más perjudiciales é infe-·cundos.

No pudiendo, por lo tanto, trabajarse en el fondo del pensamiento, agotábanse las combinaciones de la forma, y los privilegiados ingénios, encontrándose encerrados en los límites de una estrecha valla, que no les era dado atravesar,

queriendo buscar la originalidad y lo nuevo por caminos impropios, llegaban á la exageracion y al mal gusto.

Por lo demás, cuando una innovacion tan atrevida como la que Góngora introdujo en la poesía, se arraigó tan fácilmente, cuando mereció, no solo el aplauso, sino tambien la imitacion entre las gentes más sábias; cuando su ejemplo contagió aun á los que más esfuerzos hicieron por evitar aquella revolucion, es indudable que el terreno estaba preparado para esto, pues no debe suponerse, que un hombre solo influya tan poderosamente, cuando no existen causas anteriores y antecedentes que auxilien con eficacia sus tendencias y aspiraciones.

Desde que Góngora hizo sus primeros ensayos en el género culto (1), adquieren sus obras gran favor en la córte, y entre los aristocráticos ingénios, y su ejemplo no tardó en ser seguido por muchos poetas, que no poseyendo su génio, no conservaban en los estravíos las grandes bellezas que el iniciador derramó aun en sus más exagerados poemas.

Los principales imitadores y secuaces de Górgora, fucron el conde de Villamediana, D. Francisco de Córdoba, abad de Rute, D. José Antonio de Salas, el maestro Francisco del Villar, Martin Vazquez Ciruela, D. Juan Andrés Uztarroz,

⁽¹⁾ D. Félix de Arteaga, llamado tambien el padre Paravicino, imitador de Góngona, habiando de este poeta dice:

Hijo de Córdoba grande, Padre mayor de las musas, Por quien las voces de España Se vén de barbaras, cultas.

À esta manera de espresar las ideas el docto humanista Bartolomé Perez Paton dió el nombre de cult:ranismo, segun se desprende de los siguientes versos de Lope de Vega:

Gente ciega , vulgar y que profana Lo que llam j Paton culteranismo.

D. Martin de Angulo y Pulgar y otros mucho menos notables, y cuya enumeracion nos llevaría más lejos de nuestro propósito.

Contra esta escuela, se declararon con una unanimidad notable los más distinguidos poetas españoles, entre los cuales debemos citar como confirmacion de este aserto, nombres tan respetables como los de Lope de Vega, Quevedo, los Argensolas, Jáuregui y Cascales, y desde aquel momento se declaró una guerra enconada entre unos y otros; llovieron versos satíricos y mordaces por una y otra parte, y con frecuencia se olvidaron los límites de la decencia y el decoro.

Cada nuevo poema que aparecia de Góngora exacerbaba más y más la irritacion de los ánimos, y como en el arte de esgrimir las armas de la sátira, muy pocos ó ninguno escedia á Góngora, contestaba este á tales ataques con escritos no menos mordaces é intencionados.

Lope de Vega, que jamás habia profesado gran simpatía por Góngona, á pesar de lo que algunos escritores han afirmado, tomando en recto sentido varias alabanzas que le dirigió, fué uno de los que más se señalaron en esta cruzada contra Góngona, el cual volvia golpe por golpe, con la rudeza propia de su enérgico carácter.

No cumple á nuestro propósito el consignar aquí las composiciones á que dió ocasion aquella cruda contienda; pero en su lugar correspondiente, encontrarán nuestros lectores algunos sonetos que Góngora escribió en defensa de sus censurados poemas.

Entre los manuscritos que se hallan en la Biblioteca Nacional, hay uno señalado con la signatura X, 87, que contiene muchas de esas composiciones, y entre ellas escogemos la siguiente quintilla que Góngora dirigió á Lope de Vega,

en contestacion á algunos ataques del fénix de nuestros ingénios:

> Dicenme que hace Lopico Contra mi versos adversos; Pero, si yo versifico Con el pico de mis versos Á este Lopico, lo pico.

Pero ni los esfuerzos de Lope de Vega, ni los de Quevedo y algunos de nuestros mejores poetas fueron suficientes para contener aquel devastador torrente que inundó toda nuestra literatura, hasta el estremo de que los mismos contrarios se resintieron de su influencia. Quevedo que se distinguió en muchas composiciones por sus ataques contra el culteranismo, revela en algunos de sus versos que rindió párias al folo del dia, y que no pudo resistir al impulso de la moda, y no sosolamente el gongorismo se dejó sentir en la poesía lírica, sino que tambien invadió todos los demás géneros, y con especialidad el teatro, como lo atestiguan muchas producciones del fecundo Lope de Vega y las más notables del insigne Calderon.

La prosa no tardó en obedecer tambien á esta influencia, y del mismo modo que el conceptismo, invadió no solo los libros, sino hasta la elocuencia sagrada. Entonces todos aspiraron á velar el pensamiento, y la oscuridad se consideró como el primer mérito de un escrito.

Por lo demás, ¿cuál era la índole y tendencias de la revolucion ocasionada por Góngora en las letras españolas? ¿En qué consistía la esencia y el fondo del culteranismo? Para contestar á estas cuestiones debemos dirigir nuestra vista á los orígenes de nuestra literatura, pues jamás nos cansaremos de repetir, que no hay ningun hecho que aparezca en un tiempo dado, que no reconozca una lenta y anterior preparacion. Ya desde los primeros momentos de la poesía castellana, se notan declaradas tendencias hácia una division, que muy pronto apareció completamente definida y limitada. Así como habia poetas que procedian del pueblo, vivian para el pueblo, se inspiraban en los asuntos populares y trataban de reflejar la sociedad en que vivian, existian otros por el contrario, que esperimentando el influjo del renacimiento de las letras clásicas, aspiraban á crear un lenguage esclusivamente poético, desdeñando el empleo de las locuciones vulgares, y siguiendo un camino totalmente distinto del que habian adoptado los vates populares.

Dentro de esta escuela que podemos llamar erudita, algunos llevaron las tendencias clásicas hasta un límite más exagerado, dedicándose no solo á la imitacion en la parte puramente formal, sino en lo que se refiere al fondo; es decir, al elemento interno de la poesía.

Entonces para la inteligencia de las producciones de los más elevados ingénios, se necesitaba el conocimiento de los clásicos antiguos, y el de los principales elementos de la cultura y civilizacion griega y romana, por lo cual, tal género de poesía no podia ejercer influencia alguna en el vulgo indocto. Góngora dió un paso más en este camino, pero un paso de jigante como son los del génio.

Introduciendo multitud de vocablos de las lenguas latina y griega, adoptando los giros á que estos idiomas sintéticos se prestan admirablemente sin perjuicio de la claridad, buscando la novedad en las imágenes sin cuidarse tanto de la exactitud y la procedencia, y aspirando á lo estraordinario en las comparaciones, velando al propio tiempo el pensamiento bajo oscuras alusiones, sorprendió en un principio con sus poemas que se creyeron como muy superiores á aque-

llos que fácilmente podian ser comprendidos y apreciados.

Creyóse que el sentimiento y comprension de la belleza, estaban destinados tan solo á las inteligencias privilegiadas, y se graduó el mérito en razon de la oscuridad. Lo natural, lo espontáneo, lo que encerraba la belleza en el sentimiento, se consideró como vulgar é indigno de ocupar á las inteligencias privilegiadas, y una multitud de poetas que no podian aspirar á sorprender y admirar, limitándose á los antiguos senderos, se entregaron con entera decision á seguir las huellas de Góngora; mas siendo muy inferiores á él en el talento, llevaron la exageracion hasta un punto casi inconcebible.

Por mucho tiempo las letras españolas gimieron bajo el yugo del mal gusto, y sucedió despues lo que era de esperar, que cuando se trató de restaurar la literatura, se recayó en el estremo opuesto, encomiándose un realismo tambien infecundo, preconizándose la sujecion servil á los preceptos, sujetando á medida las espontáneas manifestaciones del génio, y condenando como improcedente, todo lo que no se amoldaba á las frias y convencionales leyes de los preceptistas.

Como en otra ocasion tendremos motivo suficiente para juzgar con la detencion que se merece esta reaccion que se esperimentó en la literatura, hacemos aquí punto, pasando á justificar el método que hemos seguido en la presente coleccion, en la cual hemos procurado encerrar cuanto más notable y característico ofrece el escritor de que nos ocupamos.

Las obras de Góngora son bastante numerosas y de diversos géneros, segun ya hemos indicado más arriba. Sonetos, canciones heróicas, heróticas, líricas, fúnebres y sacras; letrillas amatorias y satíricas; décimas; romances de diversas clases y poemas, en los cuales brilla principalmente el nuevo estilo culto, son las producciones que nos ha legado la fecunda pluma de este notable ingénio.

Entre los sonetos hay algunos que pueden figurar en primera línea, aun refiriéndonos á los más perfectos, y todos ellos aparecen en esta coleccion, no habiendo descartado más que los que tienen escaso mérito, ó aquellos que se dirigen á personas particulares, y que hoy no tienen ya otra significacion que la que puede darles el nombre de su autor.

Atendiendo á esta circunstancia, teniendo presente tambien que muchas de estas composiciones no pueden considerarse, como producto del espontáneo génio del poeta, sino como el resultado de sus compromisos, solo hemos dejado aquellas de verdadera significacion en todos tiempos y paises y cuyo mérito es intrínseco é indisputable.

Las canciones líricas y eróticas figuran todas en esta coleccion, al lado de algunas heróicas, que responden á un sentimiento patriótico y levantado, ó que se han inspirado en asuntos de gran interés para la literatura. Esto nos ha movido á insertar dos de ellas, una dirigida á la traduccion de las Luisadas de Camoens hecha por Tapia, y otra al sepulcro del célebre poeta español Garcilaso.

Este método nos ha permitido dar gran estension á la parte de letrillas y romances, entre los cuales se encuentran las más riquísimas joyas del feliz ingénio de Góngora, pues en estas composiciones, se censuran las costumbres de la época con tal gracia, espontaneidad y ligereza, que su lectura no puede ser más amena é instructiva.

Los romances, entre los cuales los hay caballerescos, eróticos, moriscos y burlescos, brillan todos por la ternura

de la frase, por la naturalidad de la espresion, por la galanura y limpidez de sus versos, y entre los satíricos, los hay que pueden pasar por modelos de gracia, oportunidad y donosura.

Finalmente para que pueda comprenderse á este poeta en todas sus distintas fases, no podiamos olvidar el género culto y por este motivo nos hemos decidido á comprender en la coleccion el poemita titulado *Polífemo* de cuya lectura se deducirá, que aunque acreedor á una severa censura, se ha exagerado en demasía el juicio que se ha hecho en este punto de Góngora.

Es indudable, que el culteranismo con todos sus defectos, contribuyó á enriquecer la lengua, á dotarla de nuevos giros y modos de espresion, á darle cierta elevacion en la contestura de la frase, y que si debe execrarse en sus imitadores, tan infelices como son siempre las medianías que se proponen seguir al génio en sus huellas, no es toda la culpa de Góngora, sino de los que se empeñaron en imitarle sin contar con los medios suficientes para tan árdua empresa.

Por lo demás, los escritos cultos de Góngora, han sido censurados muchas veces sin haberlos estudiado lo suficiente y aun sin conocerlos; pero en todos ellos hay pasages en los que se observan gran sublimidad en las ideas, y el más brillante colorido, tanto que con ellos se honraria cualquiera de los más famosos poetas de cualquier país y época.

Véanse si no algunos ejemplos que tomamos de la fábula de Polífemo y Galatea. Describiendo las aves nocturnas de una gruta, dice:

"Infame turba de nocturnas aves Gimiendo tristes y volando graves."

Al pintar á Polífemo se espresa en estos términos:

"Ciclope à quien el pino mas valiente

Baston le obedecia tan ligero, Y al grave peso junco tan delgado Oue un dia era baston y otro cayado."

Pintando el efecto del rústico instrumento con que Polífemo distraia sus ócios de pastor, dice lo siguiente:

> "La selva se confunde, el mar se altera, Rompe triton su caracol torcido, Sordo huye el bajel á vela y remo; Tal la música es de Polífemo."

Es altamente poética tambien la descripcion que hace de Galatea.

"Purpúreas rosas sobre Galatea La alba entre lilios cándidos deshoja; Duda el amor cuál más su color sea, Ó púrpura nevada ó nieve roja."

Al percibir Galatea la ofrenda que le hace su amante Acis à quien todavia no conoce, pinta el poeta la emocion que esperimenta la desdeñosa ninfa con los siguientes delicados rasgos:

> "Llamáralo, aunque muda, mas no sabe El nombre articular que más querria, Ni lo ha visto, si bien pincel suave Lo ha bosquejado ya en su fantasia."

Cuando Galatea contempla á Acis, que se finge dormido, se espresa el poeta de esta suerte:

> "No solo para, más el dulce estruendo Del lento arroyo enmudecer querria."

Tambien son notables algunos pasages del apóstrofe que Polífemo dirige á Galatea:

> ";Oh bella Galatea , más suave Que los claveles que troncó la aurora , Blanca más que las plumas de aquel ave Que dulce muere y en las aguas mora ;

"Sentado, a la alta palma no perdona Su dulce fruto mi robusta mano:

BIOGRAFIA

En pié, sombra capaz es mi persona De inumerables cabras el verano. ¿Qué mucho, si de nubes se corona Por igualarme la montaña en vano, Y en los cielos de esta roca puedo Escribir mis desdichas con el dedo?"

Algunos otros pasages pudiéramos añadir á los citados, pero, segun ya hemos dicho, insertamos el poema íntegro en esta coleccion para satisfaccion de nuestros lectores.

Con el género culto, nació tambien la necesidad de los comentarios, y para que se vea hasta dónde se llevó esta manía. creemos de interés hacer aquí una rápida enumeracion de los principales comentadores de Góngora. Es el primero, D. José Pellicer (1) que escogió como asunto de sus elucubraciones, las Soledades, el Polifemo, el Panegirico al Duque de Lerma y el romance de Piramo y Tisbe; sigue á este Salazar y Mardones que publicó (2) una defensa y esplicacion de la fábula de Piramo y Tisbe; vienen despues García de Salcedo y Coronel (3) que en un erudido y laborioso comentario de más de mil y quinientas páginas, intentó esplicar las obras de arte mayor; el jurisconsulto Juan Francisco de Anaya que comentó la Soledad 1.º y el licencíado Pedro de Rivas la 1.º y la 2.º, respondiendo á una crítica del preceptista Cascales, que habia censurado acremente el nuevo género, de suerte que muy pronto los comentarios y esplicaciones que provocaron los citados poemas, fueron diez veces más estensos que todos los versos de Góngora.

MANUEL GONZALEZ LLANA.

⁽¹⁾ Lecciones solemnes.

⁽²⁾ En una obra publicada en Madrid en 1636, en 4.º

⁽³⁾ Comentario, Madrid 1636-1646, 3. vol.

POESÍAS SELECTAS

DE

D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

SONETOS.

A LA AUSTRIADA, que compuso Juan Rufo en verso heróico.

I.

Cantaste, Rufo, tan heróicamente De aquel César novel la augusta historia, Que está dudosa entre los dos la gloria, Y á cual se deba dar, ninguno siente.

Y así la fama, que hoy de gente en gente Quiere que de los dos la igual memoria, Del tiempo y del olvido haya victoria, Ciñe de lauro á cada cual la frente.

Debeis con gran razon ser igualados, Pues fuísteis cada cual único en su arte, Él solo en armas, vos en letras solo.

Y al fin ambos igualmente ayudados, Él, de la espada del sangriento Marte, Vos, de la lira del dorado Apolo.

BIBLIOTECA ESCOGIDA.-TOMO III.

II.

À la grandeza y dilatacion de Madrid, corte de los Reyes.

Nilo no sufre margenes ni muros; Madrid, ¡oh peregrino, tú, que pasas! Que a su menor inundacion de casas Ni aun los campos de Tajo están seguros.

Émula la verán siglos futuros

De Ménfis no, que el término le tasas

Del tiempo sí, que sus profundas basas (1).

No son en vano pedernales duros.

Dosél de Reyes, de sus hijos cuna Ha sido y es, zodiaco luciente De la beldad, teatro de fortuna.

La envidia aquí su venenoso diente Cebar suele, á privanzas importuna; Camina en paz, refiérelo á tu gente.

III.

Al Escorial.

Sacros, altos, dorados capiteles,
Que á las nubes robais los arreboles (2),
Febo os teme por más lucientes soles,
Y el cielo por jigantes más crueles.

Depón tue rayos. Lúpiter: no celes

Depón tus rayos, Júpiter; no celes Los tuyos, sol; de un templo son faroles, Que al mayor mártir de los españoles Erigió el mayor rey de los fieles.

⁽¹⁾ La edicion de Faria dice profanas en vez de profundas.

⁽²⁾ Así dice Espinosa; Hoces lee:

[&]quot;Que á las nubes borrais sus arreboles."

Religiosa grandeza del monarca 'Cuya diestra real al Nuevo Mundo Abrevia y el Oriente se le humilla,
Perdone el tiempo, lisonjee la parca
La verdad desta octava maravilla,
Los años deste Salomon segundo.

IV.

Al Santisimo Sacramento.

Rebelde y pertináz entendimiento,
Sed preso.—¿Quién lo manda?—Dios glorioso.
—¿Por qué?—Porque con ánimo dudoso
Negaste la obediencia al Sacramento.

- -¿Quién ha de ejecutar el prendimiento?
- -La voluntad y afecto piadoso.
- -¿Quién es el carcelero riguroso?
- -La fé que enseña el conocimiento.
- —Y la cárcel ¿cuál es?—La Iglesia santa. ¡Oh cárcel! clara luz deste hemisferio (1), Dulce prision, que tal tesoro encierra;

Do el fruto deste altísimo misterio Se goza con dulzura y gloria tanta, Que escede cuanto bien hay en la tierra.

V.

À la Ciudad de Córdoba , y su fertilidad.

¡Oh escelso muro! ¡Oh torres levantadas! De honor, de magestad, de gallardia, ¡Oh gran rio, gran rey de Andalucia,

⁽¹⁾ Otros leen:

[&]quot;; Oh carcel clara! luz deste hemisferio."

De arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras encumbradas
Que privilegia el cielo y dora el dia!
¡Oh siempre gloriosa pátria mía,
Tanto por plumas como por espadas!
Si entre aquellas ruinas y despojos,
Que enriquece Genil, y Darro baña,
Tu memoria no fué alimento mio;
Nunca merezcan mis ausentes ojos.
Ver tus muros, tus torres, y tu rio,
Tu llano y sierra, ¡oh pátria, oh flor de España!

VI.

Descaminado, enfermo, peregrino,
En tenebrosa noche, con pié incierto,
La confusion pisando del desierto,
Voces en vano dió, pasos sin tino.
Repetido latir, si no vecino,
Distinto oyó de can, siempre despierto,
Y en pastoral albergue mal cubierto,
Piedad halló, si no halló camino.
Salió, y entre armiños escondida
Soñolienta beldad con dulce saña,
Salteó al no bien sano pasajero.
Pagará el hospedaje con la vida;
Mas le valiera errar en la montaña,
Que morir de la suerte que yo muero.

VII.

La dulce boca que á gustar convida Un humor entre perlas destilado, DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Y á no envidiar aquel licor sagrado, Que á Júpiter ministra el Garzon de Ida;

Amantes, no toqueis, si quereis vida; Porque entre un labio y otro colorado Amor esta, de su veneno armado, Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que al aurora Diréis que aljofaradas, y olorosas Se le cayeron del purpureo seno.

Manzanas son de Tántalo, y no rosas, Que despues huyen del que incitan hora, Y solo del amor queda el veneno.

VIII.

Ilustre y hermosisima María, Mientras se dejan ver á cualquier hora, En tus mejillas la rosada aurora, Febo en tus ojos, y en tu frente el dia.

Y mientras con gentil descortesía Mueve el viento la hebra voladora, Que la Arabia en sus venas atesora, Y el rico Tajo en sus arenas cria;

Antes que de la edad Febo eclipsado, El claro dia vuelva en noche obscura, Huya la aurora del mortal nublado;

Antes que lo que hoy es rubio tesoro, Venza á la blanca nieve su blancura, Goza, goza el color, la luz, el oro.

IX.

Mientras por competir con tu cabello,
Oro bruñido, el sol relumbra en vano,
Mientras con menosprecio, en medio el llano,
Mira tu blanca frente el lilio bello;
Mientras á cada labio, por cogello,
Siguen más ojos que al clavel temprano,
Y mientras triunfa con desdén lozano,
Del luciente marfil, tu gentil cuello;
Goza cuello, cabello, labio y frente,
Antes que lo que fué en tu edad dorada
Oro, lilio, clavel, marfil luciente,
No solo en plata, ó viola truncada
Se vuelva, más tú y ello juntamente
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

\mathbf{X} .

Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecia el peine en ella
Como se escurecia el sol en ellos.
Cogió sus lazos de oro, y al cogellos,
Segunda mayor luz descubrió aquella
Delante quien el sol es una estrella,
Y esfera España de sus rayos bellos.
Divinos ojos, que en su dulce oriente
Dan luz al mundo, quitan luz al cielo,
Y espera idolatrarlos occidente.
Esto amor solicita con su vuelo,
Que en tanto mar será un arpon luciente,
De la cerda inmortal mortal anzuelo.

Al sol peinaba Clori sus cabellos

ΧI.

¡Oh marinero, tú, que cortesano,
Al palacio le fias tus entenas,
Al palacio real, que de sirenas
Es un segundo mar napolitano,
Los remos deja, y una y otra mano
De las orejas las desvia apenas;
Que escollo es, cuando no sirte de arenas,
La dulce voz de un serafin humano!
Cual su acento tu muerte será clara
Si espira suavidad, si gloria espira

Si espira suavidad, si gloria espira Su armonía mortal, su beldad rara.

Huye de la que, armada de una lira, Si rocas mueve, si bajeles para, Cantando mata al que cantando mira (1).

XII.

Ya que con más regalo el campo mira, Pues del nubloso manto se desnuda, El rojo sol, y aunque con lengua muda Suave Filomena ya suspira.

Templa, noble garzon, la noble lira, Honren tu dulce plectro y mano aguda Lo que al son torpe de mi avena ruda Me dicta Amor, Caliope me inspira.

Ayúdame á cantar los dos estremos De mi pastora, y cual parleras aves, Que á saludar al sol á otros convidan, Yo ronco y tú sonoro despertamos

⁽¹⁾ Otros dicen: al que malando mira.

Cuantos en nuestra orilla cisnes graves Sus blancas plumas bañan y se anidan.

XIII.

Verdes juncos del Duero á mi pastora Tegieron dulce y generosa cuna; Blancas palmas, si el tajo tiene alguna, Cubren su pastoral albergue agora.

Los montes mide y las campañas mora, Flechando una dorada media luna, Cual dicen que á las fieras fué importuna Del Eurótas la casta cazadora.

De un blanco armiño el esplendor vestida.

Los blancos piés distinguen de la nieve

Los coturnos que calza esta homicida;

Bien tal pues montaráz y endurecida Contra las fieras solo un arco mueve, Y dos arcos tendió contra mi vida.

XIV.

No destrozada nave en roca dura
Tocó la playa más arrepentida,
Ni pajarillo de la red tendida
Voló más temeroso á la espesura;
Bella Ninfa la planta mal segura,
No tan alborotada ni afligida,
Hurtó de verde prado, que escondida
Vítora regalaba en su frescura;
Como yo, Amor, la condicion airada,
Las rubias trenzas y la vista bella
Huyendo voy, con pié ya desatado,
De mi enemiga en vano celebrada,

Adios, Ninfa cruel, quedáos con ella, Dura roca, red de oro, alegre prado.

XV.

Al tramontar del sol la Ninfa mia
De flores despojando el verde llano,
Cuantas troncaba la hermosa mano,
Tantas el blanco pié crecer hacia.
Ondeábale el viento que corria,
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del dia;
Mas luego que ciñó sus sienes bellas
De los varios despojos de su falda,
Término puesto al oro, y á la nieve;
Juraré que lució más su guirnalda,
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

XVI.

Tras la bermeja aurora el sol dorado
Por las puertas salia del Oriente,
Ella de flores la rosada frente,
Y él de encendidos rayos coronado.
Sembraban su contento ó su cuidado,
Cuál con voz dulce, cuál con voz doliente,
Las tiernas aves con la luz presente,
En el fresco aire y en el verde prado.
Cuando salió bastante á dar Leonora
Cuerpo á los vientos y á las piedras alma,
Cantando de su rico albergue, y luego
Ni of las aves más ni ví la aurora;

Porque al salir, ó todo quedó en calma, Ó yo, que es lo más cierto, sordo y ciego.

XVII.

Raya, dorado sol, orna y colora Del alto monte la lozana cumbre, Sigue con agradable mansedumbre El rojo paso de la blanca aurora.

Suelta las riendas á Favonio y Flora, Y usando al esparcir tu nueva lumbre Tu generoso oficio y real costumbre, El mar argenta y las campiñas dora;

Para que de esta vega el campo raso, Bordes, saliendo Flerida, de flores; Mas sino hubiese de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes ni colores, Ni sigas de la aurora el rojo paso, Ni el mar argentes ni los campos dores.

XVIII.

Cual parece al romper de la mañana Aljófar blanco sobre frescas rosas, Ó cual por manos hecha artificiosas Bordadura de perlas sobre grana;

Tales de mi pastora soberana

Parecian las lágrimas hermosas,

Sobre las dos mejillas milagrosas,

De quien mezcladas leche y sangre mana.

Lanzando, á vueltas de su tierno lianto

Lanzando, á vueltas de su tierno llanto Un ardiente suspiro de su pecho, Tal, que el más duro canto enterneciera, Si á enternecer bastára un duro canto; Mirad, que hará con un corazon hecho, Que al llanto y al suspiro fué de cera.

XIX.

Ni en este monte, este aire, ni este rio Corre fiera, vuela ave, pece nada, De quien con atencion no sea escuchada La triste voz del triste llanto mio;

Y aunque en la fuerza sea del estío Al viento mi querella encomendada, Cuando á cada cual dellos más le agrada, Fresca cueva, árbol verde, arroyo frio,

Á compasion movidos de mi llanto, Dejan la sombra, el ramo y la hondura, Cual yo, para escuchar el dulce canto

De aquel que de Strimon en la espesura Los suspendia cien mil veces. ¡Tanto Puede mi mal y pudo su dulzura!

XX.

¿Cuál del Ganges marfil ó cuál de Paro Blanco mármol, cual ébano luciente, Cual ámbar rubio, ó cual oro refulgente, Cual fina plata, ó cual cristal tan claro, Cual tan menudo aljófar, cual tan caro Oriental zafir, cuál rubí ardiente, Ó cual en la dichosa edad presente, Mano tan docta de escultor tan raro, Bulto dellos formára, aunque hiciera Ultraje milagroso á la hermosura Su labor bella, su gentil fatiga; Que no fuera figura al sol, de cera,

Delante de tus ojos su figura, Ó rubia Clori, ó dulce mi enemiga?

XXI.

Tres veces de Aquilon el soplo airado Del verde honor privó las verdes plantas, Y al animal de Colcos otras tantas Ilustró Febo su bellon dorado.

Despues que sigo, el pecho traspasado De aguda flecha, con humildes plantas ¡Oh rubia Clori! tus pisadas santas Por las floridas señas que da el prado.

Á vista voy, tiñendo los alcores En roja sangre, de tu dulce vuelo Que el suelo pinta de cien mil colores (1):

Tanto, que ya nos siguen los pastores Por los estraños rastros que en el suelo Dejamos, yo de sangre, tú de flores.

XXII.

En el cristal de tu divina mano
De amor bebi el dulcisimo veneno,
Néctar ardiente que me abrasa el seno,
Y templar con la ausencia pensé en vano;
Tal, Claudia bella, del rapaz tirano
Es arpon de oro tu mirar sereno,
Que cuanto más ausente dél, más peno
De sus golpes el pecho menos sano (2).
Tus cadenas al pié, lloro al ruido

⁽¹⁾ Otros leen: Que cl cielo pinta.

⁽²⁾ Segun la edicion de Faria : De tus golpes.

De un eslabon y otro mi destierro, Más desviado, pero más perdido.

¿Cuándo será aquel dia que por yerro ¡Oh serafin! desates, bien nacido, Con manos de cristal nudos de hierro?

XXIII.

Á un Ruiseñor.

Con diferencia tal, con gracia tanta Aquel ruiseñor llora, que sospecho Que tiene otros cien mil dentro del pecho (1) Que alternan su dolor por su garganta;

Y aun creo que el espíritu levanta, Como en informacion de su derecho, Á escribir del cuñado el atroz hecho En la hoja de aquella verde planta.

Ponga, pues, fin á la querella que usa, Pues ni quejarse ni mudar estanza Por pico ni por pluma se le veda;

Y llore solo aquel que su Medusa En piedra convirtió, porque no pueda Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

XXIV.

Descricion de una dama.

De pura honestidad templo sagrado, Cuyo bello cimiento y gentil muro De blanco nácar y alabastro duro Fué por divina mano fabricado;

⁽¹⁾ Espinosa dice: dentro en el pecho.

Pequeña puerta de coral preciado,
Claras lumbreras de mirar seguro,
Que á la esmeralda fina el verde puro
Habeis para viriles usurpado;
Soberbio techo cuyas cimbrias de oro (1)
Al claro sol, en cuanto en torno gira,
Ornan de luz, coronan de belleza;
Ídolo bello, á quien humilde adoro (2).
Oye piadoso al que por tí suspira,
Tus himnos canta y tus virtudes reza.

XXV.

Suspiros tristes, lágrimas cansadas,

Que lanza el corazon, los ojos llueven,
Los troncos bañan y las ramas mueven
Destas plantas, à Alcides consagradas,
Más del viento las fuerzas conjuradas
Los suspiros desatan y remueven,
Y los troncos las lágrimas se beben
Por ellos y por ellas derramadas (3).
Hasta en mi tierno rostro aquel tributo
Que dan mis ojos, invisible mano
De sombra ó de aire me lo deja enjuto,
Porque aquel ángel fieramente humano
No crea mi dolor; y así, es mi fruto
Llorar sin premio y suspirar en vano.

⁽¹⁾ Espinosa lee: à cuyas hebras de oro.

⁽²⁾ Espinosa y Hoces así ; Faria lee :
"Alto de amor, dulcisimo decoro."

⁽³⁾ Seguimos el testo de Espinosa. Faria y Hoces leen :
"Mas ellos, y peor ellas derramadas,"

XXVI.

A unos alamos.

Gallardas plantas, que con voz doliente
Al osado Faeton llorastes vivas,
Y ya sin envidiar palmas y olivas,
Muertas podeis ceñir cualquiera frente,
Así del sol estivo al rayo ardiente
Blanco coro de náyades lascivas
Precie más vuestras sombras fugitivas
Que verde márgen de escondida fuente;
Así bese, á pesar del seco estío (1),
Vuestros troncos, y á un tiempo piés humanos
El raudo curso de este undoso rio,
Que lloreis, pues llorar solo á vos toca
Locas empresas, ardimientos vanos,
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

XXVII.

A los celos.

¡Oh, niebla del estado más sereno,
Furia infernal, serpiente mal nacida!
¡Oh ponzoñosa víbora escondida,
De verde prado en oloroso seno!
¡Oh, entre néctar de amor mortal veneno,
Que en vaso de cristal quitas la vida!
¡Oh, espada sobre mí de un pelo asida,
De la amorosa espuela duro freno!
¡Oh celo del favor verdugo eterno!

⁽¹⁾ Asi Espinosa; Hoces dice: Y así bese.

Vuélvete al lugar triste donde estabas, Ó al reino, si allá cabes, del espanto; Mas no cabrás allá, que pues há tanto, Que comes de tí mesmo, y no te acabas, Mayor debes de ser que el mismo infierno.

XXVIII.

A una Rosa.

Ayer naciste y morirás mañana,
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
Y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana,
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está escondida
La ocasion de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
Ley de la agricultura permitida.

Ley de la agricultura permitida, Grosero aliento acabará tu suerte.

No salgas, que te guarda algun tirano, Dilata tu nacer para tu vida; Que anticipas tu ser para tu muerte.

XXIX.

Al sol porque salió estando con una dama y le fué forzoso dejarla.

Ya besando unas manos cristalinas, Ya anudándome á un blanco y liso cuello, Ya esparciendo por él aquel cabello, Que amor sacó entre el oro de sus minas; Ya bebiendo en aquellas perlas finas
Palabras dulces mil sin merecello,
Ya cogiendo de cada lábio bello
Purpureas rosas sin temor de espinas,
Estaba, oh claro sol, envidioso,
Cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
Mató mi gloria y acabó mi suerte.
Si el ciclo ya no es menos poderoso,
Porque no dén los tuyos más enojos,

Rayo, como á tu hijo, te dén muerte.

XXX.

Pálida restituye á su elemento Su ya esplendor purpúreo casta rosa, Que en planta dulce un tiempo, si espinosa, Gloria del sol, lisonja fué del viento.

El mismo que espiró suave aliento Fresca, espira marchita, y siempre hermosa, No yace, no, en la tierra, mas reposa Negándole aun el hado lo violento.

Sus hojas sí, no su fragancia, llora En polvo el pátrio Bétis, hojas bellas, Que aun en polvo el materno Tajo dora.

Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas Flores que ilustre otra mejor aurora, Cuyo caduco aljófar son estrellas.

XXXI.

Famoso monte, en cuyo vasto seno
Duras cortezas de robustas plantas
Conservan aquel nombre en partes tantas
Emploteca escocida.—Tomo III.

De quien pagó á la tierra lo terreno;
Así cubra de hoy más cielo sereno
La siempre verde cumbre que levantas,
Que me escondas aquellas letras santas
De que á pesar del tiempo has de estar lleno.

De que á pesar del tiempo has de estar lleno
La corteza do están desnuda ó viste
Su villano troncon de yerba verde,
De suerte que mis ojos no las vean.
Quédense en tu arboleda, ella se acuerde
De fin tan tierno, y su memoria triste,
Pues en troncos está, troncos la lean.

XXXII.

Volvió al mar Alcion, volvió las redes De cáñamo, exanando las de hierro; Con su barquilla redimió el destierro, Que era desvío y parecia mercedes.

Redujo el pié engañado á las paredes De su alquería y al fragoso cerro (1) Que ya con el venablo y con el perro Pisa Lesbin, segundo Ganimedes,

Gallardo hijo suyo, que los remos Menospreciando con su bella hermana, La montería siguen importuna,

Donde la ninfa es Febo y es Diana, Que en sus ojos del sol los rayos vemos Y en su arco los cuernos de la luna.

⁽¹⁾ Que al fragoso cerro, lee Faria.

XXXIII.

Al tronco descansaba de una encina Que invidia de los bosques fué lozana, Cuando segur legal una mañana Alto horror me dejó con su ruina.

Laurel que de sus ramas hizo dina Mi lira, ruda sí, más castellana, Hierro luego fatal su pompa vana Culpa tuya, Caliope, fulmina (1).

En verdes hojas como el de Minerva Árbol culto, del sol yace abrasado, Aljófar sus cenizas de la yerba.

¡Cuanta esperanza miente á un desdichado! ¿Á qué más desengaños me reserva, Á qué escarmientos me vincula el hado?

XXXIV.

Los blancos lilios que de ciento en ciento Hijos del sol nos dá la primavera, Á quien del Tajo son en la ribera Oro su cuna, perlas su alimento;

Las frescas rosas, que ambicioso el viento Con pluma solícita lisongera, Como quien de una y de otra hoja espera Purpúreas alas, si lascivo aliento;

À vuestro gentil pié cada cual debe Su beldad toda; ¿qué hará la mano, Si tanto puede el pié, que ostenta flores? Por que vuestro color venza su nieve,

⁽¹⁾ Asi Hoces; Fária lee: Culpa mía.

Venza su rosicler, y porque en vano. Hablando vos, espiran sus olores.

XXXV.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso.
De segura en el monte más vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso:

Á mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
Tu noble arena, con humilde planta,
Dime si entre las rubias Pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

XXXVI.

À una enfermedad muy grave que tuvo en Salamanca Don Luis, de que le tuvieron tres dias por muerto, y sanó.

Muerto me lloró el Tormes en su orilla,
En un parasismal sueño profundo,
En cuanto Don Apolo el rubicundo
Tres veces sus caballos desensilla.
Fué mi resurreccion la maravilla
Que de Lázaro fué la vuelta al mundo;
De suerte, que yo soy otro segundo
Lazarillo de Tormes en Castilla.

Entré à servir un ciego, que me envia Sin alma vivo, y en un dulce fuego, Que ceniza le hará la vida mia. ¡Oh qué dichoso que seria yo luego, Si à Lazarillo le imitase un dia, En la venganza que tomó del ciego!

XXXVII.

À la muerte violenta que Francisco Ravaillac dió al Rey Enrique IV de Francia.

El cuarto Enrico yace mal herido,
Y peor muerto de plebeya mano,
El que rompió escuadrones, y dió al llano
Más sangre que agua Orion humedecido.
Glorioso francés esclarecido,
Conducidor de ejércitos, que en vano
De lilios de oro el ya cabello cano,
Y de guardia real ibas ceñido;
Una temeridad armas desprecia,
Una traicion cuidados mil engaña;
Que muros rompe en un caballo Grecia.
Archas burló el fatal cuchillo. ¡Oh España,
Belona de dos mundos! fiel te precia,
Y armada teme la nacion estraña.

XXXVIII.

Al sepulcro de Dominico Greco, escelente pintor.

Esta forma elegante, oh percgrino, De pórfido luciente dura llave, El pincel niega al mundo más suave, Que dió espíritu al leño, vida al lino.
Su nombre, aun de mayor aliento dino
Que en los clarines de la fama cabe,
El campo ilustra de esc mármol grave;
Venéralo, y prosigue tu camino.
Yace el Griego; heredó naturaleza
Arte, y el arte estudio, Iris colores,
Febo luces, si nó sombras Morfeo.
Tanta urna, apesar de su dureza,
Lágrimas beba y cuantos suda olores.

XXXIX.

Al sepulcro de una mujer.

Yace debajo desta piedra fria Mujer tan santa, que ni escapulario Ni cordon, ni correa, ni rosario De su cuerpo jamás se le caia.

Corteza funeral de árbol sabeo.

Trajo veintidos años , dia por dia , Un cilicio de cerdas ordinario ; Todo el año ayunaba á San Hilario , Porque nunca hilaba ni cosia.

Fué su casa un devoto encerramiento, Donde iban à hacer los ejercicios Y à llorar sus pecados las personas. Murió sin ólio, no sin testamento, En que mandó à una prima sus oficios,

Y á cuatro amigas cuatro mil coronas.

XL.

Al conde de Villamediana , curioso en piedras preciosas, caballos y pinturas .

Las que á otros negó piedras Oriente, Émulos brutos del mayor lucero,
Telas espone en plomo su venero,
Si al metal ya no atadas, más luciente.
Cuando en tu camarin pincel valiente,
Bien sea natural, bien extranjero,
Afecta mudo voces, y parlero.
Silencio en sus vocales tintas miente;
Miembros apenas dió al soplo más puro
Del viento su fecunda madre bella,
Iris, pompa del Bétis, sus colores;
Que fuego él espirando, humo ella,
Oro te muerden en su freno duro,
10h esplendor generoso de señores!

XII.

Contra los que dijeron mal de las SOLEDADES.

Con poca luz y menos disciplina
Al voto de un muy crítico y muy lego
Salió en Madrid la Soledad, y luego
Al palacio con lento pié camina.

Las puertas le cerró de la Latina
Quien duerme en español y sueña en griego (1),
Pedante gofo, que de pasion ciego,
La suya reza, y calla la divina.

⁽¹⁾ Alusion à Quevede.

Del viento es el pendon pompa ligera.

No hay paso concedido á mayor gloria.

Ni voz que no la acusen de extranjera.

Gastando, pues, en tanto la memoria

Agena invidia más que propia cera,

Por el Cármen le lleva á la victoria.

XLII.

Otro sobre el mismo asunto.

Restituye á tu mudo horror divino, Amiga soledad, el pié sagrado, Que cautiva lisonja es del poblado En hierros breves pájaro ladino.

Prudente cónsul, de las selvas dino, De impedimentos busca desatado Tu claustro verde, en valle profanado De fiera menos que de peregrino.

¡Cuán dulcemente de la encipa vieja Tórtola viuda al mismo bosque incierto Apacibles desvíos aconseja!

Endeche el siempre amado esposo muerto Con voz doliente; que tan sorda oreja Tiene la soledad como el desierto.

XLIII.

Contra los que dijeron mal del Polifemo.

Pisó las calles de Madrid el fiero Monóculo, galan de Galatea, Y cual suele tejer bárbara aldea Soga de gozques contra forastero; Rígido un bachiller, otro severo, Crítica turba al fin, sinó pigmea, Su diente afila y su veneno emplea En el disforme cíclope cabrero.

Apesar del lucero de su frente, Lo hacen oscuro, y él en dos razones, Que en dos truenos libró de su occidente, «Si quieren, respondió, los pedantones

Luz nueva en hemisferio diferente,

Den su memorial á mis calzones.»

XLIV.

A Valladolid estando allí la Corte.

Valladolid de lágrimas sois valle Y no quiero deciros quien las llora; Valle de Josafat, sin que en vos hora, Cuanto más dia, de juicio se halle.

Pisado hé vuestros muros calle á calle Donde el engaño con la corte mora, Y cortesano sucio os hallo agora, Siendo villano un tiempo de buen talle.

Todos sois condes, no sin nuestro daño; Dígalo el andaluz, que en un infierno Debajo de una tabla escrita posa.

No encuentro al de Buen dia en todo el año, Al de Chinchon si agora, y el invierno Al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

XLV.

Entrando en Valladolid.

Llegué à Valladolid; registré luego Desde el bonete al clavo de la mula; Guardo el registro, que será mi bula
Contra el cuidado del señor Don Diego.
Busqué la corte en él, y yo estoy ciego,
Ó en la ciudad no está ó se disimula;
Haciendo penitencia ví á la gula,
Que Platon para todos está en griego;
La lisonja hallé y la ceremonia
Con luto, idolatrados los caciques,
Amor sin fé, interés con sus birotes (1)
Todo se halla en esta Babilonia,
Como en botica grandes alambiques

Y más en ella títulos que botes.

XLVI.

Grandes más que elefantes y que abadas,
Títulos liberales como rocas,
Gentiles hombres solo de sus bocas,
Ilustre cavaglier, llaves doradas;
Hábitos, capas digo remendadas,
Damas de haz y envés, dueñas con tocas,
Carrozas de á ocho bestias, y aun son pocas
Con las que tiran, y que son tiradas;
Cata-riberas, ánimas en pena,
Con Bartulos y Baldos la milicia,
Y los derechos con espada y daga;
Casas y pechos todo á la malicia,
Lódos con peregil y yerba buena:
Esta es la córte; buena pro les haga.

⁽¹⁾ Seguimos à Hoces; Faria dice bégoiss.

XLVII.

Duélete de esa puente, Manzanares, Mira que dice por ahí la gente, Que no eres rio para media puente. Y que ella es puente para treinta mares.

Hoy arrogante te ha brotado á pares Humildes crestas tu soberbia frente, Y ayer me dijo humilde tu corriente, Que eran en Marzo los caniculares.

Por el alma de aquel, que ha pretendido Con cuatro dragmas de agua de achicoria Purgar la villa y darte lo purgado;

Me di, ¿cómo has menguado y has crecido? ¿Cómo ayer te ví en pena, y hoy en gloria? Bebióme un asno ayer, y hoy me ha meado.

XLVIII.

A la tela de justar de Madrid que la sacaron al campo.

Téngoos, señora tela gran mancilla. Dios la tenga de vos, señor soldado. ¿Cómo estais acá fuera? Hoy me han echado Por vagamunda fuera de la villa.

¿Dónde están los galanes de Castilla? ¿Dónde pueden estar sino en el Prado? ¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado? Mas respeto me tienen; ni una astilla.

¿Pues qué haceis ahí? Lo que esa puente, Puente de anillo; tela de cedazo, Descar hombres como ríos ella, Hombres de duro pecho y fuerte brazo. Adios, tela; que sois muy maldiciente, Y esas no son palabras de doncella.

XLIX.

Señora doña puente Segoviana, Cuyos ojos están llorando arena, Si es por el rio, muy en hora buena, Aunque estás para viuda muy galana.

De estrangurria murió; no hay castellana Lavandera, que no llore de pena, Y Fulano Sotillo se condena De olmos negros, á loba luterana.

Bien es verdad que dicen los doctores Que no es muerto, si no que del estio Le causan parasismos los calores.

Que á los primeros de Diciembre frio, De sus mulas, harán estos señores, Que los orines dén salud al rio.

L.

Jura Pisuerga á fé de caballere, Que de vergüenza corre colorado En pensar que de Esgueva acompañado Ha de entrar á besar la mano á Duero.

Es sucio Esgueva para compañero,
(Culpa de la mujer de algun privado)
Y perezoso para darle el lado,
Y así ha corrido siempre muy trasero.
Llegados á la puente de Simancas,
Teme Pisuerga, que una estrecha puente

Temella puede el mar sin cobardía.

No se le da á Esguevilla cuatro blancas:

Más ¿qué mucho, si pasa su corriente

Por más estrechos ojos cada dia?

LI.

A cierto caballero que juzgaba lo que no entendia.

Música le pidió ayer su albedrío Un descendiente de Don l'eranzúles; Templáronle al momento dos baules, Con más cuerdas que járcias un navío.

Cantáronle de cierto amigo mio Un desafio campal con dos gazules, Que en ser por unos ojos entre azules, Fué peor que gatesco el desafio.

Romance fué el cantado, y que no pudo Dejarlo de entender, si el muy discreto No era sordo, ó el músico era mudo: Y de que lo entendió, yo os lo prometo, Pues envió á decir con Don Bermudo, Que vuelvan á cantar aquel soneto.

LII.

A lo poco que hay que fiar en el favor de los señores de la córte.

Señores cortegiantes, ¿quién sus dias De codicioso gasto ó lisongero Con todos esos principes de acero Que me han desempedrado las encías? Nunca yo tope con sus señorías, Sinó con media libra de carnero, Tope manso, alimento verdadero De jesuitas, santas compañías.

Con nadie hablo, todos son mis amos, Quien no me da, no quiero que me cueste; Que un árbol grande tiene gruesos ramos.

No me pidan que fie ni que preste, Sino que algunas veces nos veamos, Y sea el fin de mi soneto este.

LIII.

Camina mi pension con piés de plomo, El mio, como dicen, ya en la huesa; Mas yo, á ojos cerrados, ténue ó gruesa, Por dar más luz, al medio dia la tomo.

Merced de la tijera, á punta ó lomo Me conhorta de murtas una mesa; Ollay la mejor voz es portuguesa, Y la mejor ciudad de Italia Como.

No más, no, borceguí ni chimenea; Basten los años, que ni aun breve raja Los profanó de encina ó de accituno.

¡Oh cuánto tarda lo que se desea! Llegue, que no es pequeña la ventaja De comer tarde el acostarse ayuno.

LIV.

En la capilla estoy, y condenado À pasar sin remedio desta vida; Siento la culpa más que la partida, Por hambre expulso como sitiado. Culpa ha sido el ser yo tan desdichado, Mayor de condicion tan encogida; De ambas me acuso en esta despedida, Por morir a lo menos confesado.

Examine mi suerte el hierro agudo, Que a pesar de sus filos, me prometo Alta piedad de vuestra excelsa mano.

Ya que mi encogimiento ha sido mudo, Los números, Señor, deste soneto Lenguas sean y lágrimas no en vano.

LV.

No más moralidades de corrientes, Bien sean de arroyuelos, bien de rios, Corran apresurados ó tardíos; Que no me hizo Dios conde de Fuentes.

Á un rincon desviado de las gentes Apelaré de todos sus desvíos, Choza que abrigue ya los años mios, Aunque pajas me cueste impertinentes.

Ministros de mi Rey, mis desengaños Los presos besan desde aca, sea miedo Ó reverencia á sátrapas tamaños.

Adios, mundazo, en mi quietud me quedo Por esconder mis postrimeros años Al señor Nuncio, digo, al de Toledo.

LVI.

Sea bien matizada la librea, Las plumas de un color, negro el bonete, La manga blanca, no muy de roquete, Y atada al brazo prenda de Niquea;
Cifra que hable, mote que lo sea,
Bien guarnecida espada de ginete,
Borceguí nuevo, plata y tafilete,
Jaez propio, bozal no de Guinea;
Caballo valenzuela bien tratado,
Lanza que junte el cuento con el hierro,
Y sin veleta el Amadís que espera
Entrar cuidadosamente descuidado,
Firme en la silla, atento en la carrera,
Y quiera Dios no se atraviese un perro.

LVII.

No sé qué escriba á vuestra señoría,
Que las nuevas de acá todas son viejas;
Falta de pan y sobra de pellejas,
Claro temor y escura valentía;
Pocos caballos, mucha infantería,
De la estéril cebada dando quejas,
Yeguas que correrán veinte-parejas
Si el ginete no afloja ó se resfria;
Envidia propia, soledad estraña,
El gasto enano, el ánimo jigante,
Dada la Extrema-Uncion á la comedia;
El dinero arrimándose á una caña,
La milicia pidiendo con un guante,
Y más habrá, si Dios no lo remedia.

LVIII.

Por niñería un picarillo tierno, Hurón de faltriqueras, sutil caza, À la cola de un perro ató por maza, (Con perdon de los clérigos), un cuerno.

El triste perrinchon en el gobierno De una tan gran carroza se embaraza; Grítale el pueblo, haciendo de la plaza, (Si allá se alegran) un alegre infierno.

Llegó en esto una viuda mesurada,
Que entre los signos, ya que no en la gloria,
Tiene á su esposo, y dijo: «Es gran bajeza,
Que un gozque arrastre así una ejecutoria,
Que ha obedecido tanta gente honrada,
Y aun se la ha puesto sobre su cabeza.»

LVIII.

Una vida bestial de encantamento,
Arpías contra bolsas conjuradas,
Mil vanas pretensiones engañadas,
Por hablar un oidor, mover el viento;
Carrozas y lacayos, pajes ciento,
Hábitos mil con vírgénes espadas,
Damas parleras, cambios, embajadas.
Caras posadas, trato fraudulento;
Mentiras arbitreras, abogados,
Clérigos sobre mulas, como mulos,
Embustes, calles sucias, lodo eterno;
Hombres de guerra medio estropeados.
Títulos y lisonjas, disimulos:
Esto es Madrid, mejor dijera infierno..

CANCIONES

A LA ARMADA INVENCIBLE

I.

Levanta, España, tu famosa diestra, Desde el francés Pirene al moro Atlante. Y al ronco son de trompas belicosas. Ház, envuelta en durísimo diamante, De tus valientes hijos feroz muestra Debajo de tus señas victoriosas. Tal, que las flacamente poderosas Fieras naciones contra tu fe armadas, Al claro resplandor de tus espadas. Y á la de tus arneses fiera lumbre. Con mortal pesadumbre Ojos y cspaldas vuclvan, Y como al sol las nieblas le resuelvan; O cual la blanca cera desatados. À los dorados luminosos fuegos De los yelmos grabados, Queden como de fé, de vista cicgos. Tú, que con celo pio, y noble saña,

Tú, que con celo pio, y noble saña El seno undoso á el húmido Neptuno De selvas inquietas has poblado, Y cuantos en tus reinos uno á uno Empuñan lanza contra la Bretaña. Sin perdonar al tiempo, has enviado En número de todos tan sobrado,

Que á tanto leño el húmido elemento, Y á tanta vela es poco todo el viento, Fia que en sangre del inglés pirata Teñirá de escarlata Su color verde v cano. El rico de ruïnas Océano; Y aunque de lejos con rigor traidas Ilustrará tus playas, y tus puertos De banderas rompidas, De naves destrozadas, de hombres muertos. 10h! ya isla católica y potente, Templo de fe, ya templo de heregía, Campo de Marte, escuela de Mincrya, Digna de que las sienes que algun dia Ornó corona real de oro luciente, Ciña guirnalda vil de estéril yerba: Madre dichosa, y obediente sierva, De Arturos, de Eduardos y de Enricos. Ricos de fortaleza, y de fé ricos, Agora condenada á infamia eterna, Por la que te gobierna Con la mano ocupada Del uso en vez del cetro y de la espada. Mujer de muchos y de muchos nucra; ¡Oh reina torpe! reina no, mas loba Lividinosa v fiera, ¡Fiamma d'el ciel súi le tue treccie pova! Tú en tanto mira allá los otomanos. Las jonias aguas, que el Sicano bebe, Sembrar de armados árboles y entenas, Y con tirano orgullo en tiempo breve,

Domando cuellos y ligando manos.

Y sus remos hiriendo las arenas: Despoblar islas, y poblar cadenas. Mas cuando su arrogancia, y nuestro ultraje No encienda en tí un católico coraje, Mira (si con la vista tanto vuelas), Entre hinchadas velas. El soberbio estandarte Que á los cristianos ojos, no sin arte. Como en desprecio de la Cruz sagrada. Más desenvuelve mientras más tremola. Entre lunas bordada Del caballo feroz la crespa cola. Fija los ojos en las blancas lunas, Y advierte bien (en tanto que tú esperas Gloria naval de las Britanas lides) No se calen ravendo tus riberas. Y pierdan el respeto á las colunas, Llaves tuyas, y término de Alcides; Mas si con la potencia el tiempo mides. Enarbola, oh gran madre, tus banderas, Arma tus hijos, vara tus galeras (1). Y sobre los castillos y leones Que ilustran tus pendones. Levanta el leon fiero Del tribu de Judá, que honró el madero. Que él hará que tus brazos esforzados. Llenen el mar de bárbaros nadantes. Que entreguen anegados

⁽¹⁾ Varar, segun Cobarrubia. era echar al agua algun bajel, conduci**éndelo** por medio de maderos que se liamaban varas.

Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cancion pues que ya aspira

À trompa militar mi tosca lira,

Despues me oirán (si Febo no me engaña),

Del carro helado á la abrasada zona

Cantar de nuestra España

Las armas y los triunfos y corona.

II.

AL SEPULCRO DE GARCILASO DE LA VEGA, escelente poeta toledano, que está enterrado en Toledo con su mujer.

Piadoso hoy celo, culto, Cincel, hecho de artifice elegante, De mármol espirante Un generoso anima y otro bulto Aquí, donde entre jaspes y entre oro Tálamo es mudo, túmulo canoro: Aqui, donde coloca Justo afecto en aguja no eminente. Si no en urna decente. Esplendor mucho, si ceniza poca, Bien que, milagros despréciando egipcios, Pira es suya este monte de edificios. Si tu paso no enfrena Tan bella en mármol copia, oh caminante. Esa es ya la sonante Émula de las trompas, ruda avena, A quien del Tajo deben hoy las flores El dulce lamentar de los pastores.

Este el corvo instrumento

Que el albano ganó, segundo Marte,

De sublime ya parte

Pendiente, cuando no pulsarlo al viento,

Solicitarlo oyó, selva confusa,

Ya docta sombra, ya invisible musa.

Vestido, pues, el pecho

Túnica Apolo de diamante gruesa,

Parte la dura huesa,

Con la que en dulce lazo el blando lecho,

Si otra inscripcion deseas, véte cedo;

Lámina es cualquier piedra de Toledo.

III.

Á las «Lusiadas» de Camoens, que tradujo de portugués en castellano Luis Gomez Tapia.

Suene la trompa bélica
Del castellano cálamo,
Dándole lustre y sér á las Lusiadas,
Y con su ritma angélica
En el celeste tálamo
Encumbre su valor entre las hiadas,
Napcas y hamadriadas.
Con amoroso cántico
Y espíritu poético
Celebren nuestro Bético
Del mauritano mar al mar Atlántico,
Pues vuela su Caliope,
Desde el blanco francés al negro etiope.
Aquí la fuerza indómita

Del Pacheco diestrísimo

Descubre de su rey el pecho y ánimo.

La envidia deja atónita

Con su valor rarisimo,

Y el Samorin soberbio pusilánimo

Muestrase aquí magnánimo,

Alburquerque y solícito

Capitan integérrimo,

Que al amador miserrimo

Crudamente castiga el hecho ilícito

Y á Goa y su potencia

Dos veces la sujeta á su inocencia.

Almeida, que á los árabes

Almeida, que á los árabes
Con la venganza honrada
Sus muros y edificios va talandoles,
Y á los rumes y alábares
Debajo de la Tórrida,
Con valerosa espada domeñándoles,
Y mayor pena dándoles
Con el hijo belígero,
Que en el seno cambaico
Contra el moro y hebráico
Muere mostrando su furor armígero,
Sirviéndole de túmulo
De mamelucos el sangriento cúmulo.

Cuantos pechos heróicos
Te dan fama, clarífica
¡Oh Lusitania! por la tierra cálida;
Tantos versos estóicos
Te dan gloria mirífica,
Celebrando tu nombre y fuerza válida.

Digalo Castálida,
Que al soberano Tapia
Hizo que más que en árboles,
En bronces, piedras, mármoles,
En su verso eterniza tu prosápia,
Dándole el odorifero
Lauro por premio del gran dios Lucífero.

IV.

Corcilla temerosa. Cuando sacudir siente Al soberbio Aquilon con fuerza fiera, La verde selva umbrosa: O murmurar corriente, Entre la yerba corre tan ligera, Que al viento desafia Su voladora planta, Con ligereza tanta, Huyendo va de mi la ninfa mia, Encomendando al viento Sus rubias trenzas, mi cansado acento. El viento delicado Hace de sus cabellos Mil crespos nudos por la blanca espalda, Y habiéndose abrigado Lascivamente en ellos A luchar baja un poco con la falda, Donde, no sin decoro, Por brujula, aunque breve. Muestra la blanca nieve Entre los lazos del coturno de oro:

Y así, en tantos enojos, Si trabajan los piés, gozan los ojos. Yo, pues, ciego y turbado, Viéndola como mide. Con más ligeros piés el verde llano, Que del arco encorvado. La saeta despide Del Parto fiero la robusta mano: Y viendo que es mi mengua Lo que á el!a le sobra. Pues nucvas fuerzas cobra. Apelo de los piés para la lengua, Y en alta voz le digo: «No hujas, ninfa, pues que no te sigo.» Enfrena, oh Clori, el vuelo, Pues ves que el rubio Apolo Pone ya fin á su carrera ardiente: Ten de tí misma duelo, Deponga un rato solo El honesto sudor tu blanca trente: Bastante muestra has dado De cruel y ligera, Pucs en tan gran carrera, Tu bellísimo pié nunca ha dejado Estampa en el arena, Ni en tu pecho cruel mi grave pena. Ejemplos mil al vivo De ninfas te pondria, Si ya la antigüedad no nos engaña;

Por cuyo trato esquivo, Nuevos conoce hoy dia Troncos el bosque, y piedras la montaña;
Más sírvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,
Á quien ya sabes, que el pastor de Anfriso
Con pié menos ligero
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.
Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto;
Que razon es parar quien corrió tanto.

V.

A D. Diego Lopez de Haro, que murió niño.

Donde las altas ruedas Con silencio se mueven, Y á gemir no se atreven Las verdes sonorosas alamedas, Por no hacer ruido Al Bétis que entre juncias va dormido; Sobre un peñasco roto, Al tronco recostado De un fresno levantado, Que escoje entre los árboles del soto, Porque su sombra es flores, Su dulce fruto dulces ruiseñores: Coridon se quejaba De la ausencia importuna, Al rayo de la luna, Que al perezoso rio le hurtaba, Mientras que él no lo siente, Espejos claros de cristal luciente.

«Injusto amor, decia,
Pues permites que muera,
En estraña ribera,
Que por estraña tengo yo la mia,
Válganme contra ausencia
Esperanzas armadas de paciencia.»

VI.

Vuclas, oh tortolilla, Y al tierno esposo dejas En soledad y quejas, Vuelves despues gimiendo, Recibete arrullando, Lasciva tú, si él blando: Dichosa tu mil veces. Que con el pico haces, Dulces guerras de amor, y dulces paces. Testigo fué á tu amante Aquel vestido tronco De algun arrullo ronco; Testigo tambien tuyo Fué aquel tronco vestido De algun dulce genido, Campo fué de batalla, Y tálamo fué luego, Arbol que tanto fué perdone el fuego. Mi piedad una á una Contó, aves dichosas, Vuestras quejas sabrosas; Mi envidia ciento a ciento Contó, dichosas aves,

Vuestros besos suaves;
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á Mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes,
Que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego;
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas,
Para lisongear á un Dios con slas.

VII.

Del mar, y no de Huelva Los escollos, el sol los muros raya, Gimiendo el Alcion, cra en la playa Ruiseñor en la selva, Cuando pescador pobre Mucho despide, red de poco robre. Al que le escuchó en vano Golfo, apesar del norte siempre inquiete, Se queja del Amor, á quien sujeto Obedece, tirano, En las prisiones bellas De la esfera mayor de sus centellas. Escollo cristalino, A quien el pescador cuanto padece, Sentado, en su crueldad dulco le ofrece, Sin hallar el divino

Canto alivio á sus quejas. ¡Triste del que á una roca pide orejas!

VIII.

A una dama presentandole unas flores.

De la florida falda Que hoy de perlas bordó el alba luciente. Tejidos en guirnaldas Traslado estos jazmines á tu frente, Que piden, con ser flores, Blanco á tus sienes y á tu boca olores. Guarda de estos jazmines De abejas era un escuadron volante, Ronco sí de clarines. Mas de puntas armado de diamante; Priselas en huida. Y cada flor me cucsta una herida. Mas Clori, que he tegido Jazmines al cabello desatado. Y más besos te pido Que abejas tuvo el escuadron armado; Lisonjas son iguales Servir yo en flores, pagar tú en panales.

IX.

Dichosa pastorcilla (1), Que del Tajo en la orilla, Por ella más que por su arena rico,

⁽¹⁾ Háliase esta cancion en la comedia, Las firmezas de Isabela.

Viste sincera y pura
Blancura de blancura,
Nieve el pecho y armiños el pellico,
Y al viento suelta el oro encordonado
Cuando vestirse quiere de brocado;

A sombras de un aliso,
Que al ruiseñor quiso
Servir de jaula de sus dulces quejas,
Despues que han argentado
De plata el verde prado,
Reduce á sus rediles sus ovejas,
Do las ordeña, compitiendo en vano
La blanca leche con la blanca mano.

Sus piés la primavera
Calzados, la ribera
De perlas siembra, el monte de esmeraldas;
Siguenla los pastores,
Coronados de flores,
Porque á sus piés les deben sus guirnaldas,
Y siervos coronados pagan ellos
Sus libres pasos á sus ojos bellos.
Pastorcilla dichosa,

Si ya te hizo esposa,
Dulce propia eleccion, no fuerza ajena,
Al de plumas lozano
Avestruz africano,
Que vuela hoy en su desnuda arena
Menosprecia la tórtola, y en suma
Mas arrullos escoge y menos pluma.

X.

A una golondrina.

A la pendiente cuna Vuelves, al que fiaste nido estrecho Oh huéspeda importuna De las retamas frágiles de un techo, Que arboleda celosa aún no le fia De cuanta le concede luz el dia. Oh tú, de las parleras Aves, la menos dulce y más quejosa! Por qué el silencio alteras De la paz, muda sí, pero dichosa, Que en tu nido presuma Que miente voz la envidia y vista pluma? Magnificas orejas Ofendan en alcázares dorados Tus repetidas quejas, Mientras yo entre estos sauces levantados Aplauso al ruiseñor le niego breve Sobre la yerba que este cristal bebe. ¿Cuál, dí, bárbara arena, De sierpes, has dejado, engendradora, Por turbar la screna Dulce tranquilidad que en este mora Tan grato como pobre albergue, donde Sellado el labio, la quietud se esconde? Aquí, pues, al cuidado Niego estos quicios, niego la cultura De ese breve cercado,

Cuyo líquido soto plata es pura

De arroyo tau oblicuo, que no deja La fragancia salir, entrar la abeja.

XI.

Tenia Mari-Nuño una gallina, En poner tan contina Cuanto la vieja atenta á su regalo. Sucedió un año malo, Tal, que el pasto faltandole suave. Negó su feudo el ave : Perdone Mari-Nuño, Que la overa se cierra cuando el puño. Mucho nos dicta en la paraboleja De nuestra buena vieja, Monseñor interés. Sangró una ingrata Cierto jayan de plata. Enano Potosi, cofre de acero. De un bobo perulero. A quien le dejó apenas Sangre Real en sus lucientes veuas. Sintiendo los deliquios ella luego. Con la venda del ciego La sangradura se ata, y se retira. ¿Quién de lo tal se admira, Si en dueñas hoy, y en todo su partido Lo más obedecido Es lo que acuña el cuño? Quien quisiere pues huevos, abra el puño. Águila, si en la pluma, no en la vista, El togado es legista, No atento al pleito de su litigante,

Si no á la rutilante Bolsa, de cuatro mil soles esfera. ¡Ciego de aquel que espera Vista, aunque sea poca, De un aguileño, cósanme esta boca! Con qué eficacia el pendolar ministro Reduce su registro De la ley de escritura á la de gracia, Batida su eficacia De un acicate de oro; el papel diga Á cuanto rasgo obliga El dorado rasguño, Y que overas cerró un cerrado puño. Que peine oro en la barba tu hijo Febo, ¿Quién lo tendrá por nuevo, Si lo peina en las palmas de las manos? Cualquiera matasanos, Si Toledo no vió entre puente y puente A barbo dar valiente Carrete, más prolijo Que á rico enfermo tu barbado hijo. Cuantos, ó mal la espátula desata, Ó desmiente la plata, Farmacos, oro son á la botica, Caudales, que lambica, Y simples hablen tantos como gasta. Envainad, musa, basta El que ha pillado cuño.

Quien os la pegará quizá de puño.

TERCETOS BURLESCOS.

À lo poco que hay que fiar de los favores de los Principes cortesanos, por lo cual se sale de la córte.

¡Mal haya el que en señores idolatra, Y en Madrid desperdicia sus dineros. Si ha de hacer al salir una mohatra! Arroyos de mi huerta lisongeros, (Lisongeros, mal dije, que sois claros) Dios me saque de aquí, y me deje veros. Si correis sordos, no quiero hablaros. Mejor es que corrais murmuradores: Que llevo muchas cosas que contaros. Tenedme, aunque es otoño, ruiseñores. Ya que llevar no puedo ruicriados, Que entre pámpanos son lo que entre flores. Si yo tuviera veinte mil ducados, Típlones convocára de Castilla, De Portugal bajetes mermelados, Y á fé que á la pagísima capilla Tiorbas de cristal vuestras corrientes Prestáran dulces en su verde orilla; Pájaros suplan, pues faltas de gentes. Que en voces, sino métricas, suaves. Consonancias desaten diferentes. Si ya no es que de las simples aves Contiene la república volante Poetas, ó burlescos sean ó graves;

Y cualque madrigal sea elegante. Librándome el lenguage en el concento, El que algun culto ruiseñor me cante. Pródigo dulce que corona el viento: En unas mismas plumas escondido El músico, la musa, el instrumento: Mas ¿donde yo me habia divertido? Risueñas aguas, que de vuestro dueño Con razon os habeis siempre reido, Guardad entre estas guijas lo risueño A este dómine bobo que pensaba Escaparse de tal por lo aguileño, Celebrando con tinta y aun con baba. Las flestas de la corte, poco menos Que hacerselas á Judas con octava. Contar pensé en sus márgenes amenos Cuantas Dianas Manzanares mira. À no arromadizarme sus serenos: La lisonja, con todo, y la mentira, Modernas musas del favonio coro. Las cuerdas le rozaron á mi lira. ¿Valió por dicha al leño mio canoro, Si puede ser canoro leño mio. Clavijas de marfil ó trastes de oro? Sequedad lo ha tratado como á rio;

No más, no, que aun á mí scré importuno, Y no es mi intento á nadie dar enojos, Si nó apelar al pájaro de Juno. Gastar quiero de hoy más plumas con ojos,

Puente de plata fué que hizo alguno À mi fuga quizá de su desvío. Y mirar lo que escribo, el desengaño Preste clavo y pared á mis despojos.

La adulacion se queden y el engaño Mintiendo en el teatro, y la esperanza, Dando su verde un año y otro año.

Que si en el mundo hay bienaventuranza, Á la sombra de aquel árbol me espera, Cuyo verdor no conoció mudanza.

Su flor es pompa de la primavera, Su fruto, ó sea lo dulce, ó sea lo acedo, En oro engasta, que al romperlo es cera.

Allí el murmurio de les aguas ledo, Ócio sin culpa, sueño sin cuidado, Me aguardan, si acá en polvos no me quedo,

Molido del dictamen de un letrado, En la tahona de un relator, donde Siempre hallé para mi el rocin cansado.

¡Dichoso el que pacífico se esconde Á este civil ruïdo, y litigante, Ó se concierta, ó por poder responde, Solo por no ser miembro cortejante De sierpe prodigiosa que camina

La cola, como el gámbaro, delante!
¡Oh soledad de la quietud divina,
Dulce prenda, aunque muda ciudadana
Del campo y de sus ecos convecina!
¡Sabrosas treguas de la vida urbana,
Paz del entendimiento, que lambica
Tanto en discursos la ambicion humana!

¿Quién todos sus sentidos no te aplica? Ponme sobre la mula; verás cuanto, Más que la espuela esta opinion la pica.

Sea piedras la corona, si oro el manto
Del Monarca supremo; que el prudente,
Con tanta obligacion no aspira á tanto.

Entre pastor de ovejas y de gente
Un político medio lo conduce,
Del pueblo á su heredad, de ella á su fuente.

Sobre el aljófar que en las yerbas luce,

Ó se reclina, ó toma residencia,
Á cada vara de lo que produce.

Tiéndese, y con debida reverencia Responde, alta la gamba, al que le escribe, La espulsion de los moros de Valencia;

Tan cerimoniosamente vive, Sin dársele un cuatrin, de que en la corte Le dén título aquel, ó el otro prive.

No gasta así papel, no paga porte De la gaceta que escribió las bodas De Doña Calamita con el Norte.

Del estadista y sus razones todas Se burla visitando sus frutales, Mientras el ambicioso sus baibodas.

No pisa pretendiente los umbrales, Del que trae la memoria en la pretina, Pues de ella penden los memoriales.

El margen de la fuente cristalina Sobre el verde mantel que dá a su mesa, Platos le ofrece de esmeralda fina.

Sírvele el huerto con la pera gruesa, Émula en el sabor y no comprada De lo más cordial de la camuesa. Á la gula se queden la dorada Rica bajilla, el bacanal estruendo; Mas basta que la mula es ya llegada, Á tus lomos, oh rucia, me encomiendo.

FÁBULA

DE

POLIFEMO Y GALATEA.

AL EXCMO. SR. CONDE DE NIEBLA.

Estas que me dictó rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica Talia,
¡Oh excelso conde! en las purpúreas horas
Que es rosa el alba y rosicler el dia,
Agora, que de luz su niebla doras,
Escucha al son de la zampoña mia,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento ó fatigar la selva.

Templado pula en la maestra mano
El generoso pajaro su pluma,
Ó tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presuma;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrel en el cordon de seda,
Y al cuerno, en fin, la citara suceda.

Treguas al ejercicio sean robustos Ocio atento, silencio dulce, en cuanto Debajo escuchas de dosel augusto Del músico jayan el fiero canto; Alterna con las musas hoy el gusto; Que si la mia puede ofrecer tanto Clarin, y de la fama no segundo, Tu nombre oirán los términos del mundo.

Fábula.

Donde espumoso el mar siciliano
El pié argenta de plata al Lilibeo
Bóveda de las fraguas de Vulcano
Ó tumba de los huesos de Tifeo,
Pálidas señas cenizoso un llano,
Cuando no del sacrilego deseo,
Del duro oficio da; allí una alta roca
Mordaza es á una gruta de su boca.

Guarnicion tosca deste escollo duro Troncos robustos son, á cuya greña Menos luz debe, menos aire puro, La caverna profunda que á la peña; Caliginoso lecho el seno oscuro Ser de la negra noche nos enseña, Infame turba de nocturnas aves, Gimiendo tristes y volando graves.

Deste, pues, formidable de la tierra
Bostezo el melancólico vacío,
Á Polífemo, horror de aquella sierra,
Bárbara choza es, albergue umbrío
Y redil espacioso, donde encierra
Cuanto las cumbres ásperas cabrío
De los montes esconde, copia bella
Que un silbo junta y un peñasco sella.

Era un monte de miembros eminente
Este que, de Neptuno hijo fiero,
De un ojo ilustra el orbe de su frente,
Émulo casi del mayor lucero;
Cíclope, á quien el pino más valiente
Baston le obedecia tan ligero,
Y al grave peso junco tan delgado,
Que un dia era baston y otro cayado.

Negro el cabello, imitador undoso
De las oscuras ondas del Leteo
Al viento, que lo peina proceloso,
Vuela sin órden, pende sin aseo;
Un torrente es su barba impetuoso,
Que adusto hijo deste Pirineo
Su pecho inunda, ó tarde, ó mal, ó en vano
Sulcado aún de los dedos de su mano.

No la Trinácria en sus montañas fiera Armó de crueldad, calzó de viento, Que redima feroz, salve ligera Su piel manchada de colores ciento; Pellico es ya la que en los bosques era Mortal horror al que con paso lento Los bueyes á un albergue reducia, Pisando la dudosa luz del dia.

Cercado es, cuanto más capaz, más lleno,
De la fruta el zurron casi abortada,
Que el tardo otoño deja al blando seno
De la piadosa yerba encomendada;
La serva, á quien le da rugas el heno,
La pera, de quien fué cuna dorada
La rubia paja, y pálida tutora

La niega avara, y pródiga la dora.

Erizo es el zurron de la castaña

Y entre el membrillo, ó verde ó datilado,
De la manzana hipócrita, que engaña,
Á lo pálido no, á lo arrebolado;
Y de la encina, honor de la montaña,
Que pabellon al siglo fue dorado,
El tributo, alimento, aunque grosero,
Del mejor mundo, del candor primero.

Cera y cáñamo unió que no debiera,
Cien cañas, cuyo bárbaro ruido.
De más ecos que unió cáñamo y cera
Alboque es duramente repetido;
La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe triton su caracol torcido,
Sordo huye el vagel á vela y remo;
Tal la música es de Polifemo.

Ninfa de Dóris, hija la más bella Adora que vió el reino de la espuma; Galatea es su nombre, y dulce en ella El terno Vénus de sus gracias suma; Son una y otra luminosa estrella Lucientes ojos de su blanca pluma. Si roca de cristal no es de Neptuno, Pavon de Vénus es, cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea

La alba entre lilios cándidos deshoja;

Duda el Amor cuál más su color sea,

Ó púrpura nevada ó nieve roja;

De su frente la perla es Eritrea

Émula vana; el ciego Dios se enoja,

Y condenado su esplendor, la deja Pender en oro al nácar de su oreja.

Invidia de las ninfas y cuidado
De cuantas honra el mar deidados era,
Pompa del marinero, niño alado,
Que sin fanal conduce su venera;
Verde el cabello, el pecho no escamado,
Ronco sí, escucha á Glauco la ribera
Inducir á pisar la bella ingrata
En carro de cristal campos de plata.

Marino jóven las cerúleas sienes
Del más tierno coral ciñe Palemo,
Rico de cuantos la agua engendra bienes
Del faro odioso al promontorio estremo,
Más en la gracia igual, si en los desdénes
Perdonado algo más que Polífemo
De la que no le oyó, y calzada plumas,
Tantas flores pisó como él espumas.

Huye la bella ninfa, y cl marino
Amante nadador ser bien quisiera,
Ya que no áspid á su pié divino,
Dorado pomo á su veloz carrera;
Más ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
La fuga suspender po lrá ligera
Que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra
Delfin que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece, Copa es de Baco, huerto de Pomona; Tanto de frutas ésta la enriquece, Cuanto aquel de racimos la corona; En carro que estival trillo parece, Á sus campañas Céres, no perdona. De cuyas fertilísimas espigas Las provincias de Europa son hormigas.

Á Pales su viciosa cumbre debe
Lo que á Céres, y aun más, su vega llana,
Pues si en la una granos de oro llueve,
Copos nieva en la otra mil de lana;
De cuantos siegan oro, esquilan nieve
Ó en pipas guardan la esprimida grana,
Bien sea religion, bien amor sea,
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.

Sin aras no; que el márgen donde para Del espumoso mar su pié ligero, Al labrador de sus primicias ara, De sus esquilmos es al ganadero; De la copia á la merra poco avara El cuerno vierte el hortelano entero Sobre la mimbre que tegió prolija, Si artificiosa no, su honesta hija.

Arde la juventud, y los arados
Peinan las tierras que sulcaron antes
Mal conducidos, cuando no arrastrados
De tardos bueyes, cual su dueño errantes,
Sin pastor que los silbe, los ganados
Los crugidos ignoran resonantes
De las hondas, si en vez del pastor pobre
El céfiro no silba, ó cruje el robre.

Mudó la noche el can; el dia dormido De cerro en cerro y sombra en sombra yace; Bala el ganado, el mísero valido Nocturno el lobo de las selvas nace; Cébase, y fiero deja humedecido En sangre de una lo que la otra pace. Revoca Amor los silbos, á su dueño El silencio del can siga ó el sueño.

La fugitiva ninfa en tanto, donde
Hurta un laurel su tronco al sol ardiente
Tantos jazmines cuanta yerba esconde,
La nieve de sus miembros da á una fuente;
Dulce se queja, dulce se responde
Un ruiseñor á otro, y dulcemente
Al sueño dá sus ojos la armonia

Por no abrasar con tres soles el dia.

Salamandra del sol vestido estrellas,
Latiendo el can del cielo estaba, cuando
Polvo el cabello, húmidas centellas,
Si no ardientes aljófares sudando.
Llegó Acis, y de ambas luces bellas
Dulce occidente viendo el sueño blando,
Su boca dió y sus ojos cuanto pudo
Al sonoro cristal, al cristal mudo.

Era Acis un venablo de Cupido,
De un fauno medio hombre y medio fiera,
En Simetis, hermosa ninfa, habido,
Gloria del mar, honor de su ribera;
Al bello imán, al idolo dormido,
A coro sigue, idólatra venera;
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre.
Rinden las vacas y fomenta el robre,
El celestial humor recien cuajado
Que la almendra guardó entre verde y seca,
En blanca mimbre se lo puso al lado,

Y un copo en verdes juncos de manteca; En breve corcho, pero bien labrado, Un rubio hijo de una encina hueca, Dulcísimo panal, á cuya cera Su nectar vinculó la primavera.

Caluroso al arroyo da las manos,
Y con ellas las ondas á su frente
Entre dos mirtos que, de espuma canos,
Dos verdes garzas son de la corriente;
Vagas cortinas de volantes vanos
Corrió Favonio lisongeramente,
Ala de viento, cuando no sea cama
De frescas sombras, de menuda grama.

La ninfa, pues, la sonorosa plata
Bullir sintió del arroyuelo apenas,
Cuando, á sus verdes márgenes ingrata,
Segur se hizo de sus azucenas;
Huyera, mas tan frio se desata
Un temor perezoso por sus venas,
Que á la precisa fuga, al preste vuelo
Grillos de nieve fué, plumas de hielo.

Fruta en mimbres hallo, leche esprimida Enjuncos, miel en corcho, más sin ducño, Si bien al dueño debe, agradecida Su deidad culta, venerado el sueño; A la ausencia mil veces ofrecida Este de cortesía no pepueño Indicio la dejó, aunque estaba helada, Mas discursiva y menos alterada.

No al cíclope atribuye, no, la ofrenda; No á sátiro lascivo ni á otro feo Morador de las selvas, cuya rienda El sueño afloja que aflojó el desco; El niño dios entonces de la venda, Ostentacion gloriosa, alto trofeo Quiere que al árbol de su madre sea El desdén hasta allí de Galatea;

Entre las ramas del que más se lava En el arroyo, mirto levantado, Carcax de cristal hizo, si no aljaba, Su blanco pecho de un arpon dorado; El monstruo de rigor, la fiera brava Mira la ofrenda ya con más cuidado, Y aun siente que á su dueño sea devoto, Confuso alcaide más, el verde soto.

Llamáralo, aunque muda, más no sabe El nombre articular que más querria, Ni lo ha visto, si bien pincel suave Lo ha bosquejado ya en su fantasía; Al pié no tanto ya, del temor grave Fia su intento, y tímida en la umbría Cama de campo, y campo de batalla, Fingiendo sueño al cauto garzon halla.

El bulto vió, y haciéndolo dormido, Librada en un pie, toda sobre él pende, Urbana al sueño, bárbara al mentido Retórico silencio que no entiende; No el ave reina así el fragoso nido Corona inmóvil mientras no deciende Rayo con plumas al milano pollo Que la eminencia abriga de un escollo; Como la ninfa bella, compitiendo Con el garzon dormido en cortesía.
No solo para, más el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querria;
A pesar luego de las ramas, viendo
Colorido el bosquejo que ya habia
En su imaginacion Cupido hecho
Con el pincel que le clavó en su pecho,

De sitio mejorada, atenta mira
En la disposicion robusta aquello
Que, si por lo suave no lo admira,
Es fuerza que lo admire por lo bello;
Del casi trasmontado sol aspira
A los confusos rayos su cabello;
Flores su bozo es, cuyas colores,
Como duerme la luz, niegan las flores.

En la rústica greña yace oculto
El àspid del intenso prado ameno
Antes que del peinado jardin culto
En el lascivo regalado seno;
En lo viril desata de su bulto
Lo más dulce el Amor de su veneno;
Bébelo Galatea, y dá otro paso
Por apurarle la ponzoña al vaso.

Acis, aun más de aquello que dispensa La brújula del sueño vigilante, Alterada la ninfa esté ó suspensa, Argos es siempre atento á su semblante, Lince penetrador de lo que piensa, Cíñalo bronce ó mírelo diamante Que en sus paladíones Amor ciego, Sin romper muros introduce fuego. El sueño de sus miembros sacudido, Gallardo el jóven su persona ostenta Y el marfil luego de sus piés rendido, El coturno besar dorado intenta; Menos ofende el rayo prevenido Al marinero, menos la tormenta Prevista le turbó ó pronosticada; Galatea lo diga, salteada.

Mas agradable, menos zahareña,
Al mancebo levanta venturoso,
Dulce ya concediéndole y risueña
Paces no al sueño, treguas sí al reposo,
Lo cóncavo hacia de una peña
A un fresco sitial dosél umbroso,
Y verdes celosías unas hiedras,
Trepando troncos y abrazando piedras.

Sobre una alfombra que imitara en vano
El tírio sus matices, si bien era
De cuantas sedas ya hiló gusano,
Y artífice tegió la primavera,
Reclinados al mirto más lozano,
Una y otra lasciva, si ligera;
Paloma se caló, cuyos gemidos,
Trompas de amor, alteran sus oidos.

El ronco arrullo al jóven solicita;

Mas con desvíos Galatea suaves

A su audacia los términos limita,

Y el aplauso al concento de las aves,

Entre las ondas y la fruta imita

Acis al siempre ayuno en penas graves;

Que en tanta gloria inflerno son en breve,

Fugitivo cristal, pomos de nieve.

No á las palomas concedió Cupido

Juntar de sus dos picos los rubíes,

Cuando al clavel el jóven atrevido

Las dos hojas le chupa carmesies;

Cuantas produce Pafo, engendra Gnido

Negras violas, blancos alhelíes

Lluevan sobre el que Amor quiere que sea

Tálamo de Acis ya y de Galatea.

Su aliento humo, sus relinchos fuego, Si bien su freno espumas, ilustraba Las columnas Eton que erigió el griego, Do carro de la luz sus ruedas lava, Cuando de amor el fiero jayan ciego La cerviz le oprimió a una roca brava, Que a la playa, de escollos no desnuda, Lanterna es ciega y atalaya es muda.

Árbitro de montañas y ribera,
Aliento dió en la cumbre de la roca
A los albogues que agregó la cera,
El prodigioso fuelle de su boca;
La ninfa los oyó, y ser más quisiera
Breve flor, yerba humilde, tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva;

Mas cristalinos pámpanos sus brazos,
Amor la implica si el temor la añuda
Al infelice olmo que pedazos
La segur de los celos hará aguda:
Las cavernas en tanto, los ribazos
Que ha prevenido la zampoña ruda,
BILLOTECA ESCOGIDA.—TOMO III.

El trueno de la voz fulminó luego; Referidlo, Piérides, os ruego.

«¡Oh bella Galatea, mas suave
Que los claveles que troncó la aurora,
Blanca más que las plumas de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora;
Igual en pompa al pájaro que grave
Su manto azul de tantos ojos dora
Cuantas al celestial záfiro estrellas;
Oh tú que en dos incluyes las más bellas!

Deja las ondas; deja el rubio coro
De las hijas de Tétis, y el mar vea,
Cuando niega una luz un carro de oro,
Que en dos las restituye Galatea;
Pisa la arena, que en la arena adoro
Cuantas el blanco pié conchas platea,
Cuyo bello contacto puede hacerlas,
Sin concebir rocío, parir perlas.

»Sorda hija del mar, cuyas orejas, À mis gemidos son rocas al viento, Ó dormida te hurten á mis quejas Purpúreos troncos de corales ciento, Ó al disonante número de almejas, Marino, si agradable no, instrumento, Coros tegiendo estés, escucha un dia Mi voz, por dulce, cuando no por mia.

»Pastor soy; mas tan rico en ganados, Que los valles impido más vacíos, Los cerros desparezco levantados Y los caudales seco de los rios; No los que de sus ubres desatados, Ó derivados de los ojos mios, Leche corren y lágrimas; que iguales En número á mis bienes son mis males.

»Sudando néctar, lambicando olores,
Senos que ignora aun la golosa cabra,
Corchos me guardan más que abeja flores
Liba inquieta é ingeniosa labra;
Troncos me ofrecen árboles mayores,
Cuyos enjambres, ó el Abril los abra,
Ó los desate el Mayo, ámbar destilan
Y en ruecas de oro rayos del sol hilan.

»Del Júpiter soy hijo de las ondas,
Aunque pastor; si tu desdén no espera
À que el monarca de esas grutas hondas
En tronco de cristal te abrace nuera;
Polifemo te llama, no te escondas;
Que tanto esposo admira la ribera
Cual otro no vió Febo más robusto
Del perezoso Bolga al Indo adusto.

>Sentado, á la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pié, sombra capaz es mi persona
De innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
Por igualarme la montaña en vano,
Y en los cielos de esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?

>Marítimo Alcion, roca eminente
Sobre sus huevos coronaba el dia,
Que espejo de zafiro fué luciente

La playa azul de la persona mia;

Miréme, y lucir ví un sol en mi frente Cuando en el cielo un ojo se veia; Neutra el agua, dudaba á cuál fé preste, Al cielo humano ó al cíclope celeste.

Registra en otras puertas el venado
Sus años, su cabeza colmilluda
La fiera, cuyo cerro levantado
De helvecias picas es muralla aguda;
La humana suya el caminante errado
Dió ya á mi cueva, de piedad desnuda,
Albergue hoy, por tu causa, al peregrino,
Do halló reparo, si perdió el camino.

>En tablas dividida rica nave
Besó la playa miserablemente,
De cuantas vomitó riquezas grave
Por las bocas del Nilo y el Oriente;
Yugo aquel dia, y yugo bien suave,
Del fiero mar á la sañuda frente
Imponiéndole estaba, sino al viento,
Dulcísimas coyundas mi instrumento;

"Cuando entre globos de agua entregar veo À las arenas ligurina haya,
En cajas los aromas del Sabéo,
En cofres las riquezas de Cambaya,
Delicias de aquel mundo, ya trofeo
De Scila, que ostentando en nuestra playa
Lastimoso despojo fué en dos dias
À las que esta montaña engendra, arpías.
"Segunda tabla á un ginovés mi gruta
De su persona fué, de su hacienda;
La una reparada, la otra enjuta,

Relacion del naufragio hizo horrenda; Luciente paga de la mejor fruta Que en yerbas se recline ó en hilos penda, Colmillo fué del animal que el Gánges Sufrir muros le vió, romper falanges.

»Arco digo gentil, bruñida aljaba,
Obras ambas de artífice prolijo,
Y de Malaco rey á deidad Java
Alto don, segun ya mi huésped dijo;
De aquel la mano, desta el hombro agrava;
Convencida la madre, imita al hijo;
Serás á un tiempo en estos horizontes
Vénus del mar, Cupido de los montes.»

Su horrenda voz, no su dolor interno, Cabras aquí le interrumpieron cuantas Vagas el piè, sacrílegas el cuerno Á Baco se atrevieron en sus plantas; Mas, conculcado el pámpano más tierno, Viendo el fiero pastor, voces él tantas Y tantas despidió la honda piedras, Que el muro penetraron de las hiedras.

De los fiudos con esto más suaves
Los dulces dos amantes desatados,
Por duras guijas, por espinas graves
Solicitan el mar con piés alados;
Tal redimiendo de importunas aves,
Incauto meseguero sus sembrados
De liebres dirimió copia así amiga,
Que vario sexo unió y un sulco abriga.
Viendo el fiero jayan con paso mudo
Correr al mar la fugitiva nieve,

Que á tanta vista el líbico desnudo
Registra el campo de su adarga breve,
Y el garzon viendo, cuantas mover pudo
Celoso trueno, antiguas hayas mueve,
Tal antes que la opaca nube rompa
Previene rayo fulminante trompa.

Con violencia desgajó infinita

La mayor parte de la excelsa roca

Que al jóven sobre quien la precipita,

Urna es mucha, pirámide no poca;

Con lágrimas la ninfa solicita

Las deidades del mar, que Acis invoca;

Concurren todas, y el peñasco duro

La sangre que esprimió cristal fué puro.

Sus miembros lastimosamente opresos Del escollo fatal fueron apenas, Que los piés de los árboles más gruesos Calzó el líquido aljófar de sus venas; Corriente plata al fin sus blancos huesos Lamiendo flores y argentando arenas, Á Doris llega, que con llauto pio Yerno lo saludó, lo aclamó rio.

DÉCIMAS.

Amorosas.

Flechado ví con rigor Á una ninfa soberana En el arco de Diana Las saetas del amor. El corcillo volador, Con ver su muerte vecina, Aguarda, y la dura encina, Blanco de sus tiros hecha, En el hierro de su flecha Besó su mano divina.

Ved cuán milagrosa y cuánta
Es su fuerza, pues la espera
Con voluntad una fiera
Y con respeto una planta;
Dulcisima fuerza y tanta,
Que herido della el viento,
Silba cada vez contento,
Deseando que á porfía
Cien veces le fleche al dia,
Por tener heridas ciento.

Esto que alcanza y sujeta
Sin que alas valgan piés,
No es fuerza de amor ni es
Celeridad de saeta,
Sino la virtud secreta
De la mano y del cabello,
Que da al arco marfil bello
Y á la cuerda oro sutil,
Conocido del marfil
Desde que ondeó en su cuello.

Deste pues arco que adoro, Cuando tejieron la cuerda, Su apellido dió la cerda Y sus cabellos el oro; Corvo honor del casto coro, Y emulacion, sino celo, Del que con torcido vuelo Da al aire colores vanos, Que por serlo de sus manos Dará el ser arco del cielo.

OTRAS.

Pintado he visto al Amor. Y aunque lo he visto pintado, Está vivo y aun armado De dulcísimo rigor; Ni es ciego, aunque es flechador, Por que sus divinos ojos No hieren ni dan enojos: Que en solo un casto querer Se dilata su poder Y se abrevian sus despojos. No con otro lazo engaña Ni á otras prisiones condena Que á la gloriosa cadena A los Zúñigas de España; Allá pues donde el mar baña Las murallas de Ayamonte, Sol de todo su horizonte. Duras redes manda armar, Como Tétis en el mar. Como Diana en el monte. El arco en su mano bella Su esposo la dura lanza, Él con el caballo alcanza Al que con las flechas ella;

Al venado, que de aquella
Montaña tantos inviernos
Á los robles casi eternos
Les hurtó la antigüedad
Con los años de su edad,
Con las puntas de sus cuernos.

Al jabali, en cuyos cerros
Se levanta un escuadron
De cerdas, si ya no son
Caladas picas sin hierros,
De armas, voces y de perros
Seguido, más no alcanzado,
Muere al fin atravesado,
Y no sé de cual primero,
Ó del rejon, que es ligero,
Ó del arpon, que es alado.

LÍRICAS.

El pensar como pensar,
Dar alivio al pensamiento,
Es pensar en un tormento
Pesado más que el pesar;
No en sus escollos el mar
Tantas ondas rompe al año,
Cuantos sin cuidado estraño
Pensamientos rompe al dia;
Dirán que es melancolía,
Y no es sino desengaño.
Hacen esperanzas vanas
Lisonjas que son enojos,
Á una razon con antojos

Y à una esperiencia con canas; Alas se visten livianas De pensamientos, y en suma, Sean de cera ó sean de pluma, Sale el sol de la verdad, Y de tanta variedad Hace sepulcro la vida.

Mal solicitan sirenas
Sueño al forzado que vemos
Desvelado entre los remos
Dormir sobre las cadenas.
Lisonjas no mudan penas,
Que unas mismas penas son.
Mudando imaginacion,
Beba el viento, que sin duda
Muda el color, mas no muda
Su paso el camaleon.

DÉCIMA FÚNEBRE

à la muerte de D. Rodrigo Calderon.

Cuanto el acero fatal
Glorioso hizo tu fin,
Cuesta á la fama el clarin
De más canoro metal;
Si yo promulgare mal
El acto tan superior,
Ninguno podrá mejor
Que tu muerto referillo,
Siendo su lengua el cuchillo
Que examinó tu valor.

DÉCIMAS contra las contumbres.

Ya de mi dulce instrumento
Cada cuerda es un cordel,
Y en vez de vihuela, él
Es potro de dar tormento;
Quizá con celoso intento
De hacerme decir verdades
Contra estados, contra edades,
Contra costumbres al fin;
No las comente el ruin,
Ni las tuerza el enemigo;
Y digan que yo lo digo.

Del mercader, si es lo mismo,
Con vara y pluma en la mano
Condenarse en castellano,
Que irse al infierno en guarismo;
Desátenme el silogismo
Sus pulgadas y sus ceros,
Su conciencia y sus dineros,
Y tenga por cosa cierta
Que si le cierran la puerta,
En el cielo no hay postigo;
Y digan que yo lo digo.

Ver sus tocas blanquear À la viuda, más me mueve, Que ver cubierto de nieve El puerto del muladar; Déjase á solas pasear De cualquiera forastero, Ó peon ó caballero,
Y con sus amigas llora
Á su esposo la señora
Como la Cava á Rodrigo;
Y digan que yo lo digo.

Viendo el escribano que
Dan á su legalidad,
Por ser poco él de verdad,
Nombre las leyes de fé,
Su pluma sin ojos vé,
Y su bolsa, aunque sin lengua,
Por la boca crece y mengua
Las razones del culpado,
La bolsa hecha abogado,
La pluma hecha testigo;
Y digan que vo lo digo.

Como consulta la dama
Con el espejo su tez,
¡No consultará una vez
Con la honestidad su fama?
Aspid al vecino llama
Que la muerde el carcañar,
Cuando sale á visitar
El copete y la corona,
A los dos no la perdona
Desde la joya al bodigo;
Y digan que yo lo digo.
Milagros hizo por cierto
Un alcalde, y lo ví yo,
Que siendo vivo, le dió
Almas de oro á un gato muerto;

Y aun es de tanto concierto, Que se iguala y no se ajusta Y si acaso á doña Justa Algo entre platos le viene, Deja la verdad, y tiene Á Platon por más amigo; Y digan que yo lo digo.

Éntrase en vuestros rincones
Comadreando la vieja,
Bien como la comadreja
En nido de gorriones;
Con madejas y oraciones
Os quiebra ó degüella en suma,
Hora en huevos, hora en pluma,
La honra de vuestra hija,
Destas terceras, clavija
Sea la rama de un quejigo:
Y digan que yo lo digo.

Del doctor mal entendido,
De guantes no muy estrechos,
Con más homicidios hechos
Que un catalan foragido;
Si son de puñal buido
Las hojas de su Galeno;
Y si partir puede el freno
Y el dinero con su mula;
Mate, y sírvale de bula
La carta que trae consigo;
Y digan que yo lo digo.

OTRAS.

Cuán venerables que son,
Cuán digno de reverencia,
Las tocas de la apariencia,
El manto de la opinion;
¡Oh Coridon, Coridon!
Venza las tórtolas Dido
En uno y otro gemido,
Turbe el agua á lo viudo;
Que á fé que el hierro desnudo
Desmienta al mongil vestido.

De un serafin quintañon

El menos hoy blanco diente,
Si una perla no es luciente,
Es un desnudo piñon;
¡Oh Coridon, Coridon!
Antojos calzais de necio,
Pues no entendeis á Vejecio;
Pero entenderéislo al fin
Si el quintañon serafin
Muerde duro, ó tose recio.

Solicita devocion
El rostro de la beata,
El geme, digo, de plata
Engastado en un griñon;
¡Oh Coridon, Coridon!
No hay flor de abeja segura;
Poca plata es su figura
Poca; mas con todo eso,
En oro le paga el peso

Quien en cuartos la hechura.

Tejiendo ocupa un rincon
Penélope mientras yerra
Por mar Ulises, por tierra
Cenizas ya el Ilion;
¡Oh Coridon, Coridon!
Ella en tierra y él en mar
Pabillas pudieran dar
Á un gitano, puesto que él
Menos urdió en su bajel
Que ella tejió en su telar.

DÉCIMAS

contra los que dijeron mal de las «Soledades.»

Por la estafeta he sabido Que me han apologizado, Y a fé de poeta honrado, Ya que no bien entendido, Que estoy muy agradecido De su ignorancia tan crasa, Que aun el sombrero les pasa, Pues imputa oscuridad A una opaca soledad Quien luz no enciende en su casa. Melindres son de lechuza, Que en lo umbroso poco vuele Quien en las tinieblas suele No perdonar una alcuza; Musa mia, sed hoy Muza; Si empuña, si embraza acaso Lanza y adarga el Parnaso,

Defended el honor mio, Aunque no está, yo lo fio, En la Vega Garcilaso.

DÉCIMA

á una dama sevillana, devota de D. Luis, que amenazaba con él á quien le hacia disgusto.

Con la estafeta pasada

Me dió aviso un gentil-hombre

De que asombrais con mi nombre,

Y que matais con mi espada;

Vivis, señora, engañada;

Que el amor que os he propuesto

No es hijo de Marte en esto;

Antes es del tan distinto,

Que si me hablais en el quinto,

No os he de hablar en el sexto.

DÉCIMA BURLESCA.

¡Oh jurisprudencia, cuil
Por esos lodos he visto
Con caperucilla un mixto
De médico y colegial;
Peticiones à real
Hace de su misma mano,
Y cual si fuera Ulpiano
Informaciones à tres,
Y aun con esto dicen que es
«Carísimo en Cristo hermano.»

OTRA

à la muerte violenta que le dieron al Conde de Villamediana, sin saber quién.

Mentidero de Madrid,
Decidnos, ¿quién mató al Conde?
Ni se sabe, ni se esconde.
Sin discurso discurrid:
Decid que le mató el Cid,
Por ser el Conde lozano.
¡ Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido,
Que el matador fué Bellido,
Y el impulso soberano.

DÉCIMA BURLESCA

à un poeta que para describir unas fiestas en octavas se valió de algunos amigos suyos.

Ya de las fiestas reales
Sestre, y no poeta, seas,
Si á octavas como á libreas
Introduces oficiales;
De ajenas plumas te vales,
Corneja desmentirás,
La que delante y detrás
Gémina concha te viste;
Galápago siempre fuiste
Y galápago serás (1).

⁽¹⁾ Créese que esta décima está escrita contra el poeta dramático Alarcon, que era corcobado.

LETRILLAS.

I.

Aprended, flores, de mi Lo que vá de ayer á hoy, Que ayer maravilla fui Y hoy sombra mia no soy.

La aurora ayer me dió cuna, La noche ataud me dió, Sin luz muriera si no Me la prestára la luna, Pues de vosotras ninguna Deja de morir así. Aprended, etc.

Consuelo dulce clavel
Es á la brevedad mía,
Pues quien me concedió un día,
Dos apenas le dió á él;
Efímeras del vergel,
Yo cárdena el carmesi.
Aprended, etc.

Flor es el jazmin y bella, No de las más vividoras, Pues vive pocas más horas Que rayos tiene de estrella; Si el ámbar florece, es ella La flor que contiene en sí. Aprended, etc. DE D. LUIS DE GÓNGORA.

El alhelí, aunque grosero
En fragancia y en olor
Más dias vé que otra flor,
Pues vé los de Mayo entero;
Morir maravilla quiero,
Y no vivir alhelí.
Aprended, etc.

A ninguna flor mayores
Términos concede el sol
Que al sublime girasol,
Matusalen de las flores;
Ojos son aduladores
Cuantas en él hojas ví.
Aprended, flores, de mi
Lo que va de ayer à hoy,
Que ayer maravilla fui
Y hoy sombra mia no soy.

II.

La vaga esperanza mia

Se ha quedado en vago; jay triste!

Quien alas de cera viste,
¡Cuán mal de mi sol las fia!

Atrevida se dió al viento

Mi vaga esperanza, tanto,

Que las ondas de mi llanto

Infamó su atrevimiento;

Bien que todo un elemento

De lágrimas urna es poca

Que diré á cera tan loca

Ó á tan alada osadía:

La vaga esperanza mia

Se ha quedado en vago ¡ay triste!

Quien alas de cera viste
¡Cuán mal de mi sol las fia!.

III.

Á UN FULANO DE ARROYO (1)

Arroyo, sen qué ha de parar

Tanto anhelar y subir? (2)

Tú por ser Guadalquivir,

Guadalquivir por ser mar;

Carrillejo en acabar

Sin caudales y sin nombres,

Para ejemplo de los hombres (3).

Hijo de una pobre fuente,

Nieto de una dura peña,

Á dos pasos los desdeña

Tu mal nacida corriente;

Arroyo, etc. ¿Qué dias tienes reposo?

Si tu ambicion lo consiente, En qué imagina me dí; Murmura, y sea de tí, Pues que sabes murmurar.

⁽¹⁾ Créese generalmente que esta letrilla está escrita contra D. Rodrigo Calderon, porque habiendo llegado á la cumbre de su valimiento, dicese que queria hacerse pasar, más bien por hijo adulterino del duque de Alba, que por legitimo de Francisco Calderon, persona de buena cuna y honrada.

Para admitir esto, es preciso suponer que Góngora pago con ingratitud à su favorecedor el marqués de Siete Iglesias.

⁽²⁾ Otros dicen: Tanto arribar y subir.

⁽³⁾ En algunos códices no se leen estes tres últimos versos.

¿Á qué noches debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso;
Mucho tienes de furioso,
Aunque uso en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos
Cuando te quies levantar.
Arroyo, etc.

Si tu corriente confiesa
Sin intermision alguna
Que la cabeza en la cuna
Y el pié tienes en la huesa,
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te va á costar.
Arroyo, ¿en gué ha de parar
Tanto anhelar y subir
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar;
Carrillejo en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres.

IV.

À dos hijos de un zapatero rico que gastaron lo que les dejó su padre

> Los dineros del sacristan Cantando se vienen, Cantando se van.

Tres hormas, si no fué un par, Fueron la clave maestra De la pompa que hoy nos muestra
Un hidalgo de solar;
Con plumajes á volar
Un hijo suyo salió,
Que asuela cuanto él soló.
Y la hijuela loquilla
De ámbar quiere la gervilla
Que desmienta el cordobán.

Los dincros, etc.

Dos troyanos y dos griegos,
Con sus celosas porfías,
Arman á Elena en dos dias
De joyas y de talegos;
Como es dinero de ciegos,
Y no ganado á oraciones,
Recibí dueñas con dones
Y un portero rabicano;
Su grandeza es un euano,
Su melarquía un truhan.

Los dineros, etc.

Labra un letrado un real
Palacio, porque sepádes
Que interés y necedades
En piedras hacen señal;
Hácelo luego hospital
Un halconero pelon,
Á quien hija y corazon
Dió en dote, que ser le plugo,
Para la mujer verdugo,
Para el dote gavilan.
Los dineros, etc.

Con dos puñados de sol
Y cuatro tumbos de dado
Repite el otro soldado
Para conde de Tirol;
Fénix lo hacen español,
Collar de oro y plumas bellas.
Despidiendo estas centellas
De sus joyas; mas la suerte
En gusano lo convierte,
De pájaro tan galan.

Los dineros, etc.

Herencia que á fuego y hierro
Malogró cuatro parientes,
Halló al quinto con los dientes
Peinando la calva á un perro;
Heredó por dicha ó yerro,
Y á su gula no perdona;
Pavillos nuevos capona
Mientras francolines ceba,
Y al fin en su mesa Eva
Siempre está tentando á Adan.

Los dineros del sacristan Cantando se vienen, Cantando se van. V.

Dineros son calidad,

Verdad (1).

Más ama quien más suspira,

Mentira.

Cruzados hacen cruzados, Escudos pintan escudos, Y tahures muy desnudos Con dados ganan condados; Ducados dejan ducados, Y coronas majestad,

Verdad.

Pensar que uno solo es dueño De puerta de muchas llaves, Y afirmar que penas graves Las paga un mirar risueño (2), Y entender que no son sueño Las promesas de Marfira,

Mentira.

Todo se vende este dia, Todo el dinero lo iguala; La córte vende su gala, La guerra su valentía; Hasta la sabiduría

⁽¹⁾ Lope de Vega, en su comodia El premio del bien hablar, dise:

Mas presumo yo que mira

Del oro la cantidad

Dineros son calidad,

Dijo el cordobés Lucano.

⁽⁹⁾ Otros leen: Las paque.

Vende la Universidad, Verdad.

No hay persona que hablar deje Al necesitado en plaza;

Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque el por señas se queje;
Que tiene cara de hereje
Sin fé la necesidad

Verdad.

VI.

Si las damas de la córte Quieren por dar una mano Dos piezas del Toledano, Y del Milanés un corte, Mientras no dan otro corte, Busquen otro, Que yo soy nacido en el potro. Si por unos ojos bellos, Que se los dió el cielo dados, Quieren ellas más ducados Que tienen pestañas ellos; Alquilen quien quiera vellos, Y busquen otro, etc. Si un billete cada cual No hay tomallo ni leello Mientras no le ven por sello Llevar el cuño real; Dama de condicion tal, Buscad otro, etc. Si á mi demanda y porfía,

Mostrándose muy honestas,
Dan más recias las respuestas
Que cañones de crujía;
Para tanta artillería,
Busquen otro, etc.

Si algunas damas bizarras,
No las quiero decir vicjas,
Gastan el tiempo en pellejas
Y ellas se aforran en garras;
Vayan al Perú por barras,
Y busquen otro, etc.

Si la del dulce mirar

Ha de ser con presuncion,

Que ha de acudir à razon

De à veinte mil el millar;

Pues fué el mio de alquitar,

Busquen otro, etc.

Si se precian por lo menos
De que duques las recuestan,
Y à marqueses sueños cuestan,
Y à condes muchos serenos;
À servidores tan llenos
Huélalos otro;
Que yo he nacido en el potro.

VII.

Un buhonero ha empleado En higas hoy su caudal. Y aunque no son de cristal Todas las ha despachado; Para mi le he demandado DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Cuando verdades no diga, Una higa.

Al necio que le dan pena Todos los agenos daños; Cuando sea de cien años, Alcanza vista tan buena, Que ve la paja en la agena, Y no en la suya dos vigas; Dos higas.

Al galan que le dan jaque Con una dama atreguada, Y más bien peloteada Que la Coruña del Draque; Y fiada del zumaque Le desmiente dos barrigas; Tres higas.

Al marido que es ya llano. Sin dar un maravedí, Que le hinchó el alholí Su mujer cada verano; Si piensa que grano á grano Se lo llevan las hormigas; Cuatro higas.

Al que pretende más salvas
Y ceremonias mayores
Que se deben por señores
À los Infantados y Albas,
Siendo nacido en las malvas,
Y criado en las hortigas,
Cinco higas.

Al pobre pelafustan,

Que de arrogancia se paga, Y presenta la biznaga Por testigo del faisán; Viendo que las barbas dan Testimonio de las migas, Seis higas.

Al que de sedas armado,
Tal para Cádiz camina,
Que ninguno determina
Si es bandera ó si es soldado;
De su voluntad forzado
Llorado de sus amigas,
Siete higas.

Al mozuelo que en cambray, En púrpura y en olores Quiere imitar sus mayores, De quien hoy memorias hay, Que las sayas de contray Aforraban en lorigas, Ocho higas.

À la viuda de Siqueo Si no cs ya de regadio; Pues calienta el lecho frio Con suspiros del deseo: Ya que son à lo que creo Por novenas sus fatigas, Nueve higas.

VIII.

Cada uno estornuda Como Dios le ayuda.

Sentencia es de bachilleres
Despues que se han hecho piezas,
Que cuantas son las cabezas,
Tantos son los pareceres;
En materias de mujeres,
Se revoca esta sentencia;
Que hay espuelas de licencia
Sin haber freno de duda.
Cada uno, etc.

Cánsase el otro doncél
De querer la otra doncella,
Que es bella, y deja de vella
Por una madre cruel;
Y apenas se cansa él
Cuendo sobra quien le cuadre,
Porque para un mal de madre
Cien escudos son la ruda,
Cada uno, etc.

Este no tiene por bueno
El amor de la casada,
Porque es dormir con la espada,
Con la vibora en el seno;
Á aquel del cercado ageno
Le es la fruta más sabrosa;
Cual coge mejor la rosa
De la espina más aguda,
Cada uno, etc.

Muchos hay que dan su vida
Por edad menos que tierna,
Y otros hay que les gobierna
Edad más endurecida;
Cual flaca y descolorida,
Cual la quiere gorda y fresca,
Porque amor no menos pesca
Con lombriz que con aluda,
Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

IX.

Que pida à un galan Menguilla Cinco puntos de gervilla Bien pucde ser;

Mas que calzando dicz Menga, Quiera que justo le venga, No puede ser.

Que se case un Don Pelote Con una dama sin dote, Bien puede ser.

Mas que no dé algunos dias Por un pan las damerias, No puede ser.

Que la viuda en el sermon Dé mil suspiros sin son, Bien puede ser;

Mas que no los dé á mi cuenta Porque sepan dó se sienta, No puede ser.

Que esté la bella casada,

Bien vestida y mal tocada, Bien puede ser;

Mas que el bueno del marido No sepa quien dió el vestido, No puede ser.

Que anochezca cano el viejo, Y que amanezca bermejo, Bien puede ser;

Mas que á creer nos estreche Que es milagro y no escabeche, No puede ser.

Que se precie un don Pelon Que se comió un perdigon, Bien puede ser;

Mas que la biznaga honrada No diga que fué ensalada, No puede ser.

Que olvide à la hija el padre De buscalle quien le cuadre, Bien puede ser;

Mas que se pase el invierno Sin que ella le busque yerno, No puede ser.

Que la del color quebrado Culpe al barro colorado, Bien puede ser;

Mas que no entendamos todos Que aquestos barros son ledos, No puede ser.

Que por parir mil loquillas Enciend in mil candelillas. Bien puede ser;

Mas que público y secreto No tenga algun cirio efeto, No puede ser.

Que sea el otro letrado Por Salamanca aprobado, Bien puede ser;

Mas que traiga buenos guantes Sin que acudan pleiteantes, No puede ser.

Que sea médico más grave Quien más aforismos sabe, Bien puede ser;

Mas que no sea más esperto El que más hubiese muerto, No puede ser.

Que acuda á tiempo un galan Con un dicho y un refran, Bien puede ser.

Mas que entendamos por eso Que en floresta no está impreso, No puede ser.

Que oiga Menga una cancion Con piedad y atencion, Bien puede ser;

Mas que no sea más piadosa A dos escudos en prosa, No puede ser.

Que sea el Padre Presentado Predicador afamado, Bien puede ser; Mas que muchos puntos buenos No sean estudios agenos, No puede ser.

Que una guitarrilla pueda Mucho despues de la queda, Bien puede ser;

Mas que no sea necedad Despertar la vecindad, No puede ser.

Que el mochilero ó soldado Deje su tercio embarcado, Bien puede ser.

Mas que le crean de la guerra Porque entró roto en su tierra, No puede ser.

Que se emplee el que es discreto En hacer un buen soneto, Bien puede ser;

Mas que un menguado no sea El que en hacer dos se emplea, No puede ser.

Que quiera una dama esquiva Lengua muerta y bolsa viva, Bien puede ser.

Mas que halle sin dar puerta Bolsa viva y lengua muerta, No puede ser;

Que el confeso al caballero Socorra con su dinero, Bien puede ser;

Mas que le dé porque presta

Lado el dia de la fiesta, No puede ser.

Que junte un rico avariento Los doblones ciento à ciento, Bien puede ser;

Mas que el sucesor gentil No los gaste mil á mil, No puede ser.

Que se pasée Narciso Con un cuello en paraiso. Bien puede ser;

Mas que no sea notorio Que anda el cuerpo en purgatorio, No puede ser.

X.

Ande yo caliente, Y riase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente;
Y ríase la gente.

Coma en dorada bajilla El Príncipe mil cuidados Como píldoras dorados; Que yo en mi pobre mesilla, Quiero más una morcilla Que en el asador rebiente, Y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena El mercader nuevos soles; Yo conchas y caracoles Entre la menuda arena, Escuchando á Filomena Sobre el chopo de la fuente, Y ríase la gente.

Pase á media noche el mar, Y arda en amorosa llama Leandro por ver su dama; Que yo más quiero pasar De Yepes y Madrigar La regalada corriente, Y ríase la gente.

Pues amor es tan cruel, Que de Piramo y su amada Hace tálamo una espada, Dó se junten ella y él; Sea mi Tisbe un pastel Y la espada sea mi diente, Y riase la gente.

XI.

Dá bienes fortuna Que no están escritos; Cuando pitos fluutas, Cuando flautas pitos. ¡Cuán diversas sendas Suele seguir En el repartir Las honras y haciendas! Á unos dá encomiendas, À otros sambenitos, Cuando pitos, etc. A veces despoja De choza y apero Al mayor cabrero, Y á quien se le antoja La cabra más coja Parió dos cabritos, Cuando pitos, etc. Porque en una aldea Un pobre mancebo Hurtó solo un huevo Al sol bambonea, Y otro se pasea . Con cien mil delitos, Cuando pitos flautas, Cuando flautas pitos.

XII.

Que pretenda el mercader
Sin que al grande y sin que al chico
Restituya un alfiler,
En nombre de Dios tener
Lo que ganó en Puerto-Rico,
10h que lindico!

Que disimule un pariente,
Sin que à risa me provoque,
Que en el espejo luciente,
Nunca se ha visto la frente
Coronada de alcornoque,
10h que lindoque!

Que una necia que bien charla,
Dama entre picaza y mico,
Me quiera obligar á amarla
Siendo su pico de parla,
Y de Jetafe su hocico,
10h que lindico!

Que piense un bobalicon
Que no hay quien su dama toque,
Y en la casa del rincon
Sé que la tomo un peon,
Y que no la quiere un Roque,
10h que lindoque!

Que pretenda un estudiante, Sin que sea galan ni rico, Rendir á Doña Violante Con hacer muy de lo amante, Sin dejar flaco el bolsico, ¡Oh que lindico!

XIII.

Que haya gustos en la villa, ¿Qué maravilla? Y en la córte dulce y agro ¿Qué milagro?

Que en la córte, dó se junta
Tanta risa y tanto lloro,
Haya quien nos tome el oro
Y absuelva cualquier pregunta,
Quien apunta y quien despunta,
Y entre damas y entre Roques,
Quien á tretas, quien á emboques,
Os dá toda la cartilla,
¿Qué maravilla?

El que vive en el aldea
Cultivando su heredad,
Allí culpa nuestra edad
Á donde nada desea;
¿Qué mucho que bueno sea,
Y que más en fil que un peso (1),
Ni evite ni trate en grucso,
Si él engorda con lo magro?
¿Qué milagro?

El que por favores hecho Poderoso en el juzgado, Esté puesto á ser pagado

⁽¹⁾ Otras ediciones dicen : y que más fiel.

Más que permite el derecho; Que quiera sacar provecho, Pues la esposa que le dán, Como á nuestro padre Adan, Le salió de la costilla, 20ué maravilla?

Si el que poca renta tiene
Dá á su dama en un vestido
Todo el tributo caido,
Y libra el tercio que viene;
Cuando ya no se mantiene
Por la justa que mantuvo,
Que por lo que dulce tuvo,
Empiece á tener por agro,
¿Qué milagro?

Que Don Álvaro de Luna
Suba á la cumbre en buen hora,
Pues con su menguante agora
Las cabezas importuna;
Si tras de tanta fortuna,
Para llegar al poder
Á muchos hizo caer,
Que le armaron zancadilla,
¿Qué maravilla?
Si el abad de poer repres

Si el abad de poca renta, Á fuer de obispo, pasea Con lacayos de librea, Ahorrada en la pimienta; Si le alcanzan en la cuenta, Y en vano la disimula, Que se baje de la mula Por ver que el camino es agro, ¿Qué milagro?

XIV.

En la almoneda Ten la barba queda. Mancebo orgulloso, Que aunque barbas peinas, Es tu edad tan corta Como tu esperiencia, Ni en amor confies Ni en mujeres creas; Que su fé es fingida Y su luz es recta. Olvidadas quieren, Queridas desprecian, Lo bueno aborrecen. Lo malo descan. Son Julio en calor, Octubre en tibieza, Febrero en mudanza Y Marzo en la vuelta. Son quien de ellas hace Amor almoueda; Con lascivo engaño Á verlas se lleva. En el almoneda, etc. Hallarás figuras, En Damasco hechas, Quiero decir, damas Que es un asco vellas.

Verás trasformada En blanca una negra. Que lo que parece No darás por ella. Verás convertidas En rubias mil trenzas. Que las martirizan Porque se conviertan. Hallarás de dientes Algunas aceras, Con vecinos menos Que el arte los puebla. Advertido de esto, Mira lo que mercas; Y porque despues No le tires de ella En el almoneda, etc. Doncella hallarás Que ya ha sido suegra, Y con todo aqueso, Quiere ser doncella. Casada hay que libra En sí misma letras Para el mismo dia Que á casar la llevan. Viudas de Siqueo Hay, que á quien las ruega Solamente el sí Tienen de Siqueas. Hallarás allí Mil sucltas solteras,

Que si el mal es pátria, Son finas francesas. Estas y otras cosas Símiles á estas Verás por el tiempo Que duráre el verlas. En el almoneda Ten la barba queda.

XV.

Tenga yo salud , Que comer y quietud Y dineros que gastar , Y ándese la gaita Por el lugar.

No hago yo a nadie el buz Por ninguna pretension; Tenga mi bota y jamon, Aunque me acueste sin luz; Mis frascos sin arcabuz, No para quien mal me quiere, Más porque si sed tuviere La pueda mejor matar, Y andese, etc.

Viva yo sin conocer, Y retirado en mi aldea, Á quien la merced rodea I'or que no la sabe hacer; No vea á nadie comer, Si no comiere á su lado, Ni me hable nadie sentado DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Si en pié tengo de escuchar, Y andese, etc.

No me cojan sepan-cuantos
Debajo de sus quimeras;
Tenga mi puerco y esteras
El dia de Todos-Santos;
Juguemos años por tantos
Tras la cama yo y Pascuala
Pues no se paga alcabala
De engendrar y bostezar,
Y andese, e'c.

El médico y cirujano
Sean para mi gobierno,
Calentador en invierno
Y cantimplora en verano.
Acuésteme yo temprano,
Y levánteme á las diez,
Y á las once el almirez
Toque á la panza á mascar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

XVI.

Será lo que Dios quisiere.

Todo el mundo está trocado.
Solo reina el recibir,
Ya nos venden el vivir.
Y vivimos de prestado;
El que tuviere un ducado
Se verá grande en un dia;

La balanza más vacía Subirá más fácilmente; Todo será diferente, Y si algo de esto no fuere, Será lo que Dios quisiere.

Ya no hay cosa verdadera,
Ni quien decilla presuma,
Mil aves vuelan sin pluma,
Y el sol dá luz por vidriera:
Las honras serán de cera,
Y el oro será el calor;
Cogeráse el fruto en flor,
Los racimos en agraz,
Y del que por bien de paz
A madurarse viniere,
Será lo que Dios quisiere.

Que habrá gran copia imagino
De Médicos y Letrados,
Los más de cllos graduados
Por un Conde Palatino;
Con la fé de un pergamino
Destruyen media Castilla,
Uno en mula y otro en silla;
Y cuando el más docto emprenda
Vuestra vida ó vuestra hacienda,
Ó mejor con vos lo hiciere,
Será lo que Dios quisiere.

Del mercader y escribano Será lo que siempre ha sido, Que el más pobre y más perdido Va al infierno más temprano; Téngales Dios de su mano, Y el viernes de la Pasion Les dé quien por un doblon Se arroje, y que pierda el miedo; Mas decir seguro puedo, Que del que los absolviere Será lo que Dios quisiere.

De las de saya ó monjil,
Si ya no fuere en la cuna,
No se hallará vírgen uua
Despues de las once mil;
No les dieron de marfil
Mujer á su honestidad;
Y así, tengo por verdad
Que de la madre ó la hija
Que recibe la sortija,
Ó el juguete recibiere,
Será lo que Dios quisiere.

De viuda que mucho llora
Jamás me enterneció el llanto,
Porque sé bien que otro tanto
Sabrá alegrarse á deshora;
¿Cuál es el necio que ignora
Que despues de echar las llaves
Ó estén tristes ó estén graves,
Porque la melancolía
Va con las tocas de dia,
Y á la noche que viniere
Será lo que Dios quisiere?

En cualquier estado al fin Mil mudanzas ha de haber; Ya no se ha de conocer Cuál es bueno y cuál es ruin; Téngase bien á la crin El que está más levantado, Porque el mundo descansado Sirve ya por el envés, Y cuando ahora al través Su pináculo no diere, Será lo que Dios quisiere.

XVII.

Milagros de Córte son.

Que tenga el engaño asiento
Cerca de alguna grandeza,
Y que pueda la riqueza
Dar á un necio entendimiento;
Que perezca el buen talento,
Si á decir verdad aspira,
Y que tenga la mentira
Título de adulacion,
Milagros de Córte son.

Que D. Milano afeitado
Ajeno linaje infame,
Y que Mendoza se llame
Por lo que tiene de Hurtado;
Que diga ser más soldado
Que en su tiempo el de Pescara
Y que se llame Guevara
El que no es más que Ladrou,
Milagros de Córte son.
Que el soldado de Pavía

Cuente y jure hazañas grandes,
Porque tuvo niño en Flándes
Achaques de alferecía;
Su caudal es bizarría,
Y por lo bravo se llama
Al dormir leon sin cama,
Y al comer camaleon,
Milagros de Córte son.

Que la dama escabechada Preste al aire trenzas rojas, Y que engañe con las hojas Como parra vendimiada; Que la píldora dorada, Receta de mano suya, Con afeite de aleluya, Cubra arrugas de pasion, Milagros de Córte son.

Que no vean mil maridos
Cosas que las verá un ciego,
Y que á las voces del fuego
Quieran tapar los oidos;
Que se precien de entendidos,
Y presuman de valientes.
Y no fueron más pacientes
Los asnos de San Anton,
Milagros de Corte son.

Que estés, Amor, tan quebrado, Y tan corto de caudal, Que ya te pidan señal Como á cuerpo endemoniado; Que te precies de letrado, POESÍAS SELECTAS

Aunque los aires penetras, Y escriban todas tus letras En la estampa de un doblon, Milagros de Córte son.

XVIII.

Hay unos hombres de bien En este nuestro arrabal, Que de todo dicen mal, Y dicen bien.

Hay unos adonde moro
Que á poco que les aticen,
Sobre cualquier cosa dicen
Como pasamanos de oro;
Y aunque pierdan el decoro,
Nunca la memoria pierden,
Antes de cuanto se acuerden
Dicen, dén adonde dén,
Y dicen bien.

Dicen que no hay meson ya Sin campana y oratorio, Aunque, como es diversorio, No admiten Virgen allá; Porque aunque si Dios está, No está del todo perdido. Que representa el marido El animal de Belen, Y dicen bien.

Dicen que hay casas de fama Como ajedrez en valor, Que cualquier pieza menor BE D. LUIS DE GÓNGORA.

Entrando llega á ser dama; Entra moza y sale ama, Y tal, que sin ser Dios, cria Si antes villano tañia, Allí aprende saltarén, Y dicen bien.

Dicen que ya las doncellas
Son de casta de pelotas,
Que si están, de saltar, rotas
Se remedian con cosellas;
Y cosida cualquier de ellas,
Como de primero salta,
Y si hubiese alguna falta
Luego la remedia alguien,
Y dicen bien.

De las casadas cualquiera
Dice, y al fin lo que pasa,
Que astas de carnero en casa
Buscan perdigones fuera;
Y si acaso está en espera
Su mal seguro marido,
Como si fuera el mar-ido,
Ni le encuentran ni le ven,
Y dicen bien.

Que hay beatas me dicen
Entre monjas y casadas,
Que si no santificadas,
Ellas mismas se bendicen,
Y á ninguno contradicen
Que á comprar va á su almoneda,
Antes si lleva moneda,

Tocará pieza tambien (1), V dicen bien.

XIX.

De unos enigmas que traigo
Bien claras y bien dudosas
Pide la definicion
Un hombre que las ignora.
Ser una dama de córte
De esas que corren agora,
Morena cuando amanece
Y blanca de allí á dos horas,
¿Qué es cosicosa?

Tener una buena vieja

Pobre hacienda é hija hermosa;

Ser Mari-Hernandez ayer

Y de allí á un mes doña Aldorosa;

Tener galas y galanes,

Labrar casas, comprar joyas,

Haber parido una vez,

Venderse por virgen otra,

¿Qué es cosicosa?

Tener hermosa mujer
Sin tener hacienda propia
Mas de aquella que en el rostro
Le puso la gran pintora;
Comer los dos sin traello,
Vestir sin que cueste cosa

⁽¹⁾ Varios Códices dicen: Trocará pieza tambien.

Y tener lo más del año Bien bastecida la bolsa, ¿Qué es cosicosa?

Partirse à una comision
Un buen hombre, y cuando torna
En su casa hallar enferma
De mal de bazo à su esposa;
Estarse un año sin verla,
Y en una semana sola
Que la trató su marido
Parir y publicar honra,
¿Qué es cosicosa?

Que pretendan dos casarse
Que es averiguada cosa
Que el uno nació en Vizcaya
Y el otro en Constantinopla;
Que por ser pobre no halle
El vizcaino una novia,
Y halle ciento por ser rico
El sucesor de Mahoma,
¿Qué es cosicosa?

Que se esté en su encerramiento
La doncella virtuosa
Que en sus manos y en su aguja
Se encierra su hacienda toda;
Y que siendo la virtud
La más estimada joya,
Nadie por mujer la pida
Porque le faltan esotras,
¿Qué es cosicosa?
Que traiga una buena viuda

Negro luto y blancas tocas, Que en vida de su marido Fué tan libre como agora: Que no le temiese vivo, Y muerto esté tan medresa, Que todas las noches de Órden de no dormir sola, ¡Oué es cosicosa?

XX.

Ya que rompí las cadenas De mis grillos y mis penas De estender con mucho error Lajurisdiccion de Amor, Que ahora me da por libre. Dios me libre.

Y de andar más por escrito Publicando mi delito, Sabiendo de agenas vidas Tantas culpas conocidas, De que puedo hacer alarde, Dios me guarde.

De dama que se atribula
De comer huevos sin bula,
Sabiendo que de su fama
Un escrúpulo ni dracma
No podrá lavar el Tibre,
Dios me libre.

Y del mercader devoto,

De conciencia mani-roto,

Que acrecentando sus rentas,

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Pasa à menudo sus cuentas, Y da las agenas tarde, Dios me guarde.

De doncella con maleta,
Ordinario y estafeta,
Que quiere contra derecho,
Pasando por el estrecho
Llegar entera à Colibre,
Dios me libre.

Y del galan presumido, Para holocaustos guardado, Que hace cara á los afeites Para dar á sus deleites Espaldas, como cobarde, Dios me guarde.

De dama que de un raton Huye al último rincon, Desmayada de mirallo, Y no temerá á caballo Que Ruger su lanza vibre, Dios me libre.

Y de galan que en la plaza Acuchilla y amenaza, Y si sale sin terceros, Hará como Don Gaiferos Aunque Melísendra aguarde, Dios me guarde.

De doncella que entra en casa Porque guisa y porque amasa, Y hará mejor un guisado Con la mujer del honrado Que con clavos y gengibre, Dios me libre.

Y de amigo cortesano
Con las insignias de Jano
Desvelado en la cautela,
Cuyo soplo á veces hiela,
Y á veces abrasa y arde,
Dios me guarde.

XXI.

No me llame fea, calle; Que la llamaré vieja, madre.

Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala
Ni vieja que no lo sea;
La mujer moza es librea,
Y la vieja despreciada.
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde,
No me llame, etc.

La mujer más celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es, cual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada;
No viva tan confiada,
Si no tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne,
No me llame, etc,

En palacio la princesa,

En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
En la córte la duquesa:
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta
Que la más noble y discreta
Se pierde por que la alaben,
No me llame fea, calle;
Oue la llamaré vieja, madre.

XXII.

Cual más, cual menos Toda la lana es pelos.

Despues que de talanquera, Ciego Amor, los toros veo Que se corren en tu plaza, Mansos, aunque tiepen cuernos,

Como estoy subido en alto, Mil cosas miro y contemplo, Unas que me causan risa, Y otras que me ponen miedo.

No hay lego que no sea fraile, Ni fraile que no sea lego; Todos son hombres al fin, Aunque en hábito diverso. Cual más, etc.

Desde aquí miro doncellas, Que ya dos veces parieron, Y en posesion virginal Se casaron despues de esto. Otras que lo son sin duda, Pero tal duda no absuelvo, Porque en allegando al quinto, No hay quien no sepa del sesto.

Al fin, unas y otras pasan
Por industria ó por enredo,
Unas doncellas selladas,
Y otras que lo son sin sello.
Cual más, etc.

Desde aquí miro viudas, Que debajo el mongil negro Es encarnado el color Del aforro que traen dentro.

Otras muy contemplativas, Con un gran rosario al cuello, Cuyas cuentas de perdon Se pasan contando cuentos;

De unas murmuran la gala, De otras murmuran lo honesto, Y para decir verdad, De mujeres en efecto, Cual más, etc.

Tambien he visto doncellas Sueltas, sin rienda ni freno, Unas de gestos hermosos, Otras de gestos bien gestos; Unas visten tiritaña, Y otras seda y terciopelo; Unas son de cuatro y ocho, Otras de cincuenta y ciento. De aquestos precios, al fin, Al más barato me atengo; DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Que toda esta mercancía,
Por barata ó de gran precio,
Cual más, cual menos,
Toda la lana es pelos.

XXIII.

De aquel buen siglo dorado
Quedó la memoria sola,
Porque, como el mundo es bola
Todo el mundo anda rodado;
Ya viste seda y brocado
Quien vestia lana y gerga;
¿Y que el mundo no se pierda
Con semejante locura?
¡Válgame Dios, qué ventura!

Que la niña hermosa y bella
Se nos venda por honrada,
Y que la madre taimada
Trate solo de vendella;
Que se nos haga doncella
La que tan libre ha vivido,
Y que al fin halle marido
Que supla la soldadura,
¡Válgame Dios, que ventura!

Que el novicio pretendiente, Letrado del A, B, C, Le provean, porque fué Pasa aquí del Presidente; Que en exámen de inocente Haya salido aprobado, Y valga más este grado Que alguna colegiatura: ¡Válgame Dios, qué ventura! Que el médico laureado En sus curas salga cierto. Más por los hombres que ha muerto Que por los que ha sanado; Que de un dolor de costado. Con ventosas y sangrias Despache un hombre en tres dias Y que le paguen la cura; ¡Válgame Dios, qué ventura! Que la chocante casada Con su escuela de danzantes, Tenga diversos penantes Penados por su penada; Que tengan unos entrada Cuando otros tienen salida, Y que sabiendo esta vida, Tenga el marido cordura; ¡Válgame Dios, qué ventura. Que el marido á su mujer Halle copete altanero Sin gastar de su dinero Lo que vale un alfiler; Y sentándose á comer Entren diversos presentes, Y que habiendo estos pacientes Tengan los campos verdura; ¡Válgame Dios, qué ventura!

XXIV.

No vayas, Gil, al sotillo Que yo sé Quien novio al sotillo fué Que volvió hecho novillo.

Gil, si es que al sotillo vas, Mucho en la jornada pierdes, Verás sus álamos verdes, Y alcornoque volverás; Allá en el sotillo oirás De algun ruiseñor las quejas, Y en tu casa á las cornejas, Y ya tal vez al cuclillo. No vayas, Gil, etc.

Al sotillo floreciente
No vayas, Gil, sin temores,
Pues mientras miras sus flores
Te enraman toda la frente;
Hasta el agua trasparente
Te dirá tu perdicion,
Viendo en ella tu armazon,
Que es más que la de un castillo,
No vayas, Gil, etc.

Mas si vas determinado, Y allá te piensas holgar, Procura no merendar Desto que llaman venado; De aquel vino celebrado De Toro no has de beber Por no dar en qué entender Al uno y otro corrillo,
No vayas, Gil, al sotillo;
Que yo sé
Quien novio al sotillo fué,
Y volvió hecho novillo.

XXV.

Hágasme tantas mercedes, Temerario pensamiento, Que no te fies del viento Ni penetres en paredes.

Pensamiento, no presumas
Tanto de tu humilde vuelo,
Que el sugeto pisa el cielo,
Y al suelo, bajan las plumas;
Otro bañó las espumas
Del Mediterráneo mar
Pudiendo mas bien volar
Que tu agora volar puedes.
Hágasme tantas mercedes, etc.

No penetres lo escondido
De aquel corazon amado
Mientras labras su cuidado
Con las aguas del olvido,
Pues un montero atrevido
Sabes que pagó sus yerros
En las bocas de sus perros
Y en los nudos de sus redes.
Hágasme tantas mercedes,

Temerario pensamiento,

Que no te fies del viento Ni penetres las paredes.

XXVI:

Digamos de lo que siento,
Maldiciente musa, en tanto
Que la viuda llore tanto,
Disimulando un contento,
Que traiga manto de adviento,
Y de pascua la camisa;
Que traiga el alma de risa,
Y se arañe por el muerto,
1Bien por cierto!

Que quiera doña Justicia
Dejar ricos herederos
Ennobleciendo sus fueros
À la ley de la malicia;
Que trucque por avaricia
La espada por el escudo,
Deje el derecho desnudo
Por casarse con un tuerto,
¡ Bien por cierto!

Que saque al rayo del sol
Al que es duro de mollera;
Que le sirva de escalera
Al que le hace caracol;
Que al cerrar del español
Este militar ruido,
Para su infamia, dormido,
Y ronque estando despierto,
¡Bien por cierto!

XXVII.

Hermosa es y con dinero Doña Blanca de Borbon, No la quiere, aunque pelon, El natural caballero: A cualquiera forastero Darla su padre desea. ¡ Plega à Dios que orégano sea! Hermosa mujer teneis, Sois pobre y de bajo estado, Don Belianis, empeñado, Os pide que le mandeis; Pagárselo no podeis, Y él en pediros se emplea. ¡Plega á Dios que orégano sea! Llevais vuestro amigo fiel À ver la dama que amais; Vos una vez le llevais. Y otra vez os lleva él: Vos fiáisos mucho dél, Y él engañaros desea. ¡Plega à Dios que orégano sea! Tierra dicen que comió La niña en su opilacion. Y fué la trasformacion Despues que Adan se formó; Yo no sé qué fué ó qué nó, Sé que sanó en el aldea. ¡Plega à Dios que orégano sea!

Don Gil con doña Teodora Casó el año del diluvio; Él es como el oro rubio, Y ella blanca como aurora, Y nacen de la señora Los hijos de taracea. ¡Plega á Dios que orégano sea!

XXVIII.

Que un galan enamorado Por ver à quien le desvela Esté puesto en centinela Una noche entera armado; Y que esté tan rematado En su cuidoso penar, Que se venga à acatarrar De tanto estar al sereno, 10h que bueno!

Pero que su dama quiera Tratarlo con tal rigor, Que conociendo su amor Quiera permitir que muera, Y que so muestre tan fiera, Que por hacerle pesar Guste de verle penar, Y aun lo tenga por regalo, ¡Oh qué malo!

Que un marido á su mujer Afloje tanto la rienda, Que le deje el dia de hacienda Ir de veinte y un alfiler,
Y que el tal no eche de ver
Lo que crece aquel toldillo,
Que aunque más roce el soplillo
Será de sudar ajeno,
¡ Oh qué bueno!

Mas que llegue á tal estado
Su soberbia y vanidad
Que quiera hacer igualdad
Con la de coche y estrado,
Y que el marido informado
Le quiera abajar el punto,
Y ella por buen contrapunto
Le responda con un palo,
1 Oh qué malo!

Que dé un galan á una dama, Si ella le guarda el decoro, Algunos escudos de oro Que más aviven su llama, Si está contínuo á su cama, Y le lava y le almidona, Y es en efecto persona Que no pasa del treinteno, 10h qué bueno!

Pero que á muchos amantes Les sepa una dama astuta, Encareciendo su fruta, Pedir chapines y guantes, Haciéndolos San Cervantes No habiendo en Tajo nacido, Siendo en efecto fingido Todo su amor y regalo, ¡Oh qué malo!

Que un hidalgo, aunque sea pobre,
Se precie de ser hidalgo,
Queriendo estimarse en algo
Aunque en hacienda no sobre,
Y que por momento cobre
Nucvo crédito entre gentes,
Y que de sus ascendientes
Esté de blasones lleno
JOh qué bueno!

Pero que el que ayer llevaba
De San Andrés la encomienda,
Hoy en pretender entienda
Otra cruz de Calatrava,
Y quiera poner aljaba
En el arco de Cupido,
Queriendo ser preférido,
Siendo otro Sandanapalo,
¡Oh qué malo!

XXIX.

Allá darás rayo,
En casa de Tamayo.
De hospedar á gente estraña,
Ó flamenca ó ginovés,
Si el huésped overo es
Y la huéspeda castaña,
Segun la raza de España,
Sale luego el potro bayo.
Allá darás etc.

Alguno hay en esta vida Que se yo que es menester Que à su querida mujer (Nunca fuera tan querida) Tomen antes la medida Que à èl le corten el sayo. Allà daràs, etc.

Con un lacayo en Castilla
Se acomodó una casada;
No se le dió al señor nada,
Porque no es gran maravilla
Que el amo deje la silla,
Y que la ocupe el lacayo.
Allá darás, rayo,
En casa de Tamayo.

XXX.

Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero à mi mas me contenta
Que se diga y no se sienta.
En la ley vieja de Amor
À tantas hojas se halla
Que el que más sufre y más calla,
Ese librará mejor;
Más ¡triste del amador
Que muerto á enemigas manos,
Se hallaren los gusanos (1)
Secretos en la barriga!
Manda Amor, e'c.

⁽¹⁾ En varias ediciones se lee hallaron.

Muy bien hará quien culpáre
Por necio cualquier que fuere
Que como leño sufriere
Y como piedra callare;
Mande Amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa.
Manda Amor, etc.

Bien sé que me han de sacar En el auto con mordaza Cuando Amor sacare á plaza Delincuentes por hablar; Más yo me pienso quejar, En sintiéndome agraviado, Porque el mar viene alterado Cuando el viento lo fatiga. Manda Amor, etc.

Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido
Que guarda más bien Cupido
Al que guardó su secreto;
Más si murió el imperfeto
De amoroso torozon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.

Manda Amor en su fatiga Que se sienta y no se diga; Pero á mí más me contenta Que se diga y no se sienta.

ROMANCES.

I.

Aquí entre la verde juncia Quiero, como el blanco cisne (Que envuelto en dulce armonía, La dulce vida despide),

Despedir mi vida amarga, Envuelta en endechas tristes, Y querellarme de aquella Tan hermosa como libre.

Descanse entre tanto el arco De la cuerda que le aflige. Y pendiente de sus ramas, Orne esta planta de alcides,

Mientras yoá la tortolilla Que sobre aquel olmo gime Le hurto todo el silencio Que para sus quejas pide.

¡Bellísima cazadora, Más fiera que las que sigues Por los bosques, cruel verdugo ¡De mis años infelices!

Tan grandes son tus estremos De hermosa y de terrible, Que están los montes en duda Si eres diosa ó eres tigre. Preciarte de tan soberbia
Contra quien es tan humilde
Que considerados bien,
Todos los monteros dicen
Que los dos nos parecemos
Al robre, que más resiste
Los soplos del viento airado

Tuen ser dura, yo en ser firme.

En esto solo ercs robre, Y en lo demás flaca mimbre, No solo á los recios vientos, Mas á los aires sutiles.

Ya no persigues cruel (Despues que á mí me persigues) Á los ciervos voladores, Ni á los fieros jabalíes.

Ni de tu dichoso albergue Las nobles paredes visten Los despojos de las fieras Que, como a mí, muerte diste.

No porque no gustes dello, Sino porque no te obligue El encontrame en la caza A que siquiera me mires.

Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia
De que tus piés no le pisen,
Por el rastro que dejabas
De rosas y de jazmines,
Tanto, que eran á sus campos

Tus dos plantas dos abriles.

Haz tu gusto; que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.

Conseguiremos con esto Ambos á dos nuestros fines; Tú el de cruel en dejarme, Yo el de leal en morirme.

Tú, rey de los otros rios, Que de las sierras sublime De Segura al Océano El fértil terreno mides, Pues en tu dichoso seno Tantas lágrimas recibes De mis ojos, que en el mar Entran dos Guadalquivires;

Ruégote que su crueldad Y mi firmeza, publiques Por todo el húmido reino De la gran madre de Aquiles,

Por que no solo en las selvas, Más los que en las aguas viven, Conozcan quien es Daliso Y quien es la ingrata Nise.

II.

Aquel rayo de la guerra, Alférez mayor del reino, Tan galan como valiente Y tan noble como fiero; De los mozos envidiado Y admirado de los viejos, Y de los niños y el vulgo Señalado con el dedo;

El querido de las damas Por cortesano y discreto, Hijo hasta allí regalado De la fortuna y el tiempo; El que vistió las mezquitas

De venturosos trofeos, El que pobló las mazmorras De cristianos caballeros;

El que dos veces armado Más de valor que de acero, Á su patria libertó De dos peligrosos cercos;

El gallardo Abenzulema Sale á cumplir el destierro A que le convida el Rey, Ó el amor, que es lo más cierto.

Servia á una mora el moro, Por quien el Rey anda muerto, En todo extremo hermosa, Y discreta en todo extremo.

Dióle unas flores la dama, Que para él flores fueron, Y para el celoso Rey Yerbas de mortal veneno.

Pues de la yerba tocado, Lo mandó desterrar luego, Culpando su lealtad Para disculpar sus celos.
Sale, pues, el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió y le pació el heno,
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.

Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airoso huello,
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo
Sobre una marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.

Bordó mil hierros de lanzas Por el capellar, y en medio En arábigo una letra, Que dice: «Estos son mis yerros.»

Bonete lleva turquí Derribado al lado izquierdo, Y sobre él tres plumas presas De un precioso camafeo.

No quiso salir sin plumas Porque vuelen sus deseos, Si quien le quita la tierra Tambien no le quita el viento.

No lieva más de un alfange, Que le dió el Rey de Toledo,

Porque para un enemigo Él le basta y su derecho. Desta suerte sale el moro Con animoso denuedo En medio de los alcaides De Arjona y de Marmolejo. Caballeros le acompañan, Y le sigue todo el pueblo, Y las damas, por do pasa Se asoman llorando á verlo. Lágrimas vierten agora De sus tristes ojos bellos Las que desde sus balcones Aguas de olor le vertieron. La bellisima Balaja, Que llorosa en su aposento, Las sinrazones del Rey Le pagaban sus cabellos, Como tanto estruendo oyó, Á un balcon salió corriendo, Y enmudecida le dijo, Dando veces con silencio: «Véte en paz, que no vas solo, Y en tu ausencia tén consuelo; Que quien te echa de Jaen No te echará de mi pecho.» Él con el mirar responde: «Yo me voy y no te dejo; De los agravios del Rey Para tu firmeza apelo.. En esto pasó la calle,

Los ojos atrás volviendo Cien mil veces, y de Andújar Tomó el camino derecho.

III.

Famosos son en las armas Los Moros del Canastel. Valentísimos son todos. Y más que todos Hacen, El Roldan de Berbería, El que se ha hecho temer En Orán del castellano, En Ceuta del portugués. Tan dichoso fuera el moro. Cuán dichoso podrá ser, Si le bastára el adarga Contra una flecha cruel. Que de un arco de rigor Con un arpon de desdén Le despidió Belerifa La hija de Ali Muley. Atento á sus demasías En amar y aborrecer,

Ser testigo y ser juez.

Miraba el fiero Africano
Rendido más de una vez,

Á una esperanza traidora,

Y á un desengaño fiel,

Ya rindiendo á su enemiga

Y entregándole á merced

Quiso el niño dios vendado

Las llaves del alvedrío Los pendones de la fé: Mirábalo en los ramblares. Ora á caballo ora á pié, Rendir el fiero animal De las otras fieras rev. Y de la real cabeza Y de la espantosa piel Ornar de su ingrata mora La respetada pared. Mirábalo el más galan De cuantos África vé En servicio de las damas Vestir morisco alquicel, Sobre una yegua morcilla, Tan estrema en el correr. Que no logran las arenas Las estampas de sus piés; Admirablemente ornada De un bravo y rico jaez, (Obra al fin en todo digna De artifice Cordobés) Solicitar los balcones Donde se anida su bien, Comenzando en armonía Y feneciendo en tropel. No le dió al hijo de Vénus El moro poco placer, Y detestando el rigor Que se usaba contra él: Miraba á la bella mora

Salteada en su vergel,
De un cuidado, que es amor,
Aunque no sabe quién es.
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Y á las lisonjas del agua

Corriendo con vana sed.

De pechos sobre un estanque Hace que á ratos estén Bebiendo sus dulces ojos Su hermoso parecer.

Admiradas sus cautivas Del cuidado en que la ven, Risueña le dijo una, Y aun maliciosa tambien: «Así quiera Dios, Señora, Que alegre yo vuelva á ver Las generosas almenas De los muros de Jerez; »Como esa curiosidad Es cuna (á mi parecer) De un amor recien nacido, Que volará antes de un mes.» Sembró de purpureas rosas La vergüenza aquella tez, Que ya fué de blancos lilios, Sin sabella responder. Comenzó en esto Cupido A disparar y atender

La más que mortal saeta, La más que nudosa red; Y comenzó Belerifa A hacer contra amor despues, Lo que contra el rubio sol La nieve suele hacer.

IV.

Las flores del romero, Niña Isabel, Hoy son flores azules, Mañana serán miel. Celosa estás, la niña, Celosa estás de aquel Dichoso, pues lo buscas, Ciego, pues no te vé. Ingrato pues te enoja, Y confiado, pues No se disculpa hoy De lo que hizo ayer. Enjuguen esperanzas Lo que lloras por él, Que celos entre aquellos Que se han querido bien, Hoy son flores azules, etc. Aurora de tí misma, Qué cuando á amanecer Á tu placer empiezas, Te eclipsa tu placer.

Serénense tus ojos, Y mas perlas no des, Porque al sol le está mal Lo que á la aurora bien. Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes
Y querellas despues
Hoy son flores azules
Mañana serán miel.

\mathbf{v} .

Servia en Orán al Rey
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
Á una gallarda Africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trascientos genetes eran

Trescientos zenetes eran De este rebato la causa, Que los rayos de la luna Descubrieron las adargas;

Las adargas avisaron À las mudas atalayas, Las atalayas los fuegos, Los fuegos á las campanas;

Y ellas al cnamorado, Que en los brazos de su dama Oyó el militar estruendo De las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican Y freno de amor le pára; No salir es cobardía,

Ingratitud es dejalla. Del cuello pendiente ella, Viéndole tomar la espada. Con lágrimas y suspiros Le dice aquestas palabras: «Salid al campo, Señor, Bañen mis ojos la cama; Que ella me scrá tambien Sin vos, campo de batalla. >Vestios y salid apriesa, Que cl general os aguarda. Yo os hago á vos mucha sobra, Y vos a él mucha falta. »Bien podeis salir desnudo. Pues mi llanto no os ablanda; Que teneis de acero el pecho, Y no habeis menester armas.» Viendo el Español brioso Cuanto le detiene y habla, Le dice así: «Mi Señora. Tan dulce como enojada, >Porque con honra y amor Yo me quede, cumpla y vaya: Vaya á los moros el cuerpo, Y quede con vos cl alma. Concededme, dueño mio. Licencia para que salga Al rebato en vuestro nombre,

Y en vuestro nombre combata.»

VI.

Entre los sucitos caballos De los vencidos cenetes, Que por el campo buscaban Entre lo rojo lo verde (1), Aquel español de Orán Un suelto caballo prende. Por sus relinchos lozano Y por sus cornejas fuerte, Para que lo lleve á él, Y á un moro cautivo lleve. Que es uno que ha cautivado, Capitan de cien cenetes, En el ligero caballo Suben ambos, y él parece, De cuatro espuelas herido. Que cuatro vientos lo mueven. Triste camina el alarbe. Y lo más bajo que puede Ardientes suspiros lanza Y tiernas lágrimas vierte. Admirado el español De ver cada vez que vuelve Que tan tiernamente llore Quien tan duramente hiere, Con razones le pregunta Comedidas y corteses

⁽¹⁾ Otros leen:

Entre la sangre lo verde.

De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin escusarlo, obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:

"Valiente eres, capitan.

» Valiente eres, capitan, Y cortés como valiente; Por tu espada y por tu trato Me has cautivado dos veces.

Preguntado me hás la causa
 De mis suspiros ardientes,
 Y débote la respuesta
 Por quien soy, y por quien eres.

»Yo nací en Gélves el año Que os perdísteis en los Gélves, De una berberisca noble Y de un turco mata-siete. »En Tremecen me crié

»En Tremecen me crié Con mi madre y mis parientes Despues que murió mi padre Corsario de tres bajeles.

»Junto á mi casa vivia,
Porque más cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Melioneses,
»Estremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles,
Hija al fin de estas arenas,
Engendradoras de sierpes.

>Era tal su hermosura,

Que se hallarian claveles Mas ciertos en sus dos labios Que en los dos floridos meses.

»Cada vez que la miraba Salia el sol por su frente (1), De tantos rayos vertido Cuantos cabellos contiene.

"Juntos asi nos criamos, Y Amor en nuestras niñeces Hirió nuestros corazones Con arpones diferentes.

» Labró el oro en mis entrañas Dulces lazos, tiernas redes, Mientras el plomo en las suyas Libertades y desdenes.

»Mas, ya la razon sujeta, Con palabras me requiere Que su crueldad le perdone Y de su beldad me acuerde;

»Y apenas vide trocada La dureza desta sierpe, Cuando tú me cautivaste; Mira si es bien que lamente.

»Esta, español, es la causa Que á llanto pudo moverme; Mira si es razon que llore Tantos males juntamente.» Conmovido el capitan De las lágrimas que vierte,

⁽¹⁾ Otras ediciones dicen:
Salia un sol por su frente.

Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
«Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces.

»¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes cruelcs
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
»Si eres del Amor cautivo
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por hurto (1)
Lo que entendí que era suerte.

» Y no quiero por rescate Que tu dama me presente Ni las alfombras mas finas Ni las granas más alegres.

Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicicres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes.

Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,

Y por el suelo postrado, La boca á sus piés ofrece. «Vivas mil años, le dice, Noble capitan valiente, Que ganas más con librarme

⁽¹⁾ Otros leen : robo.

Que ganaste con prenderme.

»Alá se quede contigo

Y te dé victoria siempre,

Para que estiendas tu fama

Con hechos tan escelentes.»

VII.

Ciego que apuntas y atinas, Caduco dios y rapaz Vendado, que me has vendido, Y niño mayor de edad.

Por el alma de tu madre, Que murió siendo inmortal, De envidia de mi señora, Que no me persigas más. Déjame en paz, Amor tirano Dejame en paz,

Baste el tiempo mal gastado Que he seguido á mi pesar Tus inquietas banderas Foragido capitan.

Perdóname, Amor, aquí, Pues yo te perdono allá, Cuatro escudos de paciencia, Diez de ventaja en amar.

Amadores desdichados Que seguís milicia tal, Decidme, ¿qué buena guía Podeis de un ciego sacar?

De un pájaro ¿qué firmeza? ¿Qué esperanza de un rapaz? ¿Qué galardon de un desnudo? De un tirano ¿qué piedad? Déjame en paz, etc.

Diez años desperdicié, Los mejores de mi edad, En ser labrador de amor, Á costa de mi caudal.

Como aré y sembré cogí,
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déjame en paz, etc.
Una torre fabriqué

Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.

Gloria llamaba á la pena, Á la cárcel libertad, Miel dulce al amargo acíbar, Principio al fin, bien al mal. Déjame en paz, Amor tirano, Déjame en paz.

VIII.

En el caudaloso rio

Donde el muro de mi pátria

Se mira la gran corona (1),

Y el antiguo pié se baña,

Desde su barca Alcion

⁽¹⁾ En la edicion de Verges se dice: Se ciñe la gran corona.

Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo
Y las redes por el agua,
Y sin tener mancilla
Mirábalo su amor desde la orilla.

En un mismo tiempo salen De las manos y del alma Los suspiros y las redes Hácia el fuego y hácia el agua.

Ambos se van á su centro, Do su natural los llama, Desde el corazon los unos, Las otras desde la barca, Y sin tener mancilla, ètc.

Y el pescador entre tanto, Viendo tan cerca la causa, Y que tan lejos está De su libertad pasada, Hácia la orilla se llega, Adonde con igual causa Hieren el agua los remos Y los ojos della el alma, Y sin tener mancilla, etc.

Y aunque el deseo de verla
Para apresurar le arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazon de otras alas;
Porque la ninfa no huya,
No llega más que á distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta:

Dejadme triste à solas

Dar viento al viento y olas à las olas.

Volad al cielo, suspiros,

Y mirad quién os levanta

De un pecho que es tan humilde

À partes que son tan altas.

Y vosotras, redes mias,

Calaos en las ondas claras,

Adonde os visitaré

Con mis lágrimas cansadas (1).

Dejadme triste à solas, etc.

Dejadme vengar de aquella

Dejadme vengar de aquella Que tomó de mí venganza De más leales servicios Que arenas tiene esta playa;

Dejadme, nudosas redes, Pues quereis, y es cosa clara Que más que vosotras nudos Tengo para llorar causas. Dejadme triste á solas, etc.

IX.

Segun vuelan por el agua Tres galeotas de Argel, Un aquilon africano Las engendró á todas tres. Y segun los vientos pisa Un bergantin ginovés,

Si no viste el temor alas,

⁽¹⁾ Verges lee : Con mil lágrimas.

De plumas tiene los piés.

Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba
En conserva del vircy,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por Oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al través,
A vista dió de Morato
Renegado calabrés.
El Tagarote africano.

El Tagarote africano, Que la español garza vé, En su noble sangre piensa Esmaltar el cascabel.

Peinándole va las plumas; Mas el viento burla dél, Interpuesto entre las alas Y entre la guerra cruel.

Ya surcan el mar de Dénia, Ya sus altas torres ven, Grandeza de un Duque agora, Título ya del Marqués.

De sus torres lo descubren, Y en distinguiendo despues La cruz en el tafetan, La luna en el alquicel, Oc ho ó diez piezas disparan, Que en ocho globos ó diez Envuelven de negro humo Al corsario su interés.

Los brazos del cuerpo ocupa Con fatiga y con placer El bergantin destrozado Desde la quilla al garcés.

El leonés, agradecido Al cielo de tanto bien, De libertad coronado, Dice, si no de laurel:

«¡Oh puerto, templo del mar, Cuya húmida pared Antes faltará que tablas. Señas de naufragios dén.

»Fortaleza imperiosa. Terror de África y desdén, Yugo fuerte y real espada. Que reprime y que da ley,

»Defensa os debo y abrigo; Mi libertad vuestra es, Y mi lengua desatada En alabanzas tambien.

>Con tus altos muros viva Tu inclito dueño, á quien, Como á tí el Mediterráneo, La envidia le bese el pié.

»Inmortal sea su memoria En la gracia de su Rey, Por galardon proseguida, Si comenzó por merced:

»Que servicios tan honrados.

Y de Acates tan fiel, Inmortalidad merecen, Si no de vida, de fé!»

X.

La más bella niña

De nuestro lugar,

Hoy viuda y sola,

Y ayer por casar,

Viendo que sus ojos,

A la guerra van,

Á su madre dice

Que escucha su mal:

Dejadme llorar

Orillas del mar.

Pues me distes, madre, En tan tierna edad Tan corto el placer, Tan largo el pesar. Y me cautivastes

Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dejadme llorar, etc.

En llorar conviertan Mis ojos de hoy más El sabroso oficio Del dulce mirar,

Pues que no se pueden Mejor ocupar, Yéndose á la guerra DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Quien era mi paz. Dejadme llorar, etc. No me pongais freno Ni querais culpar; Que lo uno esjusto, Lo otro por demás. Si me quereis bien No me hagais mal; Harto peor fuera Morir y callar. · Dejadme llorar, etc. Dulce madre mia. ¿Quién no llorará, Aunque tenga el pecho Como un pedernal, Y no dará voces Viendo marchitar Los más verdes años De mi mocedad? Dejadme llorar, etc. Vayanse las noches, Pues ido se hán Los ojos que hacian Los mios velar; Váyanse y no vean

Tanta soledad
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dejadme llorar
Orillas del mar.

XI.

Frescos airecillos, Que á la primavera Destcieis guirnaldas, Y esparceis violetas; Ya que os han tenido Del Tajo en la vega Amorosos hurtos Y agradables penas; Cuando del Estío En la ardiente fuerza Alamos os daban Frondosas defensas: Alamos crecidos De hojas inciertas, Medias de esmeralda, Y de plata medias; De donde á las ninfas Y á las zagalejas Del sagrado Tajo Y de sus riberas Mil veces llamastes, Y vinieron ellas A ocupar del rio Las verdes cenefas; Y vosotros luego Calándoos á priesa Con lascivos soplos, Y alas lisongeras, Sueño las trujistes

Y descuido a vueltas. Que en pago os valieron Mil vistas secretas, Sin tener desvelo. . Envidia ni queia. Ni andar con la falda Luchando por fuerza: Ahora pues, aires, Antes que las sierras Coronen sus cumbres De confusas nieblas. Y que el aquilon Con dura inclemencia Desnude las plantas Y vista la tierra De las secas hojas. Que ya fueron tregua Entre el sol ardiente Y la verde yerba, Y antes que las nieves. Y el hielo conviertan En cristal las rocas. Y en vidrio las selvas; Batid vuestras alas, Y dad ya la vuelta Al templado seno Que alegre os espera. Vereis de camino Una ninfa bella. Que pisa orgullosa Del Bétis la arena;

1

Montaráz, gallarda Temida en la sierra Más por su mirar, Que por sus saetas. Agora la halleis

Entre la maleza Del fragoso monte Siguiendo las fieras,

Agora en el llano Con planta ligera Fatigando el corzo, Que herido vuela, Agora elavando

La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la ancina visia:

En la encina vieja; Cuando ya cansada

De la caza vuelva

A dejar al rio

El sudor en perlas;

Y al pié se requeste De la dura peña

De quien ella toma

Leccion de dureza; Llegaos á orealla,

Pero no tan cerca,

Que lleveis suspiros

Que han corrido á ella; Si está calurosa,

Soplad desde afuera,

Y enando la ingrata

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Mejor os entienda, Decidle, airecillos: «Bellisima Leda, Gloria de los bosques, Honor de la aldea, «Enfermo Daliso Junto al Tajo queda Con la muerte al lado, Y en manos de ausencia: »Suplicate humilde; Antes que le vuelvan Su fuego en ceniza, Su destierro en tierra. >En premio glorioso De su amor merezca, Ya que no suspiros, Á lo menos letra >Con la punta escrita De tu aguda flecha, En el campo duro De una dura peña; »Porque no es razon Que razon se lea De mano tan dura En cosa más tierna. *A donde le digas: Muere allá, y no vuelvas A adorar mi sombra, Y arrastrar cadenas.»

XII.

Á Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre los robles
Lo dejó por escondido
Y lo perdonó por pobre,
Dó la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado,
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flecha,
Le coronó de favores.

Las venas con poca sangre, Los ojos con mucha noche Lo halló en el campo aquella Vida y muerte de los hombres.

Del palafren se derriba, No porque al moro conoce, Sino por ver que la yerba Tanta sangre paguen flores.

Límpiale el rostro, y la mano Siente al Amor que se esconde Tras las rosas, que la muerte Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas Porque labren sus arpones El diamante del Catay DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,

Ya le entra, sin ver donde,

Una piedad mal nacida

Entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal, Ya despide el primer golpe Centellas de agua, joh piedad, Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica á sus llagas, Que si no sanan entonces, En virtud de tales manos Lisonican los dolores.

Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.

Enfrénanle de la bella Las tristes piadosas voces, Que los firmes troncos mueven Y las sordas piedras oyen;

Y la que mejor se halla En las selvas que en la corte Simple bondad al pio ruego Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano, Y sobre la yegua pone Un cuerpo con poca sangre, Pero con dos corazones.

À su cabaña los guia, Que el sol deja su horizonte Y el humo de su cabaña Les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano à ella, Do una labradora acoge Un mal vivo con dos almas, Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma Para lecho les compone, Que será tálamo luego Do el garzon sus dichas logre.

Las manos pues, cuyos dedos Desta vida fueron dioses, Restituyen á Medoro Salud nueva, fuerzas dobles,

Y le entregan, cuando menos, Su beldad y un reino en dote, Segunda envidia de Marte, Primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre De cupidillos menores La choza, bien como abejas, Hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando A un aspid la envidia torpe, Contando de las palomas Los arrullos gemidores! ¡Qué bien la destierra Amor, Haciendo la cuerda azote,
Porque caso no se infame
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas

Son sus roncos atambores, Y los volantes de Vénus Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella, Vuela el cabello sin órden; Si lo abrocha, es con claveles, Con jazmines si lo coge.

El pié calza en lazos de oro, Porque la nieve se goce, Y no se vaya por piés La hermosura del orbe.

Todo sirve á los amantes, Plumas les baten veloces, Airecillos lisongeros, Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras, Los árboles pabellones, La apacible fuente sueño, Música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas, En que se guarden sus nombres, Mejor que en tablas de mármol Ó que en láminas de bronce. Ne hay verde fresno sin letra Ni blanco chopo sin mote; Si un valle Angélica suena, Otro Angélica responde.

Cuevas do el silencio apenas Deja que sombras las moren, Profanan con sus abrazos Apesar de sus errores.

Choza pues, tálamo y lecho Contestes destos amores, El cielo os guarde, si puede, De las locuras del Conde.

XIII.

Esperando están la rosa Cuantas contiene un vergel Flores hijas del aurora, Bellas cuanto puede ser.

Ella, aunque con magestad, No debajo de dosél, Sino entre alfombras verdes, Purpúrea se dejó ver.

Como reina de las flores Guarda la ciñe fiel, Si son anchas las espigas Que en torno della se vén.

Al parecer la hicieron
Una inclinacion cortés,
Y con muy buen aire todas,
Que mal pudieran sin él.
No la hicieron reverencia,

Aunque todas tienen piés, Porque su inmovilidad Su mayor disculpa fué.

El vulgo de esotras yerbas, Sirviéndoles esta vez De verdes lenguas sus hojas (1) La saludaron tambien.

Quien pretende la privanza
De tan gran señora, y quien
Admirando su beldad,
No osa descubrir su fé;
Que el Cupido de las flores
Es la abeja, y si lo es,
Sus flechas abrevia á todas
En el aguijon cruel.

Ella pues las solicita, Y las despoja despues; Por señas, que sus despojos Son dulces como la miel.

Los colores de la reina
Vistió galan el clavel,
Príncipe que es de la sangre,
Y aun aspirante á ser rey.
En viéndola dijo: ¡Ay,
Un jacinto! y al papel
Lo encomendó de sus hojas,
Porque se puede leer.
Ámbar espira el vestido
Del blanco jazmin aquel

i. En otras ediciones en vez de hojas se dice ojos.

Cuya castidad lasciva Vénus hipócrita es. La fuente deja el Narciso Que no es poco para él, Y va no se mira á sí, Admirando lo que vé. ¡Oh que celoso está el lilio! Un mal cortesano que Calza siempre borcegui, Debe de ser portugués. Mosquetas y clavellinas Sus damas son; ¿que más quies, Oh tú, que pides lugar, Que bel, mirar, y oler bien? (1) Las azucenas la sirven De dueñas de honor, v á fé Que sus diez varas de holanda Las envidian más de diez. Meninas son las violetas. Y muy bien lo pueden ser Las primicias de las flores, Que antes huelen que se ven. Deste real paraiso Verde jáula es un laurel De tres dulces ruiseñores Que cantan á dos y á tres. Guarda-damas, es un triste Fruncidísimo ciprés. Efecto al fin de su fruta

⁽¹⁾ Otros en vez de este verso leen:
Que ver, mirar y oler bien.

Para lo que yo me sé. Bufones son los estanques, Y en que lo son lo diré: En lo frio lo primero, Que se me ha de conceder; En el murmurar contino. Y en el reirse tambien Aunque hacen poco ruido, Con ser hombres de placer. En el pedir, y no agua Que no es agua su interés Ni piden lo que no beben, Por siempre jamás, amen. Este de la primavera El verde palacio es, Que cada año se erige Para poco más de un mes. Las flores á las personas Ciertos ejemplos les dén; Que puede ser yermo hoy El que fué jardin ayer.

XIV.

Á la ciudad de Granada.

Ilustre ciudad famosa, Infiel un tiempo, madre De Cegries y Gomeles, De Muzas y Reduanes,

A quien dos famosos rios Con sus húmedos caudales, El uno baña los muros
Y el otro purga las calles;
Ciudad, apcsar del tiempo,
Tan populosa y tan grande,
Que de tus ruinas solas
Se honráran otras ciudades;
De mi pátria me trujiste,
Y no á darme memoriales
De mi pleito á tus oidores

De mi culpa á tus alcaldes, Sino á ver de tus murallas Los soberbios homenajes, Tan altos, que casi quieren Hurtalle el oficio á Atlante;

Y a ver de tu fuerte Alhambra. Los edificios reales, En dos cuartos divididos De leones y comares;

Do están las salas manchadas De la mal vertida sangre De los no menos valientes Que gallardos Bencerrages;

Y las cuadras espaciosas Do las damas y galanes Ocupaban á sus Reyes Con sus zambras y sus bailes;

Y & ver sus hermosas fuentes.
Y sus profundos estanques,
Que los veranos son leche
Y los inviernos cristales;
Y su cuarto de las frutas.

Fresco, vistoso y notable,
Injuria de los pinceles
De Apéles y de Timántes
Donde tambien las fingidas
Imitan las naturales,
Que no hay hombre á quien no burlen
Ni pájaro á quien no engañen;

Y á ver sus secretos baños, Do las aguas se reparten Á las sostenidas pilas De alabastro en pedestales;

Do con sus damas la Reina Lavándose algunas tardes, Competian en blancura Las espumas con sus carnes;

Y de su chancillería Á ver los seis tribunales, Donde cada dosél cubre Tres ó cuatro majestades,

Y á ver su real portada,
Labrada de piedras tales,
Que fuera menos costosa
De rubíes y diamantes,
Para cuyo noble intento,
Porque más presto se acabe,
Echan á culpas de cera
Condenaciones de jaspe;

Y á ver su sagrado templo, Donde es vencida en mil partes De la labor la materia, Y la natura del arte, De cuya fábrica ilustre
Lo que es piedra injuria hace
Al fino oro que perfila
Sus molduras y follajes,

De claraboyas ceñido Por do los rayos solares Entran á dorar á quien Les dá la lumbre que valen,

Cuyo cuerpo aun no formado Nos promete en sus señales Más fama que los que Roma Edificó á sus deidades.

Y que aquel cuyas cenizas En nuestras memorias arden De aquella á quien por su mal Vió el que mataron sus canes,

Y al de Salomon, aunque eran Sus piedras rubios metales, Marfil y cedro sus puertas, Plata fina sus umbrales:

Y á ver su hermosa torre, Cuyas campanas suaves Del aire con su armonía Ocupan las cavidades;

Tan perfeta, aun no acabada,
Que no solo los que saben
Mas del arte dicen que es
Obra de arquitecto grande,
Mas del pórfido lo bello,
Lo hermoso del filabre,
Aunque con lenguas de fuego,

Lóan al maestro sage;
Y á ver su real capilla,
En cuyo túmulo yace
Con su cristiana Belona
Aquel católico Marte,
Á cuyos gloriosos cuerpos

Á cuyos gloriosos cuerpos, Aunque muertos, inmortales, Por reliquias de valor España les debe altares;

Y á ver su fértil escuela De Bártulos y de Abades, De Galenos y Avicenas, De Escotos y de Tomases;

Y à ver su colegio insigne, Tanto, que puede igualarse À los que el agua del Tormes Beben y las del Henares;

Cuyas becas rojas vemos Poblar Universidades, Plazas, Audiencias y Sillas, De iglesias mil catedrales;

Y á ver el templo y la casa De los Jerónimos frailes, Donde está el mármol que sella El gran Gonzalo Fernandez.

Digo los heróicos huesos
De aquel sol de capitanes,
Á quien mi pátria le dió
El apellido y los padres;

Cuyas armas siempre faeron, Aunque abolladas, triunfantes De los franceses estoques
Y de los turcos alfanges;
De que dan gloriosas señas
Las banderas y estandartes,
Los yelmos y los escudos,

Tablachines y turbantes
De los genízaros fieros
Y de los bárbaros Traches,
De los segundos Reinaldos
Y de los nuevos Roldanes:

Que á solo honrar su sepulcro
De trofeos militares,
Unos rompieron el mar
Y otros bajaron los Alpes;
Y á ver tu Albaicin, castillo
De rebeldes voluntades,
Cuerpo vivo en otro tiempo,

Yá ver tu apacible vega, Donde combatieron antes Nuestros cristianos maestres Con sus paganos alcaides;

Ya lastimoso cadáver;

Y a ver tu Generalife
Y aquel retrato admirable
Del terreno deleitoso
De nuestros primeros padres,

Do el ingenio de los hombres De murtas y de arrayanes Ha hecho á naturaleza Dos mil vistosos ultrajes, Donde se ven tan al vivo De brótano tantas naves, Que dirán, si no se mueven, Que es faltarles el aire;

Y á ver los cármenes frescos Que al Darro cenefa hacen De aguas, plantas y edificios, Formando un lienzo de Flándes,

Do el céfiro al blando chopo Mueve con soplo agradable Las hojas de argentería Y las de esmeralda al sáuce, Donde hay de árboles tal grena

Que parecen los frutales, Ó que se prestan las frutas, Ó que se dan dulces paces;

Y del verdo Dinadámar Á ver los manantiales, Á quien las plantas cobijan Porque los troncos se bañen,

Entre cuyas verdes ramas Juntas las diversas aves, Á cuatro y á cinco voces Cantan motetes suaves;

Y á Jaragni, donde espiran Dulce olor los frescos valles, Las primaveras de gloria, Los otoños de azahares;

Cuyo suelo viste Flora De tapetes de Levante, Sobre quien vierte el Abril Esmeraldas y balages;

V á ver de tus bellas damas Los bellos rostros, iguales À los que en sus jerarquías Las doradas plumas baten, Por quien nevado Genil, Es muy justo que te alabes Que escedes al sacro Ibero, Y al rubio Tajo deshaces, Pues en tus nobles orillas Milagros de beldad nacen, Envidia de otras riberas. Eclipse de otras beldades, Tan gallardas sobre bellas, Que no han visto las edades Ni mantos de mayor brío Ni mirar de más donaire, Tan discretas de razones Y tan dulces de lenguaje, Que dirán que entre sus perlas Destila Amor sus panales; Estas son, ciudad famosa, Las que del Duero al Hidaspe Te dan el honor y el lustre Que al oro dan los esmaltes. En tu seno ya me tienes Con un deseo notable De que alimenten mis ojos Tus muchas curiosidades, Dignas de que por gozarlas,

No solo se desamparen Las comarcanas del Bétis, DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Mas las riberas del Ganges,

Y que se pasen por verlas, No solo dudosos mares, Mas las nieves de la Scitia, De Libia los arenales,

Pues eres, Granada ilustre, Granada de personajes, Granada de Serafines, Granada de antigüedades,

Y al fin la mayor de cuantas Hoy con el tiempo combaten, Y que mira en cuanto alumbra El rubio amador de Dafne.

XV.

Levantando blanca espuma Galeras de Barbarroja, Ligeras le daban caza Á una pobre galeota

En que alegre el mar surcaba Un mallorquin con su esposa, Dulcísima valenciana, Bien nacida cuanto hermosa.

Del Amor agradecido, Se la llevaba á Mallorca, Tanto á celebrar las pascuas Cuanto á festejar las bodas;

Y cuando á los sordos remos Más se humillaban las olas, Más se ajustaba á la vela El blando viento que sopla,

Espiándola detrás De una cala insidiosa Estaba el fiero terror De las playas españolas. Sobresaltóla en un punto; Que por una parte y otra Sus cuatro enemigos leños Tristemente la coronan. Crece en ellos la codicia Y en estotros la congoja, Mientras se queja la dama, Derramando tierno aljófar: «Favorable y fresco viento. Si eres el galan de Flora, Válgame en este peligro Por el regalo que gozas. »Tú, que embrabecido puedes Los bajeles que te enojan Embestillos en la arena Con mas daño que en las rocas; »Tú, que con la misma fuerza, Cuando al humilde perdonas, Sueles de armadas reales Escapar barquillas rotas, »Salga esta vela á lo menos Destas manos rigorosas! Cual de garras de alcon Blancas alas de paloma.»

XVI.

Amarrado á un duro banco

De una galera turquesa. Ambas manos en el remo Y ambos ojos en la tierra, Un forzado de Dragut En la playa de Marbella Se quejaba al ronco son Del remo y de la cadena. «¡Oh sagrado mar de España, Famosa playa serena. Teatro donde se han hecho Cien mil navales tragedias! »Pues eres tu el mismo mar Que con sus crecientes besas, Las murallas de mi pátria, Coronadas y soberbias. »Tráeme nuevas de mi esposa, Y dime si han sido ciertas Las lágrimas y suspiros Que me dice por sus letras; »Por que si es verdad que llora Mi cautiverio en su arena. Bien puedes al mar del Sur Vencer en lucientes perlas. »Dame ya, sagrado mar.

Á mis demandas respuesta;

Que bien puedes si es verdad,

Que las aguas tienen lenguas;

»Pero, pues no me respondes,

Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia;
»Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella
Siempre al remo condenado
Á nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
De la religion seis velas
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XVII.

Continuacion del anterior.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado, á un tiempo huyan
Dulce pátria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.

Vuelve, pues, los ojos tristes Á ver como el mar le hurta Las torres y de las naves Las velas y le da espumas. Y viendo más aplacada
En el cómitre la furia
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan gran estremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
«Ya no esperen más mis ojos,
Pues agora no lo vieron
Sin este remo las manos,

Y los piés sin estos hierros; "Que en esta desgracia mia Fortuna me ha descubierto Que cuantos fueren mis años Tantos serán mis tormentos. ¿De quién me quejo, etc.

Velas de la religion Enfrenad vuestro denuedo, Que mal podreis alcanzarnos, Pues tratais de mi remedio.

«El enemigo se os va Y favorécelo el tiempo, Por su libertad no tanto, Cuanto por mi cautiverio. ¿De quién me quejo, etc.

Quedáos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejáos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.

Y tu, mi dulce suspiro, Rompe los aires ardiendo, Visita á mi esposa bella Y en el mar de Argel te espero. ¿De quién me quejo con tan grande estremo, Si ayudo yo á mi daño con mi remo?

XVIII.

Tú, noche, que alivias Los cansados miembros, Cuyas negras horas Convidan á sueño: Dulce encubridora De los que despiertos, De amorosas luces Sacan lances bellos; Tú, en cuyo regazo El grande y pequeño Suspende la vida Y afloja el deseo; Aplica á mis quejas El oido atento, Pues dellas el dia Y de mi vá huyendo, Mientras mi enemiga En el casto lecho Duerme sin cuidado De mis pensamientos. En pasados siglos, Noche, si me acuerdo, Sus trompetas roncas Mis ojos rindieron, Á mi lengua muda Y á tus ojos ciego,

Sin darme, cuitado, Presentes tormentos.

Aquel tiempo fuese, Que en fin era bueno, Y ojalá el presente Hiciera lo mesmo.

Agora cuidado Usurpó los fueros, Y entre las tinieblas Oigo, miro y peno. Hecho centinela De mis devaneos, A mi bien dormido Y a mi mal despierto, Canto con los gallos Cantares funestos, Responso á mi alma, Láudes á mi cielo, Quejas al amor, Honras á mi cuerpo, Endechas al daño, Plegarias al tiempo. Canto al cabo de año Con nocturno entero De mis esperanzas, Que ya se murieron. Contemplo los cursos, Pensando conceptos

Para engrandecer

Á quien me ha desecho.

Consumo las horas

Haciendo sonetos. Y en ellos alarde De mis daños ciertos. Pero ¿qué me importa Cantar mil sucesos Á quien no es posible Que les dé remedio? Ora estés velando, Ora estés durmiendo, Ingrata señora, Escucha mis versos. Podráslos cantar Las noches de invierno, Los martes aciagos, Que son propios dellos. Cuando yo vivia Más libre y exento, De mi gusto esclavo, Solo á mí sujeto. Burlaba de Amor Y de sus pecheros, Porque en mi opinion Todos eran necios: Y no andaba errado; Que quien sirve á un ciego, Ó no tiene vista O es poco discreto. No cuidaba de ojos Garzos ni risueños, De tiernas palabras Ni blandos rodeos;

No me suspendian Cejas ni cabellos. Nariz afilada Ni nevado pecho; No en fuego me helaba, Ni quemaba el hielo Ni me alborotaban Temerarios celos; No me despertaban Amorosos miedos. Ni dueñas ni doñas Me traian suspenso; No gastaba arengas En dulces requiebros, Ni lágrimas vivas Ni suspiros recios; Nunca con mujeres Hablaba con seso. Porque me preciaba De ser lisongero; Nunca me vió nadie En anocheciendo Andar hecho trasgo, Cargado de hierro. Estas prevenciones Poco me valieron; Que al fin vine á dar Al despeñadero. Vite una mañana,

> Y quedé suspenso De unas cejas negras

Y unos ojos negros. Perdime de vista, Y dejando el puerto, En el mar de Amor Me entré à vela v remo. Comencé à ser otro: Descubrite el pecho, Más tú le cubriste De amoroso fuego. Hallôte mi amor Falsa por estremo. Las palabras cera, Las obras acero; Herviente en las causas. Tibia en los afectos; Fácil en promesas. Y mudable en hechos. Blanda en los halagos. Dura en los remedios. Viva en mis tragedias. Muerta en mis trofeos; En presencia gloria, En ausencia infierno, En público oveja, Y tigre en secreto. Pues no eres eterna, Ni cl tiempo es eterno Ni tú serás moza Cuando yo sea viejo. Si pasa tu flor, Quedarte hás en seco,

Rica de desdenes,
Pobre de contento.
Llorarás entonces
Lo que no echas menos,
Y querrás comer,
Y no habrá pan tierno;
Pero ténte, pluma,
Que aunque no me aduermo,
Hablas con un robre,
De asperezas hecho.

XIX.

Jueves era, jueves; Despertôme el alba La inquietud con furia De una triste causa. Como enfermo hice, Nunca tal pensara, Agasajo al dia, Desprecio á la cama; Troquéla en vestido, Y vi lo que llaman Risa de la aurora Por labios de grana, Aunque amanecia La luz embozada, Con hocico el cielo, El sol con lagañas De ámbar, decian Unas voces pardas: «¡ Agua vá, señores!»

Que las nubes vacian; Cuando Anica en corto Por mi calle baia. Huyendo el aviso, Flechando la aljaba, Cubriendo el semblante La linda rapaza, Lo lascivo enseña, Lo divino tapa. Al tiempo que aplica Su embozo á la cara, Por celajes mira, Por tronera mata. Cuando airosa pisa, Parece que calza Chapin de granizo, Que cayendo salta, Picante á menudo. Su paso imitaba Mucho á la pimienta, Algo á la mostaza. Vístese á lo cielo, Tápase á lo falsa; Lo celoso ofrece, Lo amoroso guarda. Con bizarro talle Ostenta gallarda, Alma en sus acciones, Azogue en el alma. Yo la ví, señores, Yo vi que mostraba

Nieve en sus muñecas Y nieve sus llamas.

No pensé que fuera Tan bella y honrada, Tan briosa y noble, Tan hermosa y casta.

Con solo un ceceo Intenté llamarla, Pues vi que mi afecto Bosquejó mis ánsias; Pero sus desdenes Mi engaño declaran,

Y al desdén entregan Tanta confianza.

Llaméla corrido, No por enojarla, Lo que dice el vulgo Nombre de las Páscuas.

De vergüenza dicen
Que vistió la cara,
Aumentó rigores,
Prometió venganzas;
Hallé, aunque jamás
Verlo imaginaba,
Hermoso el enojo,
Discreta la rabia.

XX.

«Junto á una fuente clara Lloraba Galatea De sus divinos ojos Por lágrimas, estrellas. >Cristal y luces llora, Y en el cristal que aumenta Agua y luces agravian Plata y rayos pelean; De ausente pastorcillo, Que ingrato ducño deja Desperdiciar al aire Imperios de oro en trenzas, »El más hermoso agravio Que vió la primavera, Rojo desdén del dia, Del alba blanca afrenta. »Ayer bajó embozada Al baile de su aldea, Avara con los cielos, Y con Abril soberbia; »Que resistir entonces Amor ni el sol pudieran A tanta nieve en rayos, Tanto cristal en flechas. »Ambar cernió su cófia, Su boca llovió perlas, Y vinculó esmeraldas Su breve pié á las yerbas; »Que dulcemente muero, Que vanamente esperan Los pensamientos mios Piedad de tal belleza.» Esto cantaba Lauro Á la beldad más nueva

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Que llenó de suspiros Los ecos y las selvas.

XXI.

¡Oh cuán bien que acusa Alcin o
Orfeo de Guadiana,
Unos bienes sin firmeza,
Unos males sin mudanza!
Pulsa las templadas cuerdas
De la cítara dorada,
Y al son desata los montes
Y al son enfrena las aguas.
¡Oh cuán bien canta su vida,
Cuán bien llora su esperanza,
Y el monte y el agua escuchan
Lo que llora y lo que canta!
La vida es corta y la esperanza larga,
El bien huye de mi, y el mal se alarga.

El bien es aquella flor,
Que la ve nacer cl alba,
Al rayo del sol caduca,
Y á la sombra no la halla.
El mal la robusta encina,
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es ciervo herido,
Que las flechas le dan alas,
La esperanza el animal,

Que en sus piés mueve su casa. La vida es corta, y la esperanza larga, El bien huye de mí, y el mal se alarga.

XXII.

Lloraba la niña Y tenia razon. La prolija ausencia De su ingrato amor. Dejola tan niña. Que apenas crcyó, Que tenia los años Que há que la dejó. Llorando la ausencia Del galan traidor La halla la Luna. Y la deja el Sol, Añadiendo siempre Pasion á pasion, Memoria á memoria, Dolor á dolor. Llorad corazon. Oue teneis razon. Dicele su madre: -- Hija, por mi amor, Que se acabe el llanto Ó me acabe yó.» Ella le responde; -«No podrá ser, no, Las causas son muchas, Los ojos son dos.

«Satisfagan, Madre, Tanta sinrazon, Y lágrimas lloren En esta ocasion; »Tantas como de ellos Un tiempo tiró Flechas amorosas El Arquero Dios. »Ya no canto, Madre, Y si canto yo, Muy tristes endechas Mis canciones son; Porque el que se fué, Con lo que llevó Se dejó el silencio, Se llevó la voz. Llorad corazon, Que teneis razon.

XXIII.

Guarda corderos, zagala;
Zagala, no guardes fé;
Que quien te hizo pastora
No te escusó de mujer.
La purcza del armiño,
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez,
Á pesar de su dureza

Obedecen al cincel,
Resiste al viento la encina,
Más con el villano pié,
Que con las hojas corteses,
Á cualquier céfiro creen.

Aquella hermosa vid, Que abrazada al olmo vés, Parte pámpanos discreta Con el vecino laurel.

Tortolilla gemidora, Depuesto el casto desdén, Tálamo hizo segundo Los ramos de aquel ciprés.

No para una aveja sola, Sus hojas guarda el clavel, Beben otras el aljófar Que guarda su rosicler.

El cristal de aquel arroyo Undosamente fiel, Niega al ausente su imájen Hasta que la vuelve á ver.

La inconstancia al fin dá plumas
Al hijo de Vénus, que
Poblando dellas, sus alas
Viste sus flechas tambien.

No pues tu libre alvedrío Lo tiranice interés, Ni amor que de singular Tiene más que de infiel. Sacude preciosos yugos, Coyundas de oro no dén, Sino cordones de lana Al suelto cabello lev. Mal havas tú, si constante Mirases al sol, y quien Tan águila fuere en esto. Dos veces mal haya y tres. Mal hayas tu, si mirares En lasciva candidez Las aves de la deidad, Que primero espuma fué. Solicitando prolija La ingratitul de un doncel, Ninfa de las selvas ya, Vocal sombra vino á ser. Si quieres pues, zagaleja, De tu hermosura cruel Dar entera voz al valle, Desprecia mi parecer.

XXIV.

Saliéndome estotro dia,
Candidísimo lector,
Á tomar el sol, que ogaño
Se usa tomar hasta el sol,
Reventando el pensamiento,
De moral, alimento,
Como gusano de seda,
Mi necia imaginacion.
Baboseando cuidados,
Y agenos, que es lo peor,
Hiló su cárcel la simple

En dos horas de reloj.
¡Qué impertinente clausura
Y qué propiamente error,
Fabricar de agenos yerros
Las rejss de su prision!
En moneda de piedad
Boberia son de dos,
Que no valen ni aun en plata
Un ceutí, aunque sea limon.
Que el vaso de oro en que os sirve
Vuestro gusto su licor
Sea penado para mí
Si es glorioso para vos,
Caridades escusadas,
Mia fé son.

Que las flechas veniales De vuestro mortal amor. Que á vos no os pasan el sayo, Me pasen á mi el jubon; Que los alcones del otro Poderoso gran señor, Doliéndome de sus gastos, Los cebe en mi corazon, Caridades, etc. Que me duela del tahur Lo que hasta el alba perdió. Riendo cl alba igualmente Su pérdida y mi dolor; Que la viudez me lastime De la moza que quedó, Sï fué el responso del muertoDel vivo amonestacion,

Caridades, etc.

Que sienta la ociosidad

Del vagamundo doctor,

Que herrando nunca su mula

Todas las curas erró.

Que á su mujer le dé un palo Un marido, y sudeis vos, Pagándole ella en madera Lo que él en leña le dió; Caridades escusadas, Mia fé son.

En este capullo estuvo
El juicio de don Yo
Dos horas; lector, adio
Que en Bergamasco es adios.

XXV.

Conocidos mis deseos, Admitidos por constantes, Merezcan por ofendidos Licencia para quejarse,

De escuchar obligaciones Grandes libertades nacen, De conseguir beneficios Estrechas cautividades.

Viva libre el que no admite, Quien no se obliga, no pague; Satisfacciones á deudas, Si no prefieren, igualen.

Es la gratitud nn toque

De buena ó villana sangre, Humildes tocan bajezas, Nobles descubren quilates.

Favores que se limitan
Con acciones desiguales,
Arrepentimiento indician,
Arguyen amor con arte.
Desdeñosa á mis caricias,
Con las agenas afable,
Mas que bonanza aseguran
Gustos de amor inconstantes.

Ejecutar tiranías,
Preciarse de libertades,
Confianza es el dueño,
Menosprecio en el amante.
Corta en las satisfacciones.

Larga siempre en dar pesares, Ó la pérdida no estima Ó es dar alivio al alcance.

Imaginadas ofensas, Que agravian entrambas partes, Ageno valor se ofende, El mismo recibe ultraje.

Guerra de amor y desdén

No sustentan ni combaten

Uniformes elementos

Contrarios en calidades.

Tue beledos Mongibelos

Tus helados Mongibelos À mis ardientes volcanes, Si se oponen, no destruyen, Esferas de amor tan grandes, Sola, ó más tirana Filis,
Dó imprimes de amor señales
Y de sus caminos dejas
Los que en el aire las aves;
Fíngete libre laurel
Á los rayos fulminantes,
Que humildes fuegos te observan
Para desdenes de Dafne.

XXVI.

Cloris divina en todo, A cuya discrecion Tributo dá rendida Del orbe la mayor; En cuyos ojos claros El alígero Dios Puso de luz saetas. Fuertes rayos cifró; Ministrando graciosos Con suave rigor, Tus negras cejas, arcos À su tirano arpon. Ninfa, pues, cuyo agrado, Y decir socarron, Al más triste suspende Su penoso dolor; Escucha del que tiene Opreso el corazon, De las crueles vistas Del ciego traidor. Del rapaz, cuya ley

À nadie perdonó,

Desde el zagal inculto

Al cetro superior.

El que su furia emplea Contra el que se mostró Más exento á su yugo, Más libre á su prision.

Como entre gustos varios, Un tiempo estuve yo Ignorando sus flechas, Despreciando su ardor; Y tanto que el aldea

Mi altivez celebró, Dándome por renombre El más libre garzon.

Porque de mis zagalas Clara afrenta del sol, No escuchaba las penas, Burlaba la aficion.

Mas aqueste tirano
Mi libertad robó,
Mostrándome de Aminta
El humano valor.

Aminta á quien el Tormes
En su cristal veloz
La venera deidad,
Supremo le dá honor:
Idolatra á su efigie
Con sacra admiracion,
Que víctimas humildes
Propicia no admitió.

4...

Y desdeñando afectos
Con ajeno favor,
Aniquiló mi gloria,
Mi esperanza frustró.
Trasunto soy de aquel
Admético pastor,
Que humana siguió ninfa
La que laurel gozó.
Si bien feliz en algo
Sus bienes coronó
El ramo á quien adorna

No extinguido verdor.

Y á mi cipres funesto
Publicando que estoy
Muerto á las manos fieras
Del vengativo amor.

XXVII.

En lágrimas salgan mudos
Afectos, que hasta hoy
Aun en suspiros el alma
Al aire se las fió.
Afectos que el pié en un grillo
Andan en el corazon
Y se fueran por los ojos
Á no revocarlas yo.
Salgan por los ojos, pues,
Estrellas sin esplendor
Entre hondas sin ruido
Desmintiendo lo que son.
Que recato, aun al silencio

Señas teme, sino voz, Tanta á la divina causa Se debe veneracion.

Adoro en perfiles de oro.

Dos bellas copias del sol,

Tan bellas que él pide rayos

Á cualquiera de las dos.

Adorolas, y tan dulce,

Tan mortal culto les doy,

Que no penetra sus aras

Si no es la imaginacion.

Por no profanar grosero Su sagrado templo estoy Entre zelos y temores Que la envidia me causó,

Previniendo diligente El más luciente arpon Que viste plumas de fuego En la aljaba del amor.

Para ejercitarlo el dia Que ausencia haga un garzon, Más que yo si venturoso, Pero más amante no.

Entre tanto la lisonja Me junta á la emulacion, Que á una deidad el silencio Mudo es adulador.

XXVIII.

La citara que pendiente Muchos dias guardó un sáuce Solicitadas sus cuerdas

De los céfiros suaves,

Amarilis restituye,

Que orillas de Manzanares

Viste armiños por trofeo

Pisa espumas por ultraje.

El dulce, pues, instrumento Pisados viendo sus trastes, De los que suavemente Articuló Amor cristales;

Órgano fué de marfil, Bien que le faltaba el aire, Porque enmudeció los soplos Del viento más aspirante.

Á cuyo son la pastora Cantando dejó llamarse Filomena de las gentes, Amarilis de las aves.

El curso enfrenó del rio, Y á su voz la verde márgen, Respondiendo en varias flores Aplausos hizo fragantes.

De golosos cupidillos Mudó la corona enjambre, Libándole en la armonía Cuantos respira azahares.

Asistir quisieran todos Á esta lisonja que hacen El que anudaron esposo Los mesmos lazos que amante.

Al siempre culto Danteo

Envidia de los zagales,
En valor primero á todos,
En dichas segundo á nadie.

Manteniendo, pues, los ojos
En lirios que dulces nacen
En la frente de Amarilis
Á caducar nunca ó tarde;
Néctar bebe numeroso
Entre perlas y corales,
Escuchando á la sirena
Que tremola plumas de ángel.

XXIX.

À la batalla de Lepanto.

Desbaratados los cuernos, Y la batalla rompida Sus escuadras leño á leño, Sus leños astilla á astilla. Luchalí hecho á la mar Con vergonzosa huida, Muerto el Bajá, y coronada De su cabeza una pica. Redimidos los forzados Más por la Merced divina, Que la Trininad humana Tres personas, y una liga. Vitoria el mar, vitoria el cielo diga; Triunfos de la liga Sea á tan gran victoria Trompa la fama, y pluma la memoria.

Glorioso parte Don Juan
Con estruendo y armonía
De tiros y de clarines,
Dejando entre aquellas islas
Un mar de sangre y de fuego,
Y por espumas cenizas
Tiñe, si no son turbantes
Que van buscando la orilla.

Vitoria dicen los fuegos, Vitoria la artillería, Las piedras dicen vitoria, Que los vencedores pisan. Vitoria el mar, etc.

XXX.

Castillo de San Cervantes,
Tú que estás junto á Toledo,
Fundóte el Rey don Alfonso
Sobre las aguas del Tejo.
Robusto, sino galan,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes más parientes
Que un hijo de un racionero.
Lampiño, debes de ser,
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo
Dicen que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy hombre

Con dos morillos honderos.

Tiempo fué, papeles hablen Que te respetaba el reino Por juez de apelaciones De mil católicos miedos.

Ya menos preciado ocupas La esperanza de ese cerro, Mohoso como en Diciembre El lanzon del viñadero.

Las que ya fueron corona Son alcándara de cuervos, Almenas que, como dientes, Dicen la edad de los viejos.

Cuando más mal de tídiga, Dejar de decir no puedo, Si no tienes fortaleza, Que tienes prudencia al menos.

Tu, que á la ciulad, mil veces Viendo los moros de lejos, Sin ser Espíritu Santo Hablaste en lenguas de fuego. En las orillas agora

Del sagrado Tajo viendo
Debajo de los membrillos
Engerirse tantos miembros,
Lo callas á los maridos
Que es mucho á fé, por aquello

Que tienes de San Corvantes, Y que ellos tienen de ciervos. Entre todas las mujeres Serás bendito, pues siendo En el mirar atalaya, Eres piedra en el silencio. Mira, Castillo de bien, Que hagas lo que te ruego, Aunque te hé obligado poco Con dos docenas de versos. Cuando la bella terrible, Hermosa como los cielos, Y por decillo mejor, Áspera como su pueblo, Si alguna tarde saliere A disfrutar los almendros, Verdes primicias del año Y dulcísimo alimento; Si de las aguas del Tajo Hace á su beldad espejo; Ofrécele tus ruinas A su altivez por ejemplo; Háblale mudo mil cosas; Que bien sabrás, pues sabemos Que á palabras de edificios Orejas los ojos fueron. Dirásle que con tus años

Regule sus pensamientos, Que es verdugo de murallas Y de bellezas el tiempo; Que no crean á las aguas, Sus bellos ojos serenos, Pues no la han lisonjeado,

Cuando la murmuran luego. Que no fie de los años Ni aun un mínimo cabello,

Ni le perdone los suyos A la ocasion, que es gran yerro. Que no se duerma entre flores; Que recordará del sueño Mordida del desengaño Y del arrepentimiento: Y abrirá entonces la pobre Los ojos, ya no tan bellos. Para bailar con su sombra. Pues no quiso con su cuerpo. ¡Oh, qué diria de tí. Si tú le digeses esto, Antigualla venerable. Si no quieres ser trofeo! Mi musa te antepondrá Á San Angel y á San Telmo Aunque no quisiere Roma, Y Malta quisiere menos; Que aunque te han desmantelado, Y no con tantos pertrechos, Y tulliduras de grajos Te defenderás más presto.

XXXI.

Los rayos le cuenta al sol
Con un peine de marfil
La bella Jacinta un dia
Que por mi dicha la ví
En la verde orilla
De Guadalquivir.

La mano escurece al peine;

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Mas ¡qué mucho, si el Abril Le vió escurecer los lilios, Que blancos suelen salir! En la verde orilla, etc.

Los pájaros la saludan, Porque piensan, y es así, Que el sol que sale en Oriente Vuelve otra vez á salir En la verde orilla, etc.

Por solo un cabello el sol De sus rayos diera mil, Solicitando envidioso El que se quedaba allí, En la verde orilla De Guadalquivir.

XXXII.

Las redes sobre el arena
Y la barquilla ligada
Á una roca que las ondas
Convierten la piedra en agua,
El pobre Alcion se queja
Por ver á la hermosa Glauca,
Fuego de los pescadores
Y gloria de aquella playa,
Buscándola con los ojos,
En altas voces la llama:
«Glauca, dice, ¿dónde estás?
¿Por qué nueva ccasion tardas?
»¿Háste arrepentido acaso
De haber dado tu palabra

De llegar á mis rediles Antes que el lucero salga? »¡Oh perjura, si á mi fé Y á tus juramentos faltas, Esperen mayor tributo De mis ojos estas aguas! »Glauca mia, ¿no respondes, Ó gustas de ver mis ánsias Porque á costa de mis daños De mi fé te satisfagas? »Si es esto, yo te perdono Todo el tiempo que dilatas En mostrar de tu Alcion De su bien v mal la causa: »¡ Mas, triste, cuántos agüeros Y señales de mudanza! El fiero viento se esfuerza Y las olas van más altas: Los delfines van nadando Por lo más alto del agua, Tormenta amenaza el mar, Sin duda se muda Glauca.» Venia la ninfa bella Por la ribera descalza, Dando cuerda á los anzuelos Y requiriendo las nasas. El rubio cabello al viento De tal suerte, que quedaban Más que en sus anzuelos peces, Entre sus cabellos almas, Viendo con cuánta pasion,

Más que nunca aljofaradas Competian en blancura Las espumas con sus plantas; Mas la hermosa pescadora, Que estas voces escuchaba. No pudo sufrirlas más, Y fué burla harto pesada; Y viendo que el pescador Con atencion la miraba, De peces privando el mar. Y al que la mira del alma, Llena de risa responde: «Mi Alcion, no haya más, basta; Perdona el haber tardado, Pues ganas con mi tardanza.» Corriendo por la ribera, Colérica, acelerada, A su albergue se volvió, Y el pescador á su barca.

XXXIII.

En tanto que mis vacas,
Sin oillos condenan
En frutos los madroños
Desta fragosa sierra,
Quiero cantar llorando
Á sombras de esta peña,
De áspera, invencible,
Segunda Galatea;
Que pues osó fiarle
En intrincadas trepas
Biblioteca escocida.—Tono III.

Sus verdes corazones
Esta amorosa hiedra,
Fiarle podré yo
Lagrimosas endechas;
Más ¡ ay triste! que es sorda
Segunda Galatea.

¡ Mal haya quien emplea
Su fé en la que con arco y con aljaba
Parece niño Amor, y es fiera brava!
«Divina cazadora,

«Divina cazadora,
Que de seguir las fleras,
Has dado en imitallas,
Y para mí excedellas,
»Dé en tu media luna
Junto las empulgueras,
Y al desdén satisfaga
La más volante flecha;
»Que saldrá á recibilla,
Por jubilar sus penas,

En el pecho que huyes
El alma que desdeñas.
No pudo decir más,
Porque entre la maleza
Un jabalí espumoso
Le salteó sus quejas.
Lebreles le forzaron

À tomar la defensa
Y à despreciar venablos
Y perros que le aquejan.
El vaquero, admirado.
De que rompiendo telas

Huya, «¡Oh fiera, le dice, Segunda Galatea!» ¡Mal haya quien emplea Su fé en la que con arco y con aljaba Parece niño Amor, y es fiera brava!

XXXIV.

No me bastaba el peligro De una grave enfermedad Que pues no me mató clla, Respiro para inmortal: Sino condenarme agora A deprender á labrar Un lisongero imposible Y un suave perdonar. Qué te ha hecho, crudo Amor, Esta pobre libertad, Blanco de tus demasias. No las llamo flechas ya? Forastero bien venido. Si vais para la ciudad. Y acaso os metiere en ella Amor o necesidad. Guardaos mil veces, os digo. De un basilisco mortal, Que está su mayor ponzoña En su más dulce mirar, De un ángel el más hermoso Que vistió la humanidad. Que de cruel y de bello Tiene dudoso lo más.

Témela el Amor, y tanto, Que han confirmado amistad Mayor que se prometia De mujer y de rapaz.

Todo en daño de las almas, Ya yo lo sé por mi mal, Que he pisado entre sus flores Áspid que sabe matar.

Armado se esconde Amor De saetas de crueldad En los ojos que tremolan Traidoras señas de paz.

Asegurase el deseo, Fíase la voluntad, Y dan en las fieras puntas Del arquero desleal.

Las señas desta alevosa, Para que la conozcais, Son, demás de los estremos De su gloriosa beldad,

Que si canta se suspende La armonía celestial, Y si llora, enjuga el alba Sus lágrimas de cristal.

Con mi ejemplo y estas señas Caballero, caminad; Que ella me condena á muerte Y yo me voy á enterrar.

XXXV.

Criábase de Albanes En la corte de Amurates, No como prenda cautiva En rehenes de su padre. Sino como se criara El mejor de los sultanes Del Gran Señor, regalado, Querido de los bajaes. Gran capitan en las guerras, Gran cortesano en las paces. De los soldados escudo, Espejo de los galanes: Recien venido era entonces De vencer y de ganalles, Al húngaro dos banderas, Y al Sofi cuatro estandartes: Mas ¿qué aprovecha domar Invencibles capitanes Y contraponer el pecho A mil peligros mortales, Si un niño ciego le vence, No más armado que en carnes, Y en el corazon le deja Dos arpones penetrantes; Dos penetrantes arpones, Que son los ojos suaves De las dos más bellas turcas Que tiene todo Levante: Que no hay turquesas tan finas, Que á sus ojos se comparen: Discretas en todo estremo. Y de gracias singulares? No le defendió el escudo. Hecho de finos diamantes. Porque el amoroso fuego Es al rayo semejante Que el duro hierro en sus manos Disminuve v lo deshace: No para en hierro el amor, Pues sin errar tiro sabe Poner en el alma el hierro Y en la cera las señales. Fué tan desdichado en paz Cuanto en la guerra triunfante; Rendido en paz de mujeres, Siendo en guerra un fiero Marte; Bien conoció su valor Amor, pues para enlazalle, Por tener sujeto Amor Al que sujetó al dios Martes, Un lazo vio que era poco, Y quiso con dos vendalle.

XXXVI.

Al pié de un árbol robusto,
Sacro honor del encinar,
Que há muchos años que el Bétis
Le calza el pié de cristal,
Tan robusto, que compite,
No se cuál pondere más,

Con los montes en dureza Con los siglos en edad.

Sobre un pedernal torcido Está Fileno, si hay Pedernal con ramas donde Hay troncos de pedernal.

Baston fué, y á pocas horas La fuerza de amor es tal, Que baston que fué de encina, Cayado de mimbre es ya.

Desdeñado anda Fileno De la más nueva beldad Que engendró con rayos negros La blanca espuma del mar.

XXXVII.

Á tres damas de Palacio.

Las tres auroras que el Tajo,
Teniendo en la huesa el pié,
Fué dilatando el morir
Por verlas antes nacer,
Las gracias de Vénus son,
Aunque dice quien las vé
Que las gracias solamente
Se le igualan en ser tres.
Flores que dió Portugal,

Flores que dió Portugal, La menos bella un clavel Durloso á cual más le deba, Al ámbar ó al rosicler.

La que no es perla en el nombre. En el esplendor lo es, Y concha suya la misma Que cuna de Vénus fué.

Luceros ya de Palacio, Ninfas son de Aranjuez, Nápeas de sus cristales Driadas de su vergel.

Tirano Amor de seis soles, Suave cuanto crucl, Si mata á lo castellano, Derrite á lo portugués.

Francelisa es quien abrevia Los rayos de todos seis; Sé que fulmina con ellos, Como los vibra no sé.

En un favor homicida Envaina un dulce desdén, Sus filos atrocidad Y su guarnicion merced.

Forastero á quien conduce Cuanto aplauso pudo hacer A los años de Fileno Belisa, lilio francés,

De los tres dardos te escusa, Y si puedes, más de aquel Que resucita al que ha muerto-Para matallo otra vez.

XXXVIII.

Menguilla la siempre bella, La que bailando en el corro, Al blanco fecundo pié DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Suceden claveles rojos: La que dulcemente abrevia En los orbes de sus ojos Soles con ficchas de luz, Cupidos con rayos de oro. Esta deidad labradora, Desde donde nace arroyo Hasta donde muere rio. Tajo la venera undoso. Gil desde sus tiernos años Aras le erigió devoto. Humildemente celando Tanto culto aun en sí propio. Profanóle alguna vez Pensamiento que amoroso Volando en cera, atrevido Nadó, en desengaños loco. Del color de la violeta Solicitaba su rostro En la villana divina El afecto más ocioso. Esperanzas pues de un dia, Prorogando engaños de otro. A silencio, al fin no mudo Respondió mirar no sordo. Sus zafiros celestiales Volvió un suspiro tan solo, Tan pequeño de cobarde, Cuan mal distinto de ronco. La divinidad depuesta Desde aquel punto dichoso,

Mirarso dejó en la aldea Y saludar en el soto.

Con más alientos que Mayo
Un blanco sublime chopo
En su puerta amaneció,
De tan bello sol coloso.

En las hojas de la yedra
Á su muro dió glorioso
Cuantos corazones verdes
Palpitar hizo Favonio,
Las fiestas de San Ginés,
Cuando sobre nuestro coro
Fulminó rayos Jarama
En relámpagos de toros.

Mientras distingue las fieras

Mientras distingue las fieras El garzon, pavor hermoso, La púrpura robó á Menga, Y le restituyó el robo.

Cambiar le hicieron semblante;
Más guardándola el decoro,
En los peligros el miedo,
En las victorias el gozo,
Pascó Gil el tablado,
De aquella hermosura tronco,
Que en los crespúsculos niega
El temor y el alborozo.

Nevó jazmines sobre él, Tan desmentidos sus copos, Que engañáran á la envidia, Si no le volvieran loco.

Desde entonces la malicia

Su diente armó venenoso Contra los dos, hija infame De la intencion y del ocio.

Mucho lo siente el zagal, Pero Menguilla es de modo Que, indignada contra sí, Se venga en sus desenojos.

Las verdes orlas escusa De la fuente ó de los olmos, Por no verse en sus cristales, Por no leerse en sus troncos.

Á los desvíos apela, Partiendo en los más remotos Con el céfiro suspiros, Con el eco soliloquios.

Llora Gil estas ausencias, Al son de su leño corvo, En humores que suaves Desataran un escollo.

Sus dichas llora, que fueron En el infelice logro Pajarillos que serviente Degolló en su nido pollos.

Caducaron ellos antes Con los floridos despojos, Y el que nació favor casto Murió aplauso riguroso.

En los tormentos lo inquiere,
Doliéndose los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un ocio (1). (1) Otros leen: odio.

Teme que esta retirada. Si las flechas no le ha roto, El amor recien nacido. Las arme, de ingrato plomo. Buscándola en vano al fin. Imitar el babilonio Ya queria, y de su espada Buscar por la punta el pomo, Cuando la brújula incierta Del bosque le ofreció undoso Todo su bien no perdido, Aunque no ganado todo. Por que sin cometer fuga, Teatro hizo no corto Aquel campo de un rigor Que árbol es ya de Apolo.

XXXIX.

«Por que corre á despeñarse Medio asombrado un arroyo, El paso quiere impedirle Un arrayan piadoso,

>Y aunque con mil cortesías Le va obligando á su tronco, Por entre piés, hecho sierpe, Se le escapa bullicioso.

»El llevarse cuanto encuentra
Es de sus celos asombro,
Y al fin con precipitarse
Da á su olvido testimonio.

»Corria y andaba manso,

Y una nube embraveciólo
Con piedras que le arrojó,
De que ya corre quejoso
»Lleva el color demudado,
Pues los corderillos todos
Que le bebian cristal,
Ya le beben coral rojo.
»Tambien le sacó de madre
El encontrarse con otro
De su misma pretension,
Mas libre y más poderoso.»
Este ejemplo le contaba
Un pastorcillo celoso
Á una zagala por quien
Hoy le sucede lo propio.

XL.

Por las faldas del Atlante (1)
No como precipitado,
Sino como conducido,
Arroyo desciende claro,
Á fecundar los frutales
Y á dar librea á los cuadros
De las huertas del Jarife,
Del jardin de su palacio.
Divertido en caracoles,
Como ginete africano,
Comienza en cristal corriendo,
y acaba perlas sudando.

⁽¹⁾ En algunas ediciones se lee : Atalante.

Sus ondas besa la copia. Mas nada lo tiene vano, Sino el desatar aljófar A los deliciosos baños Donde Amor fomenta el fuego Con las señas de sus dardos. Para templar á Jarifa Uno con otro contrario. Jarifa, Cintia africana, Que absuelto el hombro del arco En las termas de su abuelo El suder depone casto. En tanto, pucs, que se baña, Y se compite lo blanco. Y aun se desmiente en lo terso. Sus miembros y el alabastro, Con dulce pluma Celinda, Y no menos dulce mano. En el laud va escribiendo Lo que Amor le va dictando: «Con arco y aljaba, ¿quién dice que soy El hijo de Venus, la hermana del sol? Ouien dice que soy El hijo de Vénus, Dice bien; La hermana del sol, Dice mejor. La cuna real. Que con esplendor Abrigo inquieto

En la infancia os dió,

Árbol fué en las selvas Que sombra prestó En la melodía De algun ruiseñor.

Esta cuna es, pues,
Quien solicitó
À su natural
Vuestra inclinacion.
Quien dice que soy, etc.
Si ignoras, cruel,
Cuántas deben hoy
Vuestro mirar almas,
Fiero vuestro arpon,
El reino lo diga
Donde más que vos

Vasallos Amor.
El monte lo diga,
Cuyos troncos hoy
Visten por cortezas
Picles de leon.

Tiene que el Jarifa

Quien dice que soy El hijo de Vénus, Dice bien; La hermana del sol, Dice mejor.

XLI.

La más lucida belleza Que, ya en ojos, ya en cabellos, El sol reconoce rayos Y estrellas envidia el cielo, Ambiciosa de sus luces, Jamás sale de su centro, Compitiéndose á sí propia, Siendo competencia y premio.

De su voz, en la armonía Lisongera tierra y viento; Tanto se agradan, que vuelven À repetilla en los ecos.

Vencimientos suyos canta, Y con tan blandos acentos, Que hace dulce los estragos Y apacibles los trofeos.

Las sirenas de los mares, Las aves de los desiertos, En sus conferencias vanas, Glorioso triunfo la dieron;

Porque así el ciclo dispone, Dándole en la ticrra asiento, Que aunque solo en uno vive, Triunfa ya en dos elementos.

Remedio à sus perfecciones, La libertad de un deseo, Que la miraba invencible, Paga tanto atrevimiento.

Como fuego tan lucido, Es el que aspira en su pecho, Halla en las luces deleite, Como en las llamas tormento;

Y abrasándose en la guerra, De aquel generoso incendio, Dijo al cristal fugitivo De Manzanares risueño:

«Fugitivos cristales, Corred y volar; No espereis á mi fuego, Oue os ha de abrasar.

Manzanares, que no escaso,
Distrito, aunque hermosa tierra,
Vuestro oriente es una sierra,
Y otro rio vuestro ocaso,
Alentad más vuestro paso,
Huid con velocidad.
No espereis, etc.

Cristal que en monte elevado Rústico origen teneis, Y luego en la córte os veis De su pompa festejado, Jamás libre y desatado, Seguro asiento tomad. No espereis á mi fuego, Que os ha de abrasar.

Las auroras de Jacinta,
Nuevas esferas de Amor,
De cuyos rayos apenas
Es un rayo todo el sol;
Aquella deidad del Tajo,
Con quien sus corrientes son
Mucho cristal para rio,

Mucho cristal para rio,
Aunque para espejo no,
Verdes galanes del soto
Olmos la reciben hoy,

Que la tuvieron por nieve Y la juzgaron por flor.

Músico arroyo la duerme. Cristalino ruiseñor; Jacinta le paga en perlas, Lo que en plata le cantó.

Á las lisonjas del prado El calzado jazmin dió Veneno para el Abril Y para el Mayo favor.

Serranos de Manzanares. Milagros hace el amor; Yo he visto llorar al alba, Yo he visto celoso el sol.

XLII.

En la beldad de Jacinta Dulcemente se encubrió Con bellísimos disfraces, Cauteloso, el piño Amor.

Entre hermosas lisonjas, Suavísimas, traidor, Sus flechas mintió engañosas, Sus venenos engañó.

Ví rosas, ví azules lirios, Brillante ví el resplandor Del Oriente en sus cabellos, Ví marfil, ví plata, y no

El áspid ví que lascivo En las flores se engastó, Pedazos de primavera Que el alba á Jacinta dió.

El bello, pues, el luciente
Disimulo de traicion,
Del glorioso ya deseo
Con facilidad triunfó,
Solícito el pensamiento,
Por la vista se perdió,
Y entre auroras y entre soles
Sombras mil dulces bebió.
Rico ya se coronaba
De glorias el corazon.

De glorias el corazon, Suaves bebiendo en oro Rigores del ciego dios.

Risueños cristales, donde Con artificio celó Cuanta el Amor en su fuego Viva esfera alimentó.

Volantes letras, cenizas, Tumbas del incendio son, Declarando en sus oscuros De las llamas el rigor.

El Amor solicitando La frente de la ocasion, El corazon más amante, Pide á Jacinta favor.

Vénus nueva, deidad bella, De las gracias el honor, De mis bienes la corona, De mis males el temor, Tu rostro me favorezca, Pues al Abril su color. Para rosas y jazmines, Púrpura y nieve prestó,

Dulce ya voz en tu boca
. Cuanto ambar aspiró,
Entre sus hojas lascivas,
El clavel hijo del sol.

No huya la blanca nieve La mano, á quien envidió Pompa el copo del aurora. Desatado su candor.

Propicios tus ojos bellos, No abrevien su resplandor; Nortes luminosos guien Mi naufragante aficion.

XLIII.

Lluvias de Mayo y de Octubre, Más que debidos rigores, Bordaba el sol por las cumbres Entre rubios tornasoles,

Cuando un pequeño deudor De grande opinion al Tormes, En lomos de Manzanares Forzoso ejercicio escoge.

Lágrimas riegan la ticrra, Que con corvo arado rompe, Y sembrando atrevimientos, Á coger iras se pone.

Imperfecto deja el surco, Bordado de las colores De un ave que por el cielo

Dulces acentos descoge; Rubia y crespa la corona, Por ojos tiene dos soles. Que sobre fondos azules Hacen dos cielos conformes; Bruñidas hojas de plata El cuello altivo componen, Por donde con dulces pasos El aire de su voz corre: Rizas negras plumas visten Sus alegres resplandores. Naufragio de cuantos ojos Han navegado pasiones; Sobre fogosos rubies, Que diez diamantes componen, Labrados todos en largo, Sus hermosas manos pone. Al dulce batir las alas El villano estremecióse,

Al dulce batir las alas
El villano estremecióse,
Porque en la imágen del ave
La de Amarilis conoce.

Sintió la flecha en las plumas,
Que le atravesó de un golpe,
Y con las ánsias herido,
Comenzó á decir á voces:

«Cielo son tus ojos
En ser azules,
Y en los rayos que arrojan
Parecen nubes.

XLIV.

De Tisbe y Píramo quiero, Si quisiere mi guitarra, Contar la historia y ejemplo De firmeza y de desgracia.

No sé quien fueron sus padres,
Mas bien sé quien fué su pátria;
Todos lo que yo sabeis,
Y para introduccion basta.
Era Tisbe una pintura
Hecha en lámina de plata,
Un brinco de oro y cristal
De un rubí y dos esmeraldas.

Su cabello eran sortijas, Memorias de oro y del alma; Su frente el color bruñido Que dá el sol hiriendo el nácar; Sus labios la grana fina, Sus dientes las perlas blancas,

Porque, como el oro en paño, Guarden las perlas en grana.

Desde la barba al pié Vénus, Su hijuelo y las tres gracias Deshojando están jazmines Sobre rosas encarnadas.

La alegría eran sus ojos, Si no eran la esperanza, Que vistió la primavera El dia de mayor gala. La edad, ya habeis visto el diente, Entre mozuela y rapaza, Pocos años en chapines, Con reverendas de dama. Señor padre era un buen hijo,

Señor padre era un buen hijo, Señora madre una paila Dulce, pero simple gente, Conserva de calabaza.

Regalaban á Tisbica
Tanto, que si la muchacha
Pedia leche de cisnes,
Le traian ellos natas.

Más ¿qué mucho, si es la niña, Como quien no dice nada, La niña de sus dos ojos Los ojos de sus dos almas?

Los brazos del uno fueron, Y del otro eran las faldas, Los primeros años cuna, Los siguientes almohada.

XLV.

Á la fábula de Piramo y Tisbe.

La ciudad de Babilonia,
Famosa, no por sus muros,
Fuesen de tierra cocidos,
Ó sean de tierra crudos;
Sino por los dos amantes
Desdichados hijos suyos,
Que, muertos, y en un estoque,
Han peregrinado el mundo;

Citarista dulce, hija
Del archipocta rubio,
Si al brazo de mi instrumento
Le solicitas el pulso,
Digno sugeto será

De las orejas del vulgo; Popular aplauso quiero. Perdónenme sus tribunos.

Píramo fueron y Tisbe, Los que en verso hizo culto El licenciado Nason, Bien romo ó bien narigudo.

Dejar el dulce candor
Lastimosamente oscuro
Al que túmulo de seda
Fué de los dos casquilucios,
Moral que los hospedó,
Y fué condenado al punto,
Si del Tigris no en raices,
De los amantes en fruto.

Estos pues dos babilonios Vecinos nacieron mucho, Y tanto, que una pared De oidos no muy agudos En los años de su infancia

Oyó á las cunas los tumbos, Á los niños los gorgeos, Á las amas los arrullos.

Oyólos, y aquellos dias Tan bien la audiencia le supo, Que años despues se hizo Rajas en servicio suyo.

En el interin nos digan

Los mal formados rasguños

De los pinceles de un ganso

Sus dos hermosos dibujos,

Terso marfil su esplendor

No sin modestia interpuso

Entre las ondas de un sol Y la luz de dos carbunclos.

Libertad dice llorada El corvo suave luto De unas cejas, cuyos arcos No serenaron diluvios.

Luciente cristal lascivo La tez digo de su bulto, Vaso era de claveles Y de jazmines confusos.

Arbitro de tantas flores, Lugar el olfato obtuvo En forma, no de nariz, Sino de un blanco almendruco.

Un rubí concede ó niega, Segun alternar le plugo, Entre doce perlas netas Veinte aljófares menudos.

De plata bruñida era Proporcionado cañuto El órgano de la voz, La cervatana del gusto.

Las pechugas, si hubo fénix, Suyas son; si no lo hubo, De los jardines de Vénus Pomos eran no maduros.

El ecétera es de mármol, Cuyos relieves ocultos Ultraje mórbido hicieran Á los divinos desnudos.

La vez que se vistió Páris La garnacha de Licurgo, Cuando Pálas por vellosa Y por zamba perdió Juno,

A esta desde el primero (1) Umbral de su primer lustro, Niña la estimó el Amor De los ojos que no tuvo.

Creció deidad, creció envidia De un sexo y otro, ¿qué mucho Que la fé erigiese aras Á quien la emulacion culto? Tantas veces de los templos

Á sus posadas redujo Sin libertad los galanes, Y las damas sin orgullo,

Que viendo quien la vistió, Nueve meses que la trujo, De terciopelo de tripa Su peligro en los concursos.

Las reliquias de Tisbica Engastó en lo más recluso De su retrete, negado

⁽¹⁾ Seguimos el testo de Pellicer; en otras ed'clones se les-Á esta desde el glorioso.

Aun á los átomos puros. ¡Oh Piramo! lo que hace Joveneto ya robusto, Que sin alas podia ser Hijo de Vénus, segundo Narciso, no el de las flores. Pompa que vocal sepulcro Construyó á su boboncilla En el valle más profundo. Sino un Adonis caldeo, Ni jarifo ni membrudo. Que traia las orejas En las jaulas de dos tufos. Su copetazo pelusa, Si tafetan su testuzo, Sus mejillas mucho raso. Su bozo poco velludo; Dos espadas eran negras

A lo dulcemente rufo
Sus cejas, que las doblaron
Dos estocadas de puño.

Al fin en Píramo quiso Encarnar Cupido un chuzo, El mejor de su armería, Con su herramienta al uso.

Este, pues, era el vecino, El amante y aun el cuyo De la tórtola doncella Gemidora á lo viudo;

Que de las penas de amor Encarecimiento es muro Escuchar ondas sediento
Quien siente frutas ayuno.
Intimado el entredicho
De un ladrillo y otro duro,
Llorando Píramo estaba

Cuando fatal carabela, Émula, mas no del humo, En los corsos repartidos Aterró puerto seguro.

Apartamientos conjuntos,

Familiar tapetada, Que aun, á pesar de lo adusto, Alba fué, y alba á quien debe Tantos solares anuncios,

Calificarle sus pasas Á fuer de aurora propuso; Los críticos me perdonen Si dijere con ligustros.

Abrazóla sobacada, Y no de clavos malucos, En nombre de la azucena Desmentidora del tufo,

Siendo aforismo aguileño, Que matar basta á un difunto Cualquier olor de costado, Ó sea morcillo ó rucio (1).

Al estoraque de Congo Volvamos, Dios en ayuso, Á la que cuatro de á ocho Argentaron el pantufio.

⁽¹⁾ Quiere decir, sea de blanca ó de negra el olor del costado.

Abrica con libramiento No voló, con ella anduvo, Menos un torno responde A los devotos impulsos Que la mulata se gira A los pensamientos mudos: 10h destino inducidor De lo que has de ser verdugo! Un dia que subió Tisbe, Humedeciendo discursos. A enjugarlos en la cuerda De un inquieto columpio, Halló en el desván acaso Una rima que compuso La pared sin ser poeta, Más clara que las de alguno (1). Habia la noche antes Soñado sus infortunios. Y viendo el resquicio, entonces, «Esta es, dijo, no lo dudo; »Esta es, Píramo, la herida Que en aquel sueño importuno Abrió dos veces el mio Cuando una el pecho tuyo. »La fé que se debe á sueños Y á celestiales influjos Bien lo dice de mi aya El incrédulo repulgo. »Lo que he visto á ojos cerrados

⁽¹⁾ En este alguno aiude à Quevedo. En algunas ediciones se lee: que la de alguno.

Más auténtico presumo
Que del amor que conozco
Los favores que descubro.

"Efecto improviso es,
No de los años diuturno,
Sino de un niño en lo flaco
Y de un Dios en lo oportuno (1).

"Pared que nació conmigo,
Del amor solo el estudio,
No la fuerza de la edad
Desatar sus piedras pudo;

"Más ¡ay! que taladró niño
Lo que dilatára astuto;
Que no poco daño á Troya
Breve portillo introdujo.

»La vista que nos dispensa La desmiente el atributo De ciego en la que le ata Ociosa venda el abuso.»

Llegó en esto la morena Los talares de Mercurio, Calzada en la diligencia De diez argentados puntos;

Y viendo estinguido ya Sus poderes absolutos Por el hijo de la tapia, Que tiene veces de nuncio, Si distinguirse podia La turbacion de lo turbio,

⁽¹⁾ Segun Pellicer, debe decir importuno.

Su ejercicio ya fustrado Le dejó el ébano sucio.

Otorgo al fin el infausto

Abocamiento futuro,

Y citando la otra parte,

Sus mismos autos repuso.

Con la pestaña de un lince

Barrenando estaba el muro,

Sino adormeciendo Argos

De la suegra sustitutos,

Cuando Piramo, citado,

Telares rompiendo inmundos,

Que la émula de Pálas

Dió á los divinos insultos,

Barco ya de vistas, dijo,

Angosto no, sino augusto,

Que velas hecho tu lastre,

Nadas más cuanto más surto, Poco espacio me concedes,

Mas basta, que á Palinuro

Mucho mar le dejó ver

El primero breve surco.

«Si á un leño conducidor

De la conquista ó del hurto,

De una piel fueron los dioses

Remuneradores justos,

🗚 un bagel que pisa inmóvil

Un Mediterraneo enjuto

Con los suspiros de un sol

Bien le deberán coluros.

"Tus bordes beso, piloto,

Ya que no tu quilla buzo, Si revocando su voz Favorecieres mi asunto. » Dando luego á sus deseos El tiempo más oportuno, Frecuentaron el desván Escuela ya de sus cursos. Lirones siempre de Febo, Si de Diana lechuzos, Se bebian las palabras En el polvo del conducto. ¡Cuántas veces impaciente Metió el brazo, que no cupo, El garzon, y lo atentado Lo revocaron por nulo! ¡Cuántas el impedimento Acusaron de consuno, El pozo que es de por medio, Si no se besan los cubos! Orador Piramo entonces. Las armas jugó de Julio; Que no hay áspid vigilante A poderosos conjuros. Amor, que los asistía, El vergonzoso capullo Desnudó á la virgen rosa Que desprecia el tirio jugo. Abrió su esplendor la boba, Y á seguillo se dispuso; Trágica resolucion, Digna de mayor coturno.

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Media hora era por filo, Hora que el farol nocturno, Reventando de muy casto, Campaba de muy sañudo,

Cuando tropezando Tisbe, Á la calle dió el pié zurdo, De no pocos endechada Caniculares ahullos.

Dejó la ciudad de Nino, Y al salir funesto buho Alcándara luz umbrosa Un verdinegro aceituno.

Sus pasos dirigió donde Por las bocas de dos brutos Tres ó cuatro siglos há Que está escupiendo Neptuno;

Cansada llegó á su márgen, Apesar del Abril, mustio, Y lágrimosa, la fuente Enronqueció su murmurio.

Olmo que en jóvenes hojas Disimula años adultos, De su vid florida entonces En los más lascivos nudos,

Un rayo sin escuderos, Ó de luz ó de tumulto, Le desvaneció la pompa, Y el tálamo descompuso.

No fué nada; á cien legias Dió ceniza ; oh cielo injusto! Si tremendo en el castigo, Portentoso en el indulto.

La planta más convecina. Quedó verde, el seco junco Ignoró aun lo más ardiente Del acelerado incurso.

Cíntica caló el papahigo Á todo su plenilunio De temores vellories, Que ella dice que son nublos.

Tisbe entre pavores tantos Solicitando refugios, Á las ruinas apela De un edificio caduco.

Ejecutarlo queria, Cuando la selva produjo Del egipcio ó del tebano Un cleoneo triunfo,

Que en un próximo cebado, No sé si merino burdo, Babeando sangre, hizo El cristal líquido impuro.

Temerosa de la fiera Aun más que del estornudo De Júpiter, puesto que Sobresalto fué machucho,

Huye, perdiendo en la fuga El manto: ¡fatal descuido, Que protonecio hará Al señor Piramiburro! Á los estragos se acoge

De aquel antiguo reducto,

Noble ya, edificio agora Jurisdicion de Vertumno.

Alondra no con la tierra Se cosió al menor barrunto De esmerjon, como la triste Con el tronco de un saúco. Bebió la fiera, dejando Torpemente rubicundo

El cendal que fué de Tisbe Y el monte penetró inculto (1).

En esto llegó el tardon, Que la ronda le detuvo Sobre el quitalle el que fué Aun envainado verdugo.

Llegó (pisando cenizas, Del lastimoso trasunto De sus bodas) á la fuente Al término constituto:

Y no hallando la moza, Entre ronco y tartamudo Se enjuagó con sus palabras, Regulador de minutos.

De su alma la mitad Cita á voces, más sin fruto, Que socarron se las niega El eco más campanudo.

Troncos examina huecos, Mas no le ofrece ninguno El panal que solicita

⁽¹⁾ Así es el texto de Pellicer; otros dicen el bosque.

En aquellos senos mudos. Madama Luna á este tiempo, À peticion de Saturno. El velo corrió al melindre Y el papahigo depuso Para leer los testigos Del proceso ya concluso, Que publicar mandó el hado Cual más, cual menos perjuro: Las huellas cuadrupedales Del coronado abrenuncio, Que en esta sazon bramando Tocó á vísperas de susto; Las espumas que la yerba Mas sangrienta las espuso; Que el signo las babeó, Pompa rugiente de Julio. Indignamente estragado Los pedazos mal difusos Del velo de su retablo, Que ya de sus duelos juzgo, Viólos, y al reconocellos Mármol obediente al duro Cincel de Lisipo, tanto No ya desmintió lo esculto, Como Píramo lo vivo, Pendiente en un pié à lo grullo Sombra hecho de sí mismo, Con facultades de bulto. Las señas repite falsas Del engaño á quien le indujo

Su fortuna, contra quien Ni lanza vale ni escudo.

Esparcidos imagina

Por el fragoso arcabuco

¿Ebúrneos diré ó divinos? Divinos digo y ebúrneos,

Los bellos miembros de Tisbe,

Y aquí otra vez se traspuso

Fatigando á Praxiteles

Sobre copiallo de estuco.

La Parca en esto, las manos

En la rueca y en el huso,

Como dicen, y los ojos En el vital estatuto,

Inexorable sonó

La dura tijera, a cuyo

Mortal son, Píramo vuelto

Del parasismo profundo;

El acero que Vulcano Templó en venenosos zumos,

Eficazmente mortales

Y mágicamente infusos,

Valeroso desnudó.

Y no como el otro Mucio

Asió intrépido la mano

Sino el asador tradujo Por el pecho á las espaldas.

¡Oh tantas veces insulso,

Cuantas vueltas á tu yerro

Los siglos dieran futuros!

¡Tan mal te olia la vida,

Ó bien, hi de puta puto, El que sobre tu cabeza Pusiera un cuerno de juro? De violas coronada La aurora salió con zuño. Cuando un gemido de á ocho (Aunque mal distinto el cuño), Cual engañada avecilla De cautivo contrapunto. A implicarse desalada En la hermana del engrudo, La llevó dondo el cuitado En su postrimero turno Desperdiciaba la sangre Que recibió por embudo. Ofrécele su regazo. Y yo le ofrezco en su muslo Desplomadas las delicias Del pájaro de Catulo En cuanto boca con boca, Confitandole disgusto Y heredándole aun los trastos Menos vitales, estuvo: Espiró al fin en sus labios: Y ella con semblante enjuto, Que pudiera por sereno Acatarrar á un centurio Con todo su morrion, Haciendo el alma trabuco De un ¡ay! se cayó en la espada Aquella vez que le cupo.

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Prodigio desató el yerto, Si cruel, un largo flujo De rubies de Ceilan Sobre esmeraldas de Muro. Hermosa quedó la muerte En los lilios amatuntos Que salpicó dulce hielo, Que tiñó palor venusto. Lloraron con el Eufrates, No solo el fiero Danubio, El siempre Arajes flechero, Cuando parto y cuando turco; Mas con su llanto lavaron El Bucentauro diurno, Cuando sale el Ganges loro, Cuando vuelve el Tajo rubio. El blanco moral de cuanto Humor se bebió purpúreo, Sabrosos granates fueron, Ó testimonio ó tributo. Sus muy reverendos padres, Arrastrando luengos lutos Con más colas que cometas, Con más pendientes que pulpos, Jaspes y demás colores Que un áulico disimulo Ocuparon en su huesa, Que el siro llama sepulcro; Aunque es tradicion constante, Si los tiempos no confundo De cronógrafos, me atengo

Al que calzare más justo,
Que ascendiente pio de aquel
Desvanecido Nabuco,
Que pació el campo medio hombre,
Medio fiera, y todo mulo,

En urna dejó decente Los nobles polvos inclusos, Que absolvieron de ser huesos Cinamomo y Calambuco.

Y en letras de oro: «Aquí yacen Individualmente juntos, A pesar del Amor, dos; A pesar del número, uno.

XLVI.

Tendiendo sus blancos paños. Sobre el florido ribete Que guarnece la una orilla Del frisado Guadalete, Halló el sol una mañana De las que el Abril promete Á la violada señora Violante de Navarrete, Moza de manto tendido, Lavandera de rodete, Entre hembras luminaria Y entre lacayos coete. Quiso á un mozo de nogal, De mostacho à lo turquete, Cuyas espaldas pudieran Dar tablas para un bufete,

De la cámara de Marte Gentil-hombre, mata-siete, Como lo muestra en la cinta La llave de un pistolete; Que viste coleto de ante Virgen de todo piquete, No tanto porque el flamenco Lo dió à prueba de mosquete, Cuanto porque el español En las lides que le mete Hizo más fuga con él Que Guerrero en un motete. Dejóle ya por un paje Bien peinado de copete, Que arrima á una guitarrilla Su poquito de bajete; Dignísimo citarista De un canicular bonete, Poeta de Andalucía, Como cristiano Hamete. Por hacelle, pues, á solas De sus pechugas banquete, Sobre la piadosa sombra De un alamo su alcahuete, Descalzar le ha visto el alba Botines de tafilete. Y lavar cuatro camisas Del veinticuatro Alderete; Los blancos paños cubrian El verde y claro tapete Que dió flores à Violante

Para más de un ramillete. Cuando por la puente abajo Del lavadero acomete Un mozuelo vellorí (1). Entre lacayo y corchete; Y llegando al vado, lleno De celos hasta el gollete. Y de vino hasta las asas. Esto á los aires comete: «Violante, que un tiempo fuiste Pelota de mi trinquete. De mis botones ojal Y de mis cintas ojete, »Palomeque y Fuenmayor Me han dicho que es un pobrete Ídolo de tus cuidados, Y de tu libertad brete: »Un músico que tremola Las plumas de un martinete. Bujía en lo delicado, Y en lo moreno pebete. »Llamaránle á desafío Los renglones de un billete, Cuando yo presuma dél Que lo lea y que lo acete; »Y entonces vistase el pollo Sobre un jaco un coselete. Que yo le torceré el alma Como tuerces tú un roquete.

⁽¹⁾ Lo mismo que bellorio. El Carrasco, como se ve despues, era mulato.

»—Más quisiera, le responde, Una lonja entre un mollete, Que tus bravatas, Carrasco, Humos de blanco y clarete.

»Quiero bien á ese galan, Y si no te quies mal, véte, Que arena viene pisando El de lo perdiguillete.»

Con un suspiro que fuera Respuesta de un morterete, Respondió Carrasco el Bravo Cuando hablar más le compete.

Llegó entonces Jimenillo, Y torciendo el de florete, Guarnecido de oro y pardo, Con el mulato arremete,

Haciendo que una guitarra Las negras sienes le apriete, Música siembra en sus cascos Y en el campo pinabete.

Mostróle las herraduras El sevillano jinete Al tiempo que el jerezano Le asegundaba un puñete.

Participó del Violante, Mas túvolo por juguete, Guardándole a su Medoro Con un abrazo un rosquete.

XLVII.

¡Qué necio que cra yo antaño, Aunque ogaño soy un bobe; Mucho puede la razon, Y el tiempo no puede poco! A fé que dijo muy bien Quien dijo eran de corcho Cascos de caballo viejo, Y cascos de galan mozo. Servi al amor cuatro años, Que sirviera mejor ocho En las galeras de un turco, O en las mazmorras de un moro. Lisonjas majaba y celos, Que es el esparto de todos Les majaderos cautivos Que se vencen de unos ojos. De esta dura esclavitud

De esta dura esclavitud (Hace un año por Agosto) Me redimió la merced De un tabardillo dichoso.

À este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
Y váme tanto mejor,
Cuanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya,
À ver cual se queman otros
En tan vergonzosas llamas,
Que su honor volará en polvo;

Y he de ser tan inhumano, Que a quien otra vez piadoso Ayudára con un grito, Acudiré con un soplo.

Háganse tontos cenizas, Que con cenizas de tontos, Discretos cuelan sus paños, Manchados, pero no rotos.

Quince meses há que duermo, Porque há tantos que reposo, Sobre piedras, como piedra, Sobre plumas, como plomo.

No rompen mi sueño celos, Ni pesadumbres mi ocio, Ni serenos mi salud, Ni mi hacienda mal cobro.

Tengo amigos los que bastan Para andarme siempre solo, Y váme tanto mejor, Cuanto va de cuerdo á loco.

Con doblados libros hago
Los dias de Mayo cortos
Las noches de Enero breves
Por lo lacio y por lo tosco.

Cuando ha de echarme la musa Alguna ayuda de Apolo, Desatácase el ingenio, Y algunos papeles borro. Á devocion de una ausente, Á quien ausente y devoto

A quien ausente y devote Con tiernos ojos escribo, Y con dulce pluma lloro;
Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo,
A tres ninfas que del Tajo
Dan al aire trenzas de oro,
Y á la que ya vió Pisuerga
La aljaba pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana,
Y eclipsar su hermano rojo.
Salgo alguna vez al campo
Á quitar al alma el moho,
Y dar verde al pensamiento,

En mi aposento otras veces Una guitarrilla tomo, Que como barbero templo, Y como bárbaro toco.

Con que purgue sus enojos.

Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
Y váme tanto mejor,
Cuanto va de cuerdo á loco.

Pagaba al tiempo dos deudas Que tenia tras de un torno; Mas ya há dias que á la iglesia Del desengaño me acojo.

En cuyo lugar sagrado
Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio,
Y la razon sus antojos;
Con que veo á la fortuna

Con que veo á la fortuna De la fábrica de un trono Levantar un cadahalso
Para la estátua de un monstruo,
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros,
Á quien de carro triunfal
Se apeó en el Capitolio.
Veo pasar como humo
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial,
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí,
Estas verdades conozco,
Y váme tanto mejor

XLVIII.

Como va de cuerdo á loco.

À la Fàbula de Leandro y Ero (1).

Aunque entiendo poco griego,
En mis gregüescos he hallado
Ciertos versos de Museo,
Ni muy duros ni muy blandos.
De dos amantes la historia
Contiene, tan pobres ambos,
Que ella para una linterna,
Y él no tuvo para un barco.
Dice, pues, que Doña Ero
Tuvo por padre á un hidalgo,
Alcaide que era de Sexto,
Mal vestido y mal barbado.

⁽¹⁾ Algunos dicen que este romance fué escrito contra Quevedo; pero no apoyan en sólidas razones sus aserios.

Su madre una buena griega, Con más partos y pospartos Que una vaca, y el castillo, Una casa de Descalzos.

Cernícalos de uñas negras, En las almenas criados, Muchos dones á un candil, Y témporas todo el año.

Tambien dice este poeta Que era hijo don Leandro, De un escudero de Avido, Pobrísimo, pero honrado.

Grandes hombres padre y hijo
De regalarse el verano
Con jigotes de pepino,
Y los inviernos de nabo.

La política del diente Cometian luego á un palo, Vara, y no de vagamundos, Pues no los ha desterrado.

Era, pues, el mancebito
Un Narciso iluminado,
Birote de amor, no pobre
De plumas y de penachos.

De su barrio y del ajeno,
Diligentísimo brazo,
Grande orinador de esquinas,
Pero ventor por el cabo;
Citarista, aunque nocturno,
Y Orfeo tan desgraciado,
Que nunca enfrenó las aguas,

Que convocó el dulce canto. Puesto que ya de Anfion Imitando algunos pasos, Llamó así muchas más piedras Que tuvo el muro tebano. Este, pues, galan un dia, No sé si á pie ó á caballo. Salió, Dios en hora buena, No muy bien acompañado. Cualquier lector que quisiere Entrarse en el campo largo De las obras del Boscan, Se podrá ir con él despacio: Que yo á pié quiero ver más Un toro suelto en el campo, Que en Boscan un verso suelto. Aunque sea en un andamio. Y así, no se donde fueron, Ni cómo se convocaron Los devotos convecinos De templo tan visitado. Sé al menos que concurrieron Cuantos baña comarcanos El sepulcro de la que iba Á las ancas de su hermano. Esto solo de Museo Entendí, y abreviando, Á la vela ó romería Llego en un rocin muy flaco. El noble alcaide de Sexto Y la alcaidesa en un asno

(Con perdon de los cofrades),
Doña Ero en un cuartago.
Gallarda de Capitolio,
Y de sombrero bordado,
Que le prestó para ello
La mujer de un veinticuatro.
Los demás caballeritos
En la torre se quedaron,
Cuál sin pluma, cuál con ella,

Alborotó la áula Ero, Que el muro del velo blanco Tenia dos saeteras Para dos ojos rasgados.

Y todos de hambre piando.

A quien se calaron luego Dos ó tres torzuelos bravos, Como á buho tal, y entre ellos Al Avideno bizarro.

Pióla cual gorrion,
Cacareóla cual gallo,
Arrullóla cual palomo,
Hízola ruedas cual pavo.

Ello del guante al descuido, Desenvainando una mano, Lo aseguró, y le dió un bello, Cristalino cintarazo.

Quedó aturdido el mozuelo, Y medio desatinado, Almibar dejó de amor Caérsele por los labios. Poco fué lo que le dijo. Mas tan dulce, aunque tan bajo,
Que hecho sacristan Cupido,
Le corrió el velo al retablo.
Dejó caer el rebozo,
Y descubrió el sepancuantos,
Esta buena cara vieren,
Que han de morir anegados.
Crepúsculo era el cabello
Del dia, entre oscuro y claro,
Rayos de una blanca frente,
Si hay marfil con negros rayos.
De ébano quiere el Amor
Que las cejas sean dos arcos,
Y no de ébano bruñido,
Sino recien aserrado.

Los ojazos negros dicen:

«Aunque negros gente samo,
Condes somos de Buendía
Si no somos condes claros.»

Los títulos me perdonen,
Y el dibujo prosigamos,
Que si no los tuvo Grecia,
Los pidió á España prestados.

La nariz algo aguileña,
Que lo corvo vinculado

Que lo corvo vinculado
Lo dejó Ciro á los griegos,
Como alfanje en mayorazgo.

De rosas y de jazmines Mezcló el cielo un encarnado, Que por darlo á sus mejillas, Se lo hurtó al alba aquel año. En dos labios dividido, Se rie un clavel rosado, Guarda-joyas de unas perlas, Que envidia el mar Indiano.

Lo torneado del cuello, Y del pecho el alabastro, Tentaciones son, Señor; Sed libera nos á malo.

Entre lo que no se vé, Y lo que brujuleamos, Metió una basquiña verde, El baston terciopelado.

Estas eran las bellezas De aquel ídolo de mármol, Que á razones y á pellizcos Tenia ya al mozuelo blando.

Favorecióles la noche, Prestándoles tiempo, y tanto, Que se contaron sus vidas, Y sus muertes concertaron.

Señora madre devota, Se estuvo siempre rezando, Y señor padre poltron, Se salió á dormir al patio.

Con esto dieron lugar À que el galan diese asalto, Y escalase el pecho bobo, Sin tocar nadie à rebato.

Celebrada, pues, la flesta, Por aquellos mismos pascs, Si bien con otros intentos, Que vinieron, se tornaron.

Pulgas pican al pelon,

Y tiénenlo tan picado,

Que dicra al tiempo las plumas

De su sombrerillo pardo,

Para que le sincopara
El término señalado,
Á los gustos no cumplidos,
Y á los dias malogrados.

Llegó al fin, que no debiera, En un dia muy nublado Y una noche muy lluviosa, Luto el uno, el otro llanto.

Apenas la obscura noche
Las cintas se ató del manto,
Y no del manto de lustre,
Sino de soplos del Austro;
Cuando el mozuelo orgulloso,

Hácia el mar alborotado, Un pié con otro se fué, Descalzando los zapatos.

Llegó desnudo á la orilla, Donde estuvieron un rato Las faldas de la camisa Á las olas imitando.

Haciendo con el estrecho, Que ya le parece ancho, Lo que el dia de la purga El enfermo con el vaso. La trémula seña aguarda

La trémula seña aguarda Que de luz corone lo alto, Si tanta distancia puede Vencella farol tan flaco.

Présaga al fin del suceso, Turbada salió del caso, Y cobarde á fiero soplo Del animoso contrario.

Leandro en viendo la luz,
La arena besa, y gallardo,

¡Oh de la estrella de Vénus,
Le dice, ilustre traslado!

»Norte eres ya de un bajel
De cuatro remos por banco;
Si naufragare, serás

Santelmo de su naufragio.

»Á tus rayos me encomiendo; Que si me ayudan tus rayos, Mal podrá un brazo de mar Contrastar á mis dos brazos.»

Esto dijo, y repitiendo Ero, y Amor, cual villano, Que á la carrera ligero Solicita el rojo palio.

XLIX.

Continuacion del anterior.

Arrojóse el mancebito Al charco de los atunes, Como si fuera el estrecho Poco más de media azumbre.

Ya se va dejando atrás Las pedorreras azules, Con que enamoró en Avido,
Mil mozuelas agridulces.
Del estrecho la mitad,
Pasaba con pesadumbre,
Los ojos en el candil,
Que del fin templado luce.
Cuando el enemigo cielo

Disparó sus arcabuces, Se desatacó la noche, Y se orinaron las nubes.

Los vientos desenfrenados Parece que entonces huyen Del órden donde los tuvo El griego de los embustes.

El fiero mar alterado, Que ya sufrió como un yunque Al ejército de Jerges,

Hoy un mozuelo no sufre.

Mas el animoso jóven,

Con los ojos cuando sube,

Con el alma cuando baja,

Siempre su norte descubre.

No hay ninfa de Vesta alguna Que así de su fuego cuide, Como la dama de Sexto Cuida de guardar su lumbre.

Con las almenas la ampara
Porque ve lo que le cumple;
Con las manos la defiende,
Y con las ropas la cubre.
Pero poco le aprovecha,

Por más remedios que use; Que el viento con su esperanza Y con la llama concluye.

Ella, entonces derramando Dos mil perlas de ambas luces, Á Vénus y á Amor promete Sacrificios y perfumes.

Pero Amor, como llovia, Y estaba en cucros, no acude, Ni Vénus, porque con Marte Está cenando unas ubres.

El amador, en perdiendo El farol que le conduce, Menos nada y más trabaja, Más teme y menos presume.

Ya tiene menos vigor, Ya más veces se zabulle, Ya ve en el agua la muerte, Ya se acaba ya se hunde.

Apenas espiró, cuando Bien fuera de su costumbre Cuatro palanquines vientos A la orilla lo sacuden.

Al pié de la amada torre, Donde Ero se consume, No deja estrella en el cielo, Que no maldiga y acuse.

Y viendo el difunto cuerpo, La vez que se lo descubren, De los relámpagos grandes Las temerosas vislumbres. Desde el alta torre envia El cuerpo á su amante dulce, Y el alma donde se queman Pastillas de piedra azufre.

Apenas del mar salia El sol à rayar las cumbres, Cuando la doncella de Ero, Temiendo el suceso, acude;

Y viendo heeha pedazos Aquella flor de virtudes, De cada ojo derrama, De lágrimas dos almudes.

Juntando los mal logrados Con un punzon de un estuche, Hizo que estas tristes letras Una blanca piedra ocupe:

«Ero somos y Leandro, No menos necios que ilustres, En amores y firmezas, Al mundo ejemplos comunes.

"El amor, como dos huevos Quebrantó nuestras saludes; Él fué pasado por agua Y yo estrellado fin tuve.

»Rogamos á nuestros padres, Que no se pongan capuces; Sino pues un fin tuvimos, Una tierra nos sepulte.»

L.

Agora, que estoy despacio, Cantar quiero en mi bandurria Lo que en más grave instrumento Cantára; más no me escuchán.

Arrimense ya las veras, Y celébrense las burlas; Pues da el mundo en niñerías, Al fin como quien caduca.

Libre un tiempo y descuidado, Amor, de tus gatatusas, En el coro de mi aldea Cantaba mis aleluyas:

Con mi perro y mi huron Y mis calzas de gamuza, Por ser recias para el campo, Y por guardar las velludas.

Fatigaba el verde suelo, Donde mil arroyos cruzan, Como sierpes de cristal Entre la yerba menuda,

Ya cantando orilla el agua Ya cazando en la espesura, Del modo que se ofrecian Los conejos ó las musas.

Volvia de noche á casa, Dormia sucño y soltura, No me despertaban penas Mientras me dejaban pulgas; En la botica otras veces

Me daba muy buenas zurras

Del triunfo con el alcalde,

Del ajedrez con el cura;

Gobernaba de allí el mundo,

Dándole á soplos ayuda,

Á las católicas velas

Que el mar de Bretaña surcan;

Y hecho otro nuevo Alcides Trasladaba sus colunas De Gibraltar al Japon, Con su segundo plus ultra;

Daba luego vuelta á Flandes, Y de su guerra importuna Atribuia la palma, Ya á la fuerza, ya á la industria.

Y con el beneficiado, Que era doctor por Osuna, Sobre Antonio de Lebrija Tenia cien mil disputas.

Argüiamos tambien

Metidos en más honduras,
Si se podian comer,
Espárragos sin la bula.

Veníame por la plaza,
Y de paso ver alguna

Para mí compraba pollos,

Para mis vecinas turmas.

Comadres me visitaban Que en el pueblo tenia muchas; Ellas me llaman compadre Y taita sus criaturas.

Lavábanme ellas la ropa,
Y en las obras de costura
Ellas ponian el dedal
Y yo ponia la aguja.

La vez que se me ofrecia Caminar á Extremadura, Entre las más ricas dellas, Me daban cabalgadura.

Á todas queria bien, Con todas tenia ventura, Perque á tedas igualaba Como tijeras de murtas.

Esta era mi vida, Amor, Antes que las flechas tuyas, Me hicieran su terrero, Y blanco de desventuras.

Enseñasteme, traidor La mañana de San Lúcas En un rostro como almendras, Ojos garzos, trenzas rubias:

Talcs eran trenzas y ojos, Que tengo por muy sin duda Que cayera en tentacion, Un viejo con estangurria.

Desde entonces acá sé, Que matas y que aseguras Que das en el corazon, Y que á los ojos apuntas.

Sé que nadie se te escapa, Pues cuanto más de tí huya, DE D. LUIS DE GÓNGORA.

No hay vara de Inquisicion, Que así halle al que tú buscas; Sé que esta guerra civil, Y sé que esta paz de Judes; Que esperas para batalla, Y convidas para justa; Sé que armas de diamante, Y nos das lanzas de juncia, Y para arneses de vidrio Espada de acero empuñas; Sé que es la del rey Finco, Tu mesa, y tu cama dura Potro en que nos das tormento, Tu sueño, sucño de grullas. Sé que para el bien te duermes, Y que para el mal madrugas, Que te sirves como grande, Y que pagas como mula. Perdona, pues, mi bonete; No muestres en él tu furia: Válgame esta vez la Iglesia, Y mira que descomulga. Levantas el arco, y vuelves, De tus saetas las puntas, Contra los que sus juicios, Significan bien sus plumas; Mas con los que ciñen armas, Bien callas y disimulas; De gallina son tus alas, Véte para hi de puta.

LI.

Triste pisa y afligido Las arenas de Pisuerga, El ausente de su dama El desdichado Zulema.

Moro alcaide y no Bellido, Amador con ajaqueca Arrocinado de cara, Y carigordo de piernas.

No lleva por la marlota, Bordada cifra, ni empresa, En el campo de la adarga Ni en la banderilla letra;

Porque es el moro idiota Y no ha tenido poeta De los sastres de este tiempo, Cuyas plumas son tijeras.

Los ojos tiene en el río, Cuyas ondas se lo llevan, Y envueltas entre las ondas, Lleva sus lágrimas tiernas.

Tanto llora el hi de puta, Que si el año de la seca Llorára en dos hazas mias, Acudiera á diez hanegas.

Los espacios que no llora, De memorias se alimenta, Porque le dan las memorias, Lo que los ojos le niegan.

· Piensos se dá de memorias, Rumiando glorias y penas. Como rábanos mi mula, Y una mona berengenas. Contempla luego en Velaja, La cuál, mientras la contempla, Olas de imaginacion Ó se la traen ó la llevan. Y ella se está merendando Duraznitos en su huerta. Y tirándole los cuescos Al que tal pasa por ella. Ojos claros, cejas rubias Al vivo se le presentan Lanzando rayos los ojos. Y flechas de amor las cejas. El moro, contemplativo, A los de su dama vucla. Como á los ojos del buho, Cernícalos de uñas prietas. -«¡Ay, Mora bella, le dice.

—«¡Ay, Mora bella, le dice,
 No menos dulce que bella,
 No estraguen tu condicion
 Las condiciones de ausencia.

—»¡Ay, Moro, más gemidor Que el eje de una carreta! Pues no soy tu mora yo, No me quiebres la cabeza.

→ Recibe alla este suspiro, Y este llanto de esta tierra, Donde el rey me ha desterrado. Y mis cuidados me entierran.

—»Lloré alto, moro amigo,
Suspiré recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro
Más de noventa y dos leguas.»

En esto, ya salteado
De una varonil vergüenza,
Á lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.

Tambien se apea el galan,
Porque quiere en el arena
Sembrar peregil guisado,
Para vuestras reverencias.

LII.

Hermana Marica, Mañana, que es fiesta No irás tú á la amiga Ni yo iré á la escuela. Pondráste el corpiño, Y la saya bucna, Cabezon labrado, Toca y alba negra; Y á mí me pondrán Mi camisa nueva, Sayo de palmilla, Media de estameña: Y si hace bueno Traeré la montera, Que me dió la Pascua Mi señora agüela,

Y el estadal rojo. Con lo que le cuelga, Que trajo el vecino Cuando fué á la feria. Iremos á Misa. Veremos la iglesia Darános un cuarto Mi tia la ollera. Compraremos dél, Que nadie lo sepa, Chochos y garbanzos, Para la merienda; Y en la tardecita, En nuestra plazuela, Jugaré yo al toro Y tú á las muñecas. Con las dos hermanas, Juana y Madalena, Y las dos primillas Marica y la Tuerta; Y si quiere madre Dar las castañetas. Podrás tanto de ello, Bailar en la puerta. Y al son del adufe Cantará Andregüela, «No me aprovecharon Madre las yerbas;» Y yo de papel Haré una librea. Teñida con moras

BIBLIOTECA ESCOGIDA.-TOMO III.

l'orque bien parezca, Y una caperuza Con muchas almenas: Pondré por penacho Las dos plumas negras Del rabo del gallo Que acullá en la huerta Anarangeamos Las carnestolendas; Y en la caña larga Pondré una bandera, Con dos borlas blancas En sus tranzaderas; Y en mi caballito Pondré una cabeza De guardameci, Dos hilos por riendas; Y entraré en la calle Haciendo corbetas, Yo y otros del barrio, Que son más de treinta. Jugaremos cañas Junto á la plazuela, Porque Bartolilla Salga acá y nos vea; Bartola, la hija De la panadera, La que suele darme Tortas con manteca, Porque algunas veces Hacemos yo y ella,

Las bellaquerías Detras de la puerta.

LIII.

Hanme dicho hermana, Que teneis cosquillas De ver al que hizo A hermana Marica. Porque no movais (1), Él mismo os envía De su misma mano Su persona misma, Digo su aguileña Filomocosia, Ya que no pintada Al menos escrita; Y su condicion, Que es tan percgrina Como cuantas vienen De Francia á Galicia. Cuanto á lo primero. Es su señoria Un bendito zote De muy buena vida, Que come á las diez, Y cena de dia, Que duerme en mollido, Y bebe con guindas: En los años mozo,

⁽¹⁾ Mover aqui se tomó como neutro, y significa abortar.

Viejo en las desdichas, Abierto de sienes, Cerrado de encías; No es grande de cuerpo, Pero bien podria De cualquier higuera Alcanzaros higas; La cabeza al uso, Muy bien repartida, El cogote atrás, La corona encima. La frente espaciosa, Escombrada y limpia, Aunque con rincones Cual plaza de villa; Las cejas en arco Como ballestillas, De sangrar á aquellos Que con el pié firman; Los ojos son grandes, Y mayor la vista Pues conoce un gallo Entre cien gallinas. La nariz es corva, Tal que bien podria Servir de alquitara En una botica; La boca no es buena, Pero á medio dia Le da ella más gusto Que la de su ninfa;

La barba, ni corta, Ni mucho crecida, Porque así se ahorra Cuellos de camisa; Fué un tiempo castaña, Pero ya es morcilla; Volveránla penas, En rucia ó tordilla; Los hombros y espaldas Son tales, que habria Á ser él San Blas, Para mil reliquias; Lo demás, señoras, Que el manto cobija, Parte son visiones, Parte maravillas. Sé decir al menos Que en sus niñerías No pide á vecinos, Ni falta á vecinas. De su condicion Deciros podria Como quien la tiene, Tan reconocida, Que es el mozo alegre, Aunque su alegría Paga mil pensiones Á la melarquía. Es de tal humor Que en salud se cria, Muy sano, aunque no,

De los de Castilla; Es mancebo rico Desde las mantillas, Pues tiene, demás De una sacristia, Barcos en la tierra Y en el rio viñas, Molinos de aceite. Que hacen harina; Un jardin de flores, Y una muy gran silva De varia lecion Adonde se crian Arboles que llevan Despues de vendimias, A poder de estiércol Pasas de legia; Es enamorado. Tan en demasía, Que es un mazacote, ¿Qué digo? un Macías; Aunque no se muere Por aquestas niñas, Que quieren con presa, Y piden con pinta. Dales un botin, Dos octavas rimas, Tres sortijas negras Cuatro clavellinas: Y á las damiselas Más graves y ricas

Costosos regalos, Joyas peregrinas:

Porque para ellas,

Trae cuanto de Indias Guardan en sus senos

Lisboa y Sevilla.

Tráclas de las huertas, Regalos de limas,

Y de los arroyos

Joyas de la China.

Tampoco es amigo

De andar por esquinas Vestido de acero

Como de palmilla;

Porque para él

Del Ave María

Al cuarto del Alba,

Anda la estantigua;

Y porque á su abuela

Oyó que tenian Los de su linage

No más de una vida.

Así desde entonces La conserva y mira

Da conserva y mira

Mejor que oro en paño Ó pera en almibar;

No es de los curiosos,

Á quien califican

Papeles de nucvas

De estado ó milicia;

Porque son, y es cierto

Que el Bernia lo afirma Hermanas de leche Nuevas y mentiras;

No se le dá un bledo Que al otro le escriba, Ó dosél le cubra Ó adórnele mitra;

No le quita el sueño Que de la Turquía Mil leños esconda El mar de Sicilia,

Ni que el inglés baje Hácia nuestras islas Despues que ha subido En la que le envia.

Es su reverencia Un gran canonista Porque en Salamanca Oyó teología.

Sin perder mañana
Su leccion de prima,
Y al anochecer
Leccion de sobrina;

Y así, es desde entonces Persona entendida Si à su oido tañen Una chirimía;

De las demás lenguas Es gran humanista, Señor de griega Como de la escita.

Tiene por más suva La lengua latina, Que los alemanes La persa ó la egipcia: Habla la toscana Con tal policía, Que quien lo oye, dice Que nació en Coimbra; Y en la portuguesa Es tal, que dirian Que mamó en Logroño Leche de borricas; De la cosmografia Pasó pocas millas, Aunque oyó al infante Las Siete Partidas: Y así entiende el mapa Y de sus medidas Lo que el mapa entiende Del mal de la orina. Sabe que en los Alpes Es la nieve fria, Y calienta el fuego En las Filipinas; Que nació Zamora, Del Duero en la orilla. Y que es natural Búrgos de Castilla; Que desde la Mancha Llegan á Medina Más tarde los hombres

Que las golondrinas; Es hombre que gasta En Astrología Toda su pobreza Con su picardia; Tiene su astrolabio Con sus baratijas, Su compás y globos Que pesan diez libras; Conoce muy bien Las siete Cabrillas. La Bocina, el Carro, Y las tres Marias: Sabe alzar figura, Si halla por dicha, O rey o caballo, Ó sota caida; Es fiero poeta, Si le hay en la Libia, Y cuando le toma Su mal de poesía, Hace verso suelto Con Alejandría, Y con algarrobas Hace redondillas; Compone romances Que cantan y estiman Los que cardan paños, Y ovejas esquilan; Y hace canciones Para su cnemiga,

Que de todo el mundo Son bien recibidas.

Son bien recibidas.

Pues en sus rebatos
Todo el mundo limpia
Con ellas de ingleses,
À Fuenterrabia;
Finalmente, él es,
Señorazas mias,
El que dos mil veces
Os pide y suplica:
Que con los gorrones
De las plumas ricas
Os hagais gorronas
Y os mostreis harpías;
Que no sepulteis
El gusto en capillas,

LIV.

Diez años vivió Belerma
Con el corazon difunto
Que le dejó en testamento
Aquel francés boquirubio.
Contenta vivió con él,
Aunque á mí me dijo alguno
Que viviera más contenta,
Con trescientos mil de juro.
Á verla vino Doña Alda,
Viuda del conde Rodulfo,
Conde que fué en Normandía

Y que á los bonetes Querais las bonitas. Lo que á Jesucristo plugo; Y hallándola muy triste Sobre un estrado de luto, Con los ojos que ya eran Orinales de Neptuno.

Riéndose muy despacio De su llorar importuno, Sobre el muerto corazon, Envuelto en un paño sucio,

Le dice: «Amiga Belerma, Cese tan necio diluvio, Que anegará vuestros años, Y ahogará vuestros gustos.

Estése allá Durandarte Donde la suerte le cupo; Buen pozo haya su alma, Y pozo que esté sin cubo.

Si él os quiso mucho en vida, Tambien le quisistes mucho, Y si tiene abierto el pecho, Queréllese de su escudo.

¿Qué culpa tuvísteis vos De su entierro, siendo justo Que el que como bruto muere, Que le entierren como bruto?

Muriera el acá en París, Donde tiene su sepulcro, Que allí le hicieran lugar Los antepasados suyos.

Volved luego á Montesinos Ese corazon que os trujo, Y enviadle á preguntar Si por gavilan os tuvo.

Descosed y desnudad
Las tocas de angeo crudo,
El monjilon de bayeta,
Y el manto basto peludo;

Que aun en las viudas más viejas Y de años más caducos, Las tocas cubren á Enero,

Y los monjiles á Julio, Cuanto y más á una muchacha Que la faltan dias algunos, Para cumplir los treinta años Que yo desdichada cumplo

Seis hace, si bien me acuerdo, El dia de santo Nuflo, Que perdí aquel malogrado, Que hoy entre los vivos busco.

Holguéme de cuatro y ocho Haciéndoles dos mil hurtos, Á las palomas de besos, Y á las tórtolas de arrullos.

Scntí su fin; pero mas Que muriese sin ver fruto, Sin ver flujo de mi vientre Porque siempre tuve pujo;

Más no por eso ultrajé
Mi buena tez con rasguños;
Cabal me quedó el cabello,
Y los ojos casi enjutos.

Aprended de mí, Belerma,

Holguémonos de consuno, Llévese el mar lo llorado Y lo suspirado el humo.

No hilcis memorias tristes En este aposento obscuro; Que cual gusano de seda, Morireis en el capullo.

Haced lo que en su fin hace El pájaro sin segundo, Que nos habla en sus cenizas De pretérito y futuro.

Llorad su muerte, mas sea Con lagrimillas al uso; De lo mal pasado nazca Lo porvenir más seguro.

Pongámonos á la par Dos toquitas de repulgo, Ceja en arco, manos blancas Y dos perritos lanudos.

Yedras verdes somos ambas, A quien dejaran sin muros De la muerte y del amor Baterías é infortunios.

Busquemos por dó trepar Que á lo que de ambas presumo, No nos faltarán en Francia Pared gruesa, tronco duro.

La iglesa de San Dionis, Canónigos tiene muchos, Delgados, cariaguileños, Carihartos y espaldudos. Escojamos como en peras

Dos clérigos capotuncios

De aquestos que andan en mulas

Y tienen algo de mulos;

Destos Alejandros Magnos,

Que no tienen por disgusto,

Por dar en nuestros broqueles,

Que demos en sus escudos.

De todos los doce Pares, Y sus nones abrenuncio, Que calzan bragas de malla, Y de acero los pantufios.

¿De qué nos sirven, amiga, Petos fuertes, yelmos lucios? Armados hombres queremos, Armados, pero desnudos.

De vuestra mesa redonda Francos paladines hubo Donde ayunos os sentais Y os levantais más âyunos.

La de cuatro esquinas quiero;
Que la ventura me puso
En casa de un cuatro picos,
De todos cuatro picudo;
Donde sirven la Cuaresma
Sabrosísimos besugos,
Y turmas en el Canal
Con su caldillo y su zumo.

Más iba á decir Doña Alda; Pero á lo demás dió un nudo, Porque de Don Montesinos Entró un pajecillo zurdo.

LV.

Noble desengaño, Gracias doy al cielo, Que rompiste el lazo Que me tenia preso. Por tan gran milagro Colgaré en tu templo Las graves cadenas, De mis graves yerros. Las fuertes coyundas, El yugo de acero, Que con tu favor Sacudi del cuello. Las húmedas velas, Y los rotos remos, Que escapé del mar Y ofreci en el puerto. Ya de tus paredes Serán ornamento Gloria de tu nombre Y de amor descuento. Y así, pues que triunfas Del rapaz arquero, Tiren de tu carro Y sean tu trofeo Locas esperanzas,

Vanos pensamientos, Pasos esparcidos, Livianos deseos, Rabiosos cuidados Ponzoñosos celos, Infernales glorias Gloriosos infiernos.

Compóngante himnos, Y digan sus versos Que libras cautivos Y das vista á ciegos.

Ante tu deidad Honrense mil fuegos Del sudor precioso Del arbol Sabeo.

Pero ¿quién me mete En cosas de seso, Y en hablar de veras En aquestos tiempos? Porque el que mas trata

De burlas y juegos,
Ese es quien se viste
Mas á lo moderno.

Ingrata señora, Desde tu aposento Mas dulce y sabrosa, Que nabo en adviento.

Aplicame un rato El oido atento, Que quiero hacer auto De mis devaneos.

¡Qué de noches frias, Que me tuvo el hielo, Tal, que por esquina Me juzgó tu perro, Y alzando la pierna Con gentil denuedo, Me argentó de plata Los zapatos negros! ¿Qué, de noches destas, Señora me acuerdo, Que andando á buscar Chinas por el suelo, Para hacer la seña Por el agujero, Al tomar la china Me ensucié los dedos! ¡Qué de dias anduve Cargado de acero Con harto trabajo, Porque estaba enfermo! Como estaba flaco Parecia cencerro, Hierro por defuera, Por de dentro hueso. ¡Qué de meses y años Que viví muriendo, Empeñado pobre, Sin ser Baltenebros; Donde me acaeció. Mil dias enteros No comer sino uñas. Haciendo sonetos! ¡Qué de necedades, Escribí en mil pliegos,

Que las ries tu ahora, Y yo las confieso! Aunque las tuvimos Ambos en un tiempo, Yo por discreciones Y tú por requiebros. ¡Qué de medias noches Canté en mi instrumento «Socorre, Señora, Con agua mi fuego.» Donde, aunque tu no Socorriste, luego Socorrió el vecino Con algun caldero. Adios, mi Señora, Porque me es tu gesto Chimenea el verano, Y nieve el invierno. Y el brazo me tienes De guijarros lleno, Porque creo que bastan Seis años de necio.

LVI.

Murmuraban los rocines

À la puerta de Palacio,

No en sonorosos relinchos,

Que eso es ya muy de caballos.

Sino en su bestial idioma,

Ni gruñendo, ni rifando

Para mejor engañar

Las varas de los lacavos. Cabecijuntos murmuran, Tres á tres, y cuatro á cuatro: De sus amos lo primero, Por más parecer criados. Un castaño comenzó, Rocin portugués fidalgo, Cuyo pelo es un erizo, Por ser fruta de castaño. Con más paramentos negros, Que el rocin de Arias Gonzalo, Que en la cadera y el luto, Mas es tumba que caballo. «Sirvo, les dijo, á un ratiño Macias enamorado, Tan flaco en las carnes él, Como yo en las carnes flaco. »Como un esclavo le sirvo, Aunque nunca me ha herrado, Ni la cadera con S. Ni la herradura con clavo. »Dos cosas pretende en corte, Y ambas me cuestan mis pasos, La verde insignia de Avis, Y un Scrafin castellano; »Porque en África su abuelo Mató un leon cuartanario. Desde una palma subido, De cuarenta arcabuzazos. »Fatiga tanto al Consejo, Y al Amor fatiga tanto,

Que no irá cruzado el pecho, Sin ir el rostro cruzado: »Porque el padre de la moza, Me dicen que le ha jurado, De darle la cruz en leño, Que pide al Consejo en paño.» Apenas el portugués Acabó sus quejas, cuando Una remendada pia, De un comiscal cortesano; Mordiendo el freno tres veces, Y otras tres humo espirando. (Que es cólera de que escriben Autores arrocinados), «Sirvo, les dice, á un pelon, Que no solo há veinte años Que come de aventurero, Mas que duerme de prestado. »Con esta gualdrapa corta, Y tan corta, que ha guardado Mejor que si fuera cuello. La medida del dozavo. »La tercia parte me cubre De este nudoso espinazo,

Que puede ser mojonera,
De un término pleiteado.

»No hay alcon hoy en Noruega,
Donde el sol es más escaso,
Tan solícito en cebarse,
Como mi dueño ó mi daño.

»Que volando pico al viento

Sale muy bien fatigado. A escuchar los almireces. De las casas do hacen plato. ȃntrase donde los oye. Limpiándose los zapatos. Y déjame à la pared Pegado como gargajo. «No sé como lo reciben. Mas si sé, que dias hartos Mirándome á mí los pajes. Esto salen murmurando: »Juro á Dios que en el comer Es el dueño deste haco, Sabañon en el invierno Salpullido en el verano.» »Desciende luego tras ellos, À mi pesar, porque al cabo, Ya que no hay cebada, hay ocio, Que no es mal pienso el descanso. »Cobijame los cuadriles, Y sale podenqueando, Nuevas que el dia siguiente Valgan cocido y asado.» De un procurador de Cortes Habló allí un rocin más largo, Que una noche de Diciembre. Para un hombre mal casado. «Escuchado hé vuestras quejas. Con las orejas de un palmo, Y á no sentir yo mis duelos, Sintiera vuestros trabajos.

DE D. LU IS DE GÓNGORA.

»Dicz años tiramos juntos, Por todo tierra de Campos, Yo y un tio de Babieca, El carreton de Lain Calvo. »Serví á condes, serví á reyes,

Hasta que por varios casos,

Tendimus in Latium, digo,

Me mirais tendido y lacio.

Trájome á Madrid mi dueño, Donde apenas hay establo Á dó quepa mi largueza, Sino duermo como galgo.

»La calle Mayor abrevio,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
Lo ocupo sino la paso.

"Como tan largo me ven, Piensan todos los muchachos Que soy algun pasadizo De la posada á Palacio.

»Por descendiente me juzgan, Los que me miran de espacio, En la materia y la forma, De aquel caballo troyano.

"Y si como tanto hierro, Como se queja mi amo, Ya que no lo esté de griegos, Estaré lleno de armados.

»De noche me quita el freno, Porque dice que lo gasto, Y lo pongo en cuatro dias

Como soneto limado.> No lo consintió acabar Un extranjero cuartago, Porque entendió que tenia, Razones de su tamaño. «No sirvo, dijo, á pelones, Como vosotros, cuitados, Sino á un extranjero rico Miserable por el cabo. »Y advertid, que siendo aquestos Hombres miseros y avaros. Vereis que se llaman todos. Ó Césares ó Alejandros. »La paja me dá por libras, La cebada per puñados, Y para engañar mi hambre, Este artifice de engaños, >Unos antojos me pone, De unos vidrios tan doblados, Que hacen de una paja ciento, Y cuatro cientos de un grano. »Pero bien me satisface Desta burla y deste agravio, Un dia cuya memoria, À la venganza consagro, »Solia decir, (trayéndome Por las caderas la mano): -Como un banco estás, amigo, Poco te luce el regalo.-»Tantas veces me lo dijo,

Que una de ellas por un lado,

Le dí muy bien á entender
Que tenia pies el banco.»
Dieron entonces las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quínolas los lacayos.

Cualquier docto en esta lengua Podrá mañana temprano Ir á escuchar otro poco Las mulas de los letrados.

LVII.

Que se vá la Páscua, mozas,
Que se nos vá la Páscua.

Mozuelas las de mi barrio,
Loquillas y confiadas,
Mirad no os engañe el tiempo,
La edad y la confianza.

No os dejeis lisongear
De la juventud lozana,
Porque de caducas flores
Teje el tiempo sus guirnaldas.
Que se nos vá, etc.

Vuelan los ligeros años,
Y con presurosas alas
Nos roban como harpías
Nuestras sabrosas viandas.

La fior de la maravilla Esta verdad nos declara, Porque le hurta la tarde, Lo que perdió la mañana. Que se nos vá, etc.

Mirad que cuando pensais Que hacen la señal del alba Las campanas de la vida, Es la queda, y os desarma

De vuestro color ilustre, De vuestro donaire y gracia, Y quedais todas perdidas Por mayores de la marca. Que se nos vá, etc.

Yo se de una buena vieja Que un tiempo rubia y zarca, Aunque al presente le cuesta Harto caro en ver su cara;

Porque su bruñida frente Y sus mejillas se hallan Más que roquete de Obispo Encogidas y arrugadas. Que se nos vá, etc.

Y sé de otra buena vieja, Que un diente que la quedaba Se lo dejó esotro dia Sepultado en unas natas.

Y con lágrimas le dice:
«Diente mio de mi alma,
Yo sé cuándo fuísteis perla,
Aunque ahora no sois nada.»
Que se nos vá, etc.

Por eso, mozuelas locas, Antes que la edad avara El rubio cabello de oro Convierta en luciente nácar, Quered, cuando sois queridas, Amad, cuando sois amadas, Mirad, bobas, que detrás Se pisa la ocasion calva.

LVIII.

Labrando estaba Artemisa Aquel famoso sepulcro Que fué milagro de Grecia, Y maravilla del mundo, Llorando la noche y dia El malogrado difunto, Sus impertinentes ojos Parecen arroyos turbios. Consolábala una dama Más elegante que Julio, Boquifruncida de labios, Nariz corva y rostro enjuto. «Deja ese llanto, le dice, Porque ya está puesto en uso Que no llegue el sentimiento Más que á cumplir con el vulgo. »Si el estado que te queda Supieses bien, yo presumo Que estarias más contenta Que con su renta el Gran Turco. »Si es muerte la esclavitud. . Y la libertad bien sumo, Si quedas libre, y comienzas A tener vida de gusto,

»Compañía de varon, Ni la apruebo, ni la culpo, Que voluntaria es suave. Y pesada si es con yugo. »Bien parece un hombre en casa, Pero si contíno es uno, Es muerte civil, y más Si acierta á ser calvo ó zurdo. »El primer mes de marido Puede sufrirse á lo sumo, Y es suma felicidad Cuando se muere al segundo. »El más afable es celoso, El más discreto importuno, Si es mozo, es despreciador. Y avariento si es caduco. »El estado de casada Solo ha de servir de punto Ó escala para subir Al de viuda, que es seguro. De una cama y de un lecho La mujer dueño absoluto, Dicen algunos doctores Que engorda y alegra mucho. »Comer siempre de un manjar, ¿A quién no causa disgusto? Y más cuando acierta á ser Algo desabrido ó sucio. »Un marido es vaca eterna. Mejor es que hoy á tu gusto Dés un sazonado pavo,

301

Mañana un lego besugo.

"Si te da pena esc traje,

Å que te obliga el difunto,

Viste el tronco de colores

Y la corteza de luto...

Con esto templó Artemisa

Su pensamiento confuso,

Medio arrepentida ya

De haber labrado el sepulcro.

LIX

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto.

En'fé de los treinta escudos, Que en vuestro renglon tercero Vienen en un alma mia Disimulados y envueltos;

Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviára
Las del infante Don Pedro.

Porque en materia de escudos Solo tengo un pavés viejo, Y en moneda de reales, Yo soy de un lugar Realengo.

Y cuanto á las alcabalas, Tengo un grande privilegio, Que como no hay que vender, Ni las pago ni las debo. De los navíos de Indias Poderosos y soberbios, Me viene la dulce nueva Como llegaron al puerto.

Cúpome de particion De molinos de agua y viento; El molino de mis dientes Que no muele á todos tiempos.

De dehesas y cortijos, Viñas, huertas y majuelos; Me cupieron los caminos, Y la ciudad por linderos.

No se me quejan las fuentes, Ni los claros arroyuelos, Que los enturbian cabezas Señaladas de mi hierro.

Al fin mis hatos se incluyen En los que ciñen mi cuerpo, Y en un Agnus Dei de alquimia Se rematan mis corderos.

Solo el adorno de casa Es Señora de momento, Porque en un momento es visto, Y se acaba en un momento.

Tambien tengo alguna plata, Por ser poca no la cuento, Que es una santa patena Que heredé de mis abuelos.

No tengo paños de corte, Mas no me faltan enteros, Porque ya tengo la corte, Solo el paño es el que espero.

Tambien para mi salud,
Que es la prenda que más quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
En cosas dulces, Canaria
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna
Rascada con cinco dedos.

Al fin, que, Señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrecho,
Sin duda que solo hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hambre en mí influyeron.

Aguarde que otra vez nazca En más venturoso agüero, Que por desnudo, mi madre Me puede parir de nuevo.

LX.

Á mis señores Poetas,
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquesos moros;
Y acábense ya esas zambras.
Váyase con Dios Gazul,
Lleve el diatlo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
Á quien se las dió prestadas.

Que quiere Doña María Ver bailar á Doña Juana Una gallarda española Que no hay danza más gallarda.

Y Don Pedro y Don Rodrigo Vestir otras más galanas, Ver quien son estos danzantes, Y conocer estas Damas.

Y el Señor Alcaide quiere Saber quien es Avenamar, Estos Zegries y Aliatares, Y dulces Zaides y Andallas;

Y de qué repartimiento Son Celinda y Guadalara, Estos moros y estas moras, Que en todas las bodas danzan:

Y por hablarles más claro
Así tengan buena Pascua,
¡Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España?
¡Quieren que diga el herege
De nuestra Fé sacrosanta,
Que de los nombres de pila
Se nos sigue alguna infamia?
Saben si alguna Nacion
Persa, Scita, ú Otomana,
Á nuestros nombres celebran,
Y cuentan nuestras hazañas?
Si dicen que no lo ignoran
¡Por qué los cuentan y cantan
En nombre de los moriscos

Abatiendo nuestras lanzas?
Y cubren nuestras naciones
De alquiceles, almalafas,
Y mil falsos testimonics
Que á los moriscos levantan?
Están Fátima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra.
Estanse los Aliatares
Tegiendo esteras de palma,
Y Almadan sembrando coles.

Y levántanles que rabian.
Viene Arbolan todo el dia
De cavar cien aranzadas
Por un puño de harina
Y una tarja horadada.
Viene el otro delincuente
Y sácale á la mañana

De verde y flores de plata, Y al Zegrí que con dos asnos De cehar agua no se cansa,

El otro disciplinante, Pintale rompiendo lanzas.

Á la gineta vestido

Hace Muza sus buñuelos; Dice el otro aparta, aparta, Que entra el valeroso Muza Cuadrillero de unas cañas.

Los de la Santa Hermandad
Por delitos que otros hagan

BIBLIOTECA ESCOGIDA.—TONO III.

Os saquen, Samaritanos, Á virotazos el alma.

Dejais un fuerte Bernardo, Vivo honor de nuestra España, Asombro de la morisma, Terror general de Francia. Dejais un Cid Campeador, Un Diego Ordoñez de Lara,

Un valiente Arias Gonzalo, Y un famoso Rodrigo Arias.

Un gran Gonzalo Fernandez, Lustre y honor de mi pátria, Siendo tan grande en el nombre, Como temida su espada.

Y aquellos héroes famosos Dignos de gloriosa fama, Que eternizó sus memorias La conquista de Granada.

Celebran chusmas moriscas Vuestros cantos de cigarra, Hechos pobres mendigantes Del Albaicin al Alhambra.

Si importa celar los nombres,
Porque lo impiden las causas,
¿Por qué no vais á buscarlos
Á las selvas y cabañas?
Á las banderas francesas,
Ó las legiones romanas,
Á Cartago ó á Sagunto,
Ó á la infelice Numancia?

Mas do vuelas, pluma mia,

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Tente que vas desmandada, Que haces mal en condenar Invencibles ignorancias.

LXI.

De amor con intercadencias, Que es de linaje de pulsos, Que por momentos se mueve, Y se para por minutos, Abrenuncio.

De doncellas alcorzadas, Que siendo plantas sin fruto, Pretenden adoracion Por lo blanco y por lo rubio, Abrenuncio.

De terceras disonantes, Que pegan en mí de agudo, Teniéndome por tan necio Que no entiendo el contrapunto, Abrenuncio.

De peticiones en tercio, Hechas con trazas y estudio, Y dichas despues á versos Como salmos de Nocturno, Abrenuncio.

De damas que si os ofrecen Medio cornado de gusto, Á fuer de la vida cterna Esperan ciento por uno, Abrenuncio. De aficiones repartidas, Más que pecho ni tributo, Que en admitir variedades Son el arca del Diluvio, Abrenuncio.

De reinas en cuyas Córtes Sin guardar á nadie el turno, Habla si es rico Toledo, Y calla si es pobre Búrgos, Abrenuncio.

De tablas de malos lejos,
Damas que aunque quieran mucho,
Hacen los mismos obsequios
Al presente que al difunto,
Abrenuncio.

De las que no se enternecen No siendo de oros el triunfo, Si las tañen más guitarras Que fueron contra el Maluco, Abrenuncio.

De poetas que no escriben, Sino Apolo el rubicundo, Y por más soles que gastan No deja de hacer obscuro, Ábrenuncio.

De tiples que meten letra, Y dan tan bajo los puntos, Que podian ser polilla Del Serrallo del Gran Turco, Abrenuncio.

De cascos desvanecidos,

Bonetes que tienen humo De Nuncios del Padre Santo, Pudiendo estar en el nuncio, Abrenuncio.

De fanfarrones de la hampa, Que pretenden por lo rufo Dar a las damas en votos Lo que ellas quieren en juros, Abrenuncio.

De varas que al primer toque Cual de otro Moysen segundo, Sacan arroyos de plata De los peñascos más duros, Abrenuncio.

De discretos putativos
En el aplauso del vulgo,
Que por más que anden compuestos
Son simples en todo el mundo,
Abrenuncio.

De buenas caras al olio, Que á pura fuerza del unto Piensan dejar encubiertos Los defectos del dibujo, Abrenuncio.

De otras mil cosas que veo En estos siglos caducos, Que las hé por espresadas, Y de mí porque las sufro, Abrenuncio.

LXII.

Así Risclo cantaba En su rabel de tres cuerdas, Aquel de la tapa blanca, Y de las costillas negras. El que tiene por remate Una burlada Sirena, Divisa contra engañosas Que cantan y desesperan. Como hizo aquella fácil De cuya vez no se acuerda, Porque amor que es ave y niño, Si no le regalan, vuela. Digo pues que así cantaba Con su tiple de corneja, Oyéndole cuatro esquinas, Dos calles, y una taberna. Vamos horros en los gustos. Aldeana, que rebientas Por mostrarme, que en tu lumbre Mil corazones se queman. A lo simple nos queramos, Sea nuestra fé de cera, Cada cual siga su antojo. Pues que la gracia no es deuda. Franca de celos te hago, Porque los llamó mi abuela Brujas que á las almas niñas Les chupan la sangre nueva.

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Y yo que soy bachiller Por Alcázar de Consuegra Los comparo á los erizos Que á quien los toma, penetran.

No quiero que á nuestras vidas, Que son dos palomas duendas, Las tienten esos perados, Que la voluntad infiernan. Si te vás por la mañana, Yo te aguardaré á la siesta, Y si á la noche faltares, Dormiré aunque no parezcas.

Si quiercs tener visitas, Sin miedo puedes tenerlas, Que aunque yo esté solo un año, Vé galana á la merienda,

Y si à mi me convidaren Déjame ser Perontrellas. Ya no quiero que me digas Que un Señor de Cruz bermeja Te promete montes de oro Por galopear tu vega.

Ni tampoco que te tañan Con cajas ni con trompetas, Á que seas capitana De faldellin por bandera.

Porque pienso que lo dices Aplicando la conseja, Para que ligeras anden Mis pesadas faltriqueras.

Bien se me trasluce á mí,

Que el arco de amor se flecha Por las poderosas manos De su Consejo de Hacienda.

Vénus la Diosa de Chipre, Ya es matrona ginovesa, Guarísmo sabe su niño, Multiplica, suma y resta.

Ya el rapaz anda vestido, Las alas aforra en tela, Y el que esperanzas comia, Pavos come y tortas cena.

Á la discrecion le ha dicho Que compre, y no diga, perlas, Y á la gentileza pobre Á pintura la condena.

Con la flota está casado,
Mujer cosca y marinera
Su secretario es el dar
Un mozo que allana sierras,
Robador de voluntades,
Y cumplidor de promesas.

Por esto, aldeana mia. Quiero yo seguir la seta De aquellos cuyas entrañas Parecen carne y son piedras.

Si no merezco tus glorias, No me revista tus penas, Y si por dicha te agrado, Más verdad y menos tretas.

LXIII.

Mil años há que no canto, Porque há mil años que lloro Cuidados del mal pasado Que ha puesto fin á mis tonos.

Ingrato mundo, de tí Estoy de veras quejoso, Pues con tan poca razon Me castigas á mi solo.

Ello consiste en ventura, Que mil pecados conozco, Más graves que el mio, algunos. Y más sin castigo, todos.

Pues vive Dios que en mi vida Llevé mujer para otro, Ni he procurado privanza Por bajo ni humilde modo.

Consuélome con que el tiempo No tiene los piés de plomo, Que si es Mercurio en las alas Con sus verdades me abono.

Muchos faltan de la plaza Que los vísalir al coso, Muchos se llevan los dias, Todo se vá poco á poco.

Yo he visto con calzas largas Algun señor de los Godos, Que ya se humilla á greguiescos Como inglés, cortos y angostos. Y he visto con más salud Algun pastor boquirojo, Que paso de buey camina, Y volaba como un corzo.

Y aun alguna dama he visto
Que tiene acabado el rostro,
Con arrugas por lo mico,
Con juanetes por lo mono;
Ralo, y lamido el cabello,
Y sin pestañas los ojos,
Los dientes menos y negros,
La nariz más larga un poco;

Lácio el brio y agostado,
Y de no pocos Agostos,
Y para tener el tiempo,
Un brazo más largo que otro.

¿Más por qué me maravillo, Y con el tiempo me tomo? Los bueyes fueron becerros, Y los mastines cachorros.

Yo conocí un aguileño, Que ahora ha dado en ser romo, Y un gordo que fué muy flaco, Y un flaco que fué muy gordo. Los sombreros eran altos,

Ya son bajos y redondos, Colchones eran las calzas, Ya no consienten aforros.

Desbarrigados los sayos, Los jubones á lo corto, Lacayos se visten pita,

DE D. LUIS DE GÓNGORA. Y rameras telas de oro. Sin duda se acaba el mundo, ¡Oh! cuatro veces dichoso El que en un pobre sayal Del mundo se pone en cobro; De la premática nueva Se anda descuidado y sordo, Ni mira en seda ni en puntas, Almidon, filete, ni oro.

Y si descubren mujeres Sus bellos rostros hermosos, Dá gracias á Dios por ello, Y míralos vergonzoso.

Y aunque es el trabajo grande, De la obcdiencia, y el coro ¡Cuán bueno es saber que hay En conventos refitorio! Cuando miro las crueldades De esta nuestra edad de lodo, Aunque no la merecemos Vivir de hierro mohoso. El más bajo estado envidio

A pesar de oro le compro, Por quien yo trocara el mio, Y aun en esto hiciera poco. ¿Qué villano vá á sus viñas, Con las alforjas al hombro, Por quien no trocára Ovidio De Tristibus y de Ponto? ¿Qué marinero embreado, Ó qué velador piloto,

Qué forzado de galera Qué negro de Monicongo, Qué recuero de la Alcarria, Qué pobre importuno y roto De los de sopa Francisca Ó de Gerónimo bodrio? lOh! venturosos picaños, Que del Señor poderoso, En vagamundos corrillos Estais murmurando el toldo. No os habeis diciplinado Por la armada, ni à vosotros Os piden lanzas de ristre, Sobrándoos lanzas á todos. ¿Qué se os dá que nunca llueva, Pues el año más costoso, A un mismo tiempo comeis Pan y vino, y carne abondo? ¿Qué se os dá que vaya el Draque De nuestras naves en corso, Y que se lleve de España Los trabajados tesoros? Sobre Juanilla y Lucía A veces andais al morro, Por cuernos averiguados, No por cuidados celosos. ¿Qué Cardenal come en Roma Más seguro y más sabroso? Pues nunca á nadie en la tierra Se dió veneno en mondongo. Ya en esecto hemos nacido,

Y aunque seamos de lodo
Sabemos bien en el mundo
Quién es oveja y quién lobo.
Lleguémonos siempre al bueno,
Huyamos del mentiroso,
Que importa vivir en paz,
Sufrir mucho y hablar poco.

LXIV.

Pensó rendir la mozuela El alférez de mentira, Soldado por cien mil partes, Y rompido por las mismas. Pensó que la sujetára El gabion de la liga, Y de las terciadas plumas La crespa volatería, Y la capa verde obscura, Golpeada la capilla En más inciertos reveses Que una mula, y sea la mia, Y la salta en barca azul Con más pendientes de alquimia, Que la noche de San Juan Saca toda la Justicia, Y los greguiescos de seda Aforrados en telilla, Mucho más acuchillados Que mulatos en esgrima,

Y la espada en tiros cortos Mal pendiente de la cinta Por las obras temerosa, Por las palabras temida. Pensó con lo dicho el hombre Sujetar la mujercilla, Torciendo rubios bigotes Ayudados de alquitira, Hablandola con los ojos, Pisando de gallardia, Suspirando por la calle, Y apuntalando su esquina. Camafeo de la moza Ser el necio pretendia; Y á la verdad era feo, Aunque cama no tenia. Pero tenia un rasguño Del bigote para arriba, Que le hizo de merced El padre de las pupilas. Y aun creo que al otro lado Le hubiera hecho otra firma, À no tenerlo ocupado Con no se qué niñería, Con un cierto bofeton Que en la casa de Sevilla Llevó vencido en la entrada Con las manos menos limpias. Una, pues, alegre noche Que lo halló por su desdicha

Alumbrando con su cara Su calleja sin salida; Llegándose poco á poco Debajo la ventanilla Como estudiante francés Este salmo le decia:

Yo soy de Santo Domingo Una ciudad de Castilla, Donde aunque es de la Calzada Hay descalzas hidalguías.

Bien nacido como el sol, Gracias á los Chavarrías; Inquieto fuí desde niño Inclinado á la milicia.

Apenas tenia quince años, Cuando un dia á medio dia Dejé mi tierra por Flandes, Sepulcro de nuestras crismas;

Donde padecí peligros

Tan grandes, que juraria

Que no me halló la muerte,

Porque triunfeis de mi vida,

Cuando en el cerco de Chipre
Estaba yo en Gravelinga
Con un bravo romadizo
Sonando la batería.

Nunca salí de mi tienda, Mientras Ambers padecia, Porque no me acabó un sastre Unas calzas amarillas.

Y aun allí por gran ventura No me halló una culebrina, Que me pasó por los ojos Poco más de media milla. Otra vez que hubo en Bruselas Una pendeucia reñida, Puse paz desde un terrado Aunque casi no me oian.

Y aún me acuerdo por más señas, Que todo el mundo decia Que, á ser yo de la pendencia, Me prendiera la Justicia.

Dejé al fin guerras y Flándes,
Porque era tierra tan fria,
Y yo triste andaba enfermo
De cámaras cada dia.

Como partí de allá pobre, Atravesé á Picardía, Y en un bergantin el mar De la Rochela á Galicia.

Del golfo destas desgracias, Señora, he llegado á vista De vuestra merced, Dios quiera Que fuese en su enjuta orilla.

Bien le debo á la fortuna El fin de tantas desdichas, Mas otra fuerza mejor De todas ellas me libra.

Porque al salir de mi tierra Saqué entre muchas reliquias Algunas plumas de gallo, Pero más de la gallina. Asado vivo por vos, Y quisiera, Reina mia,

Que ya que habeis sido el fuego

Fuérades tambien parrillas.

Atenta escucha la moza
Toda su oracion prolija,
Unas veces con enfado;
Pero más veces con risa.

No le respondió palabra
Mas ella y otra su prima

Le esprimieron al asado El zumo de una jeringa.

LXV.

Á vos dijo, señor Tajo, El de las ninfas y ninfos, Boquirubios toledanos, Gran regador de membrillos;

Á vos el vanaglorioso
Por el estraño artificio,
En España más sonado
Que nariz con romadizo.

Famoso entre los poetas, Tan leido como escrito, Y de todos celebrado, Como el dia del domingo.

Por las musas pregonado Más que jumento perdido, Por rio de arenas de oro, Sin habéroslas cernido;

Llamado sois con razon
De todos sagrado rio,
Pues que pasais por en medio
Del ojo del Arzobispo.

RIBLIOTECA ESCOGIDA .- TOMO III.

Vos, que en las sierras de Cuenca, Mirad que humildes principios, Naceis de una fuentccilla Adonde se orina un risco: Vos, que por pena cada año, De vuestros grandes delitos, Os menean las espaldas Mas de doscientos mil pinos; Acordáos de todo aquesto, Y bajad el toldo, amigo, Cuando furioso regais Los jardines de Filipo; Cuando vuestras aguas sean Municiones de mil tiros. Admiracion de los ojos, Bateria de castillos: Cuando mil nevados cisnes Pasen vucstros vados frios. Cuando beben vuestras aguas Mil ciervos de Jesucristo.

LXVI.

Manzanares, Manzanares,
Vos, que en todo el acuatismo
Duque sois de los arroyos
Y vizconde de los rios,
Soberbio correis, mi pluma,
Miercoles sea corvillo
Del polvo canicular
En que os vereis convertido.

Bien es verdad que os harán Marqués de Poza en estío Los que, entrando á veros sucios, Saldrán de veros no limpios.

No os desvanezcais por esto, Que de la piedra sois hijo, Pues tomastes carne undosa En las entrañas de un risco.

Enano sois de una puente, Que pudiérais ser marido, Si al besalla en los tres ojos Le llegarais al tobillo.

Al tobillo, mucho dije, Á la planta apenas digo, Y esa no siempre desnuda, Porque calzada ha vivido. Solicitad diligente, Alcanzándoos á vos mismo, Los abrazos del Jarama,

Minotauro cristalino,
Para que sirvais la copa
Á los parientes del signo
Que lame en su pié diamantes
Y pisa en Abril zafiros.

Y sepa luego de vos
Todo cuervo masculino
Que de sus agitaciones
Está ya acabado el circo;
La rcal plaza del Fénix
De Pisuerga ilustre olvido,
Teatro de carantoñas,

Cadahalso de castigos.

Decidics á esos señores

Que há más que fueron novillos

Que serán sin duda encinas

Deste hermoso edificio.

Espectáculo feroz, Émulo de los antiguos, Mas desmentido en España De dos cañazos moriscos.

Decidles que á tanta fiesta Prevengan los más lucidos Sus martinetes de hueso, Pompa de tantos cintillos; Que estudien ferocidad,

Y de sus cotvos cuchillos, Si tienen sangre las sombras, Beban la sangre los filos;

Que salgan de los toriles Entre feroces y tibios, Sin bramar á lo casado Ni escarbar á lo gallino;

Más si escarbaren, que sea Para dar luz al abismo, O sepuleros á los muertos Que no se comicron vivos.

Toros scan de Dionides, À cuyo rocin morcillo El pienso mas venial Fué un celemin de homicidios; Que aspiren á ser leones

Para que los haga erizos,

Pluralidad generosa

De rejones bien rompidos;

Que más se querrá un bicorne

Que verse hecho un sotillo

De fresnos azafranados,

Desbarrigando pollinos.

Perdonen que el asonante Rebuzno ha hecho el relincho Del que morirá cornado, Y escudos costó infinitos.

Los menos pues criminales
Por esta vez consentimos
Que ronden, que prendan capas,
Y dén en fiado silbos:

Porque un silbo es necesario Para cómicos delitos, Municion de mosqueteros Que pretende por amigos;

Que al fin para embravecerse Vacunos armen garitos Que juego del hombre, padre De chachos ó de codillos;

Y á fé que reyes fallados Y matadores vencidos Hagan á los bueyes toros Y á los toros basiliscos.

LXVII.

Érase una vieja De gloriosa fama Amiga de niñas, De niñas que labran. Para st contento Alquiló una casa Donde sus vecinas Hagan sus coladas. Con la sed de amor Corren á la balsa Cien mil sabandijas De natura varia, A que con sus manos, Pues tiene tal gracia Como el unicornio Bendiga las aguas. Tambien acudia La viuda honrada, Del muerto marido Sintiendo la falta, Con tan grande estremo

Que allí se juntaba A llorar por él Lágrimas cansadas.

LXVIII.

Al pié de un álamo negro, Y más que negro bozal, Pues há tanto que no sabe Sino gemir y callar,

Algo apartado de Esgueva,
Porque el sucio Esgueva es tal,
Que ni aun los álamos quieren
Dalle sus piés á besar,

Estaba en lo más ardiente De un dia canicular, Entre dos cigarras, que Le cantan el sol que fà, Un miércoles de ceniza, Vestido de humanidad, A cuya mesa ayunaron Los martes de Carnaval, Un hidalgo introduciendo En las cuchilladas paz De un follado incorregible, Puesto que mayor de edad; Que la vejez de unas calzas Desgarros contiene más Que la juventud traviesa Del cantado escarraman. Repararlas pretendia, Si se pueden reparar Cuchilladas tan mortales

Con una aguja no más.

Mecánica valentía,
Bien que su temeridad
Lo va entrando en un confuso
Laberinto criminal.

Donde fincára, no obstante Que con fin particular Envaine su dueño el mismo Dedalísimo dedal;

Porque le ha metido el hilo Y ha de quedarse ó andar Requiriendo á fojas ciento Las verdes bragas de Adan.
Congójalo esto de suerte,
Que desatado nos da
Lo rengifo en el sudor
A veinte mil el millar;
Porque el sudor de un hidalgo
Todo ha de ser calidad,
Tanto, que su escarpin diga
Á cien pasos el solar.

Mayores el sol hacia Las sombras del árbol ya, Cuando el prado pisó alegro La portada del lugar.

Temiendo porque la gente No gustase de pasar Por las que fueron calzadas · A vista del arrabal,

Justicia en dos puntos hecho, Si vara de tafetan, Por lo menos llama cuantos De laton esbirros tráe

Alfileres que le prendan Lo que pendiendo de atrás Nos hacia su pendencia Sentir no bien y ver mal.

Consiguiólo y atacando
Las que por su antigüedad
Primadas fueron de España,
Á mi voto en Portugal;
Á solicitarse fué
Dos mulas de cordobán.

Que le hierran de ramplon Vecinos de Fregenal.

Infante quiere seguir À los Principes que iran Con Su Majestad à Irun El Octubre que vendra.

Previene, pues, carruaje, No alegue anterioridad, Cualque Marques de Alfarache. Ó Conde de Rabanal.

Porque si no, Montesino Montañas desea catar A Francia, y con el de Guisa Tener estrecha amistad:

Que tanta hambre, no solo Cata á Paris la ciudad, Sino á la mesa redonda Do los doce comen pan.

Penetrar quiere aquel reino, Pues à la necesidad Debe cuanto lemosino En Francia puede gastar.

Seguro de encontrar nones Donde tantos pares hay, Si ya no es que en latin Son más francos que en vulgar.

No está España para pobres, Donde esconde cada cual En el arca de Noé Lo que vais á demandar.

Las espaidas vuelven todos

Al pedir con prisa tal,
Que al que buscais con un peto
Le hallareis con espaldar.
Esto, pues, hará à Rengifo
Llevando más de real
En las venas que en la bolsa,
Seguir á Su Majestad.

LXIX.

«Ensíllenme el asno rucio Del alcalde Anton Llorente, Dénme el tapador de corcho Y el gaban de paño verde, »El lanzon en cuyo hierro Se han orinado los meses, El casco de calabaza Y el vizcaino machete, »Y para mi caperuza, Las plumas del tordo dénme, Que por ser Martin el tordo, Servirán de martinetes. »Pondréme el orillo azul Que me dió para ponelle Teresa la del Villar, Hija de Pascual Vicente; >Y aquella patena en cuadro, Donde de laton se ofrecen La madre del virotero Y aquel dios que calza arneses, "Tan en pelota y tan juntos, Que en ciegos mudos los tienen,

Al uno redes y brazos Y al otro brazos y redes; »Cuyas figuras en torno Acempañan y guarnecen Ramos de nogal y espinas, Y por letras pan y nueces.> Esto decia Galayo Antes que al tajo partiese Aquel yegüero lloron Aquel jumental ginete, Natural de dó nació De yegüeros descendiente, Hombres que se proveen ellos, Sin que los provean los reyes. Tragéronle la patena, Y suspirando mil veces, Del dios garañon miraba La dulce Francia y la suerte. Piensa que será Teresa La que descubren y prenden Agudos rayos de envidia Y de celos nudos fuertes. »Tcresa de mis entrañas. No te gazmies ni ajaqueques; Que no faltarán zarazas Para los perros que muerden. »Aunque es largo mi negocio, Mi vuelta será muy breve,

El dia de San Ciruelo
Ó la semana sin viernes.

No te pareces á Vénus,

Ya que en verdad le pareces,
En hacer de tantos huevos
Tantas frutas de sartenes.

Cuando sola te imagines,
Para que de mi te acuerdes,
Ponle á un pantuflo aguileño
Un reverendo boneto.

»Si creciere la tristeza, Una lonja cortar puedes De un jamon, que bien sabra Tornarte de triste alegre:

»¡Oh como sabe la lonja
Más que á todos cuantos leen,
Y rabos de puercos más
Que lenguas de bachilleres!
»Mira, amiga, tu pantuflo,
Porque verás si lo vieres,
Que se parece á mi cara
Como una leche á otra leche.

Acuérdate de mis ojos,
Que están cuando estoy ausente
Encima de la nariz,
Y debajo de la frente.»
En esto llegó Bandurrio,
Diciéndole que se apreste;
Que para sesenta leguas
Le faltan tres veces veinte.

Á dar, pues, se parte el bobo Estocadas y reveses Y tajos orilla el Tajo En mil hermosos broqueles.

LXX.

Dejad los libros agora, Señor licenciado Ortiz, Y escuchad mis desventuras, Que á fé que son para oir.

Yo soy aquel gentil hombre, Digo, apuel hombre gentil, Que por su Dios adoró A un cieguezuelo ruin; Sacrifiquele mi gusto, No una vez, sino cien mil, En las aras de una moza Tal cual os la pinto aquí.

El cabello es de un color Que ni es cuarto ni florin, Y la relevada frente Ni azabache ni marfil.

La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de quis vel qui;
Entre cuyos bellos rayos
Se deriva la nariz,
Terminando las dos rosas
Frescas señas de su Abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí
Esmaltado entre el aljófar
Que el alba suele véstir;

El aliento de su boca, Todo lo que no es pedir, ¡Mal haya yo si no escede Al más suave jazmin!

Con su garganta y su pecho No tienen que competir El nácar del mar del Sur, La plata del Potosí,

La blanca y hermosa mano Hermoso y blanco alguacil De libertad y de bolsa, Es de nieve y de nebli.

Lo demás, letrado amigo, Que yo os pudiera decir, Por mi fé que me ha rogado Que lo calle el faldellin;

Aunque por brújula quiero, Si estamos solos aquí, Como á la sota de bastos Descubriros el botin.

Cinco puntos calza estrechos; Esto, señor, basta al fin; Si hay serafines trigueños La moza es un serafin.

Pudo conmigo el color, Porque una vez que la ví Entre más de eien mil blancas, Ella fué el maravedí;

Y porque no sin razon El discreto en el jardin · Coge la negra violeta Y deja el blanco alhelí.

Dos años fué mi cuidado

Lo que llaman por ahí

Los jacarandos respeto,

Los modernos tahalí;

En cuyos alegres años

Desde el ave al peregil,

Por esta negra Odicsea

La bucólica le dí.

Sus piezas en el invierno Vistió flamenco tapiz, Y en el verano sus piezas Andaluz guardamecí.

Hoy desechaba lo blanco, Mañana lo carmesí, Hasta que en la peña pobre Quedó hermitaño Amadis.

Preguntadlo á mi vestido Que riendose de mí, Si no habla por la boca, Habla por el bocací.

Ya iba quedando en cueros À la lumbre de un candil, Casi pasando el estrecho De no tener y pedir; Cuando, Dios en horabuena,

Me fué forzoso partir

À la ciudad de la corte,

À la villa de Madrid.

Comenzó á mentir congojas

A suspirar y gemir

Mas que viuda en el sermon De su padre fray Martin. Dijo que acero seria En esperar y sufrir; Fué despues cera, y sí acero. Ella se tomo de orin. Ternisima me pidió Que, ya que quedaba así La ovciuela sin pastor No la deje sin mastin; Y así le dejé un mulato Por espia y adalid, Que á mí me espió en saliendo, Y se lo vino à decir; Dejéle en su antiguo lustre, Y luego que me partí Echó la carnaza afuera; ¡Oh maldito borceguí! Púsome el cuerno un traidor Mercadante corchapin; Que tiene bolsa en Oran É ingénio en Mazalquivir; Rico es y mazacote De los más lindos que ví, Precioso, pero pesado Como palo de Brasil. ¡Oh interés, y cómo eres, Ó por fuerza ó por ardid., Para los diamantes sangre, Para los bronces buril! Deme Dios tiempo en que pueda Tus proezas escribir, Y quítemelo en buen hora Para los hechos del Cid.

Y vos, tronco, á quien abraza La más lujuriosa vid Que este lagrimoso valle Ha sabido producir,

Vivid en sabrosos nudos, En dulces trepas vivid Siempre juntos, á pesar De algun loco paladin.

LXXI.

Comadres, las mis comadres, Con quien tuve, no lo niego, Correspondencias quebradas Tocantes al trato muerto; Mucho del bello placer Y mucho del placer bello, Que si triaca me distes Ponzoña bebí primero; Todas mezclais [mal pecado] Favores con menosprecios, Esperanzas con agravios, Con fé grande, grandes celos. Oidme si estais despacio; Que os doy voces desde lejos, Sentado al tronco de un pino. Testigo de mi destierro.

Ya sabeis que entre vosotras
Tuve solaces diversos,

Siblioteca escocida.—Tomo III.

En verano en lo regado Y en el hogar el invierno;

Y que en Marzo entre mis arcas. Anduvo tan grande cierzo, Que de ellas me aventó el oro De la hija de mi suegro.

Para pagar este soplo

Vine á vender mis barbechos;

De ellos la cadena sale;

Los botones ya los tengo.

Esto, amigas y señoras, Se quede aquí, porque quiero Deciros cuál volveré Ante vuestro acatamiento:

Porque si me reservais
De algunos forzosos censos,
Visite vuestros estrados,
Y si no, que huya de ellos.

En las fiestas de tres altos Sortijas, toros, torneos, Del libro de vuestros vivos Me podreis borrar por muerto;

Que si me pedís ventanas, Diré que veais los juegos En las de vuestras narices, Puestas en el primer suelo.

Comedia con arrequives
De soledad y aposento
Para las graves y esotras
Alhombra con silla en medio.
Merienda, rios, aguadores

Que porteen vuestros cuerpos, Puerta de Guadalajara Y tercios de cara os vedo: Porque la media ataujia. Medida con flacos dedos, Helada, espumilla y cortes No lo sufre mi decreto. La preñada que tuviere Antojos de terciopelo, Que los trueção en damerías. Vinagre, barros ó yeso; Si el sábado la toquera Ó el portugués que dá lienzo Viniere estando yo allí, Que pagueis sin pedir trueco; Que aunque pasen por la calle Innumerables fonteros No desplegueis vuestras bocas, Y el por qué á mi Dios lo dejo. En pago de esta exencion, Obligo mi pobre pecho A todos los menoscabos Que puede sufrir un ciervo. Ellas son bajezas grandes, Yo pecador las confieso; Más contra necesidades ¿Qué pundonor habrá enhiesto? Si estando yo con vosotras Viniesen vuestros don Diegos, Que como á piedra sin fruto Me lanceis á cualquier centro; Que no llame á vuestras puertas Si no de tal á tal tiempo, Porque no espante la caza Si aguardais penantes frescos;

Que aunque seais más comunes Que fué la estrella de Vénus, Jure que estais más cerradas Que en Vizcaya los conceptos; Que no tome silla baja

Ni os pueda tocar el pelo, Hasta que con castañeta Me llameis como á podenco;

Que aunque necias y afcitadas Esteis, os salude el gesto Como en Franca, y os escuche Seis horas sin rallo en medio.

No se ha visto sufridor En todo el mundo universo, Cuya paciencia por yunque Quetrante tan pocos yerros.

Prolijo he sido, señoras; Que como estoy en el yermo, Ajeno de ocupaciones, Escribo más que diez presos.

Pues teneis más secretarios Que tiene el mundo secretos, Respondedme, aunque negueis La paz de nuestros conceptos.

De esta tierra bruta y sola Á dos del mes en que el cuerno Derrama Amaltea hermosa, DE D. LUIS DE GÓNGORA.

De fruta y de flores lleno.

LXXII.

Apeòse el caballero
(Vispera era de San Juan)
Al pié de una peña fria,
Que es madre de perlas ya,
Tan liberal, aunque dura,
Que al más fatigado más
Le sirve en fuente de plata
Desatado su cristal.
Lisongeado del agua,
Pide al sol, ya que no paz,

Lisongeado del agua, Pide al sol, ya que no paz, Templadas treguas al menos, Debajo de un arrayan.

Concedióselas, cuando Vió venir de un colmenar Muchos siglos de hermosura En pocos años de edad, Con un cántaro una niña, Dígo, una perla oriental,

Digo, una perla oriental, Arracada de su aldea, Si no lo es de la beldad.

Cantando viene contenta, Y valiente por su mal (Clavija hecha instrumento), Este atrevido cantar:

«Al campo te desafia La colmencruela; Vén, Amor, si eres dios, y vuela; Vuela, Amor, por vida mia; Que de un cantarillo armada, En la estacada Mi libertad te espera cada dia. »Este cántaro que ves Será contra tu fiereza Morrion en la cabeza. Y embrazándolo, pavés. Si ya tu arrogancia es La que solia, Al campo te desafia La colmeneruela; Vén . Amor . etc. » Saludóla el caballero, Cuyo sobresalto al pié Grillos le puso de hielo, Y yendo á limallos él, Amor, que hace donaire Del más bien templado arnés, Embebida ya en el arco Una saeta cruel, Perdona el pavés de barro, No á la que embraza al pavés, Escondiéndole un arpon

No á la que embraza al pavés
Escondióndole un arpon
Donde las plumas se ven.
Llegó el galan á la niña,
Y en un bello rosicler
Convirtió el color morado,
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes vé

Y brillar espuelas de oro,

DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Dulce le miró y cortés.

Lo lindo al fin, lo luciente,

Si la saeta no fué,

Esta lisonja afianza,

Que ella escucha sin desdén:

«Colmenera de ojos bellos

Y de labios de clavel,

¿Que hará aquel

Que halla flechas en aquellos

Cuando en estos busca miel?

Dimelo tú, y sépalo él;

Dimelo tú, si no cres cruel.

»Colmeneruela animosa

Contra el hijo de la diosa,

Si vé tus ojos divinos

Y esos dos claveles finos,

¿ Qué hará aquel, etc.»

Desde el árbol de su madre,

Trincheado Amor alli,

Solicita la venganza

Del montaraz serafin.

Segunda flecha dispara,

Tal, que con silbo sutil

Las plumas de la primera

Las viste de carmesí.

Tomóla el galan la mano,

Cometiéndola á un rubí

Que le prenda el corazon

En un dedo de marfil.

La sortija lo ejecuta,

Y Amor, que fuego y ardid

Está fomentando en ella, Le hace decir así:

«Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,
Que tengo la madre brava,
Y el veros será mi fin.»
Él, contento, fia su robo
De las ancas de un rocin;
Y ella, amante, ya en su fuga.
Del caballero gentil.

«Decilde á su madre, Amor, Si la viniere á buscar, Que una abeja le lleva la flor A otro mejor colmenar; Picar, picar, Que cerquita está el lugar.

»Decilde que no se aflija.

Y perdone al llanto tierno, Pues grangeó galan yerno Cuando perdió bella hija.

»El rubí de una sortija

»El rubi de una sortija Se lo podrá asegurar, Que una abeja le lleva la flor À otro mejor colmenar.»

LXXIII.

Al campo salió el estío Un serafin labrador, Que el sol en su mayor fuerza No puede ofender al sol, Bien que de su blanca frente Ventecillo adulador, Si aljófares suda el nácar, Aljófares le enjugó.

A dorar, pues, con su luz Tantas espigas salió, Cuantas al pié se le inclinan Sin esperar á la hoz;

Que no puede una beldad,
Si la tierra dos á dos
Emulos lilios aborta
Del pié que los engendró;
Porque no pise rastrojos
La alba de Villa Mayor,
Sol de Uclés, y de Cupido
El más luciente arpon.

Segador. ¿Á qué salió, Amor, me digas, Tu mayor gloria?

AMOR.

Á segar

Más almas con el mirar Que tú con la hoz espigas.

Segador. Si lo mejor ya te dí

Que en tus altares humea,

Vuelva hoy, Amor, á la aldea

Tan libre como salí.

Amor. ¿Tienes alma?

SEGADOR.

Crco que sí.

Amon. Pues ¿qué aguardas, segador, Si yo, con ser el Amor Sus armas temo enemigas?

Segador. ¿Á qué salió, Amor, me digas, Tu mayor gloria? AMOR.

A segar

Más almas con el mirar Que tú con la hoz espigas.

LXXIV.

Contando estaban sus rayos Aún las más breves estrellas En el cristal que guarnecen Los claros muros de Huelva,

Cuando á las serenidades Cometieron dulce ofensa, De la playa y de la noche Poco leño y muchas quejas.

¡Ah cómo gime,

Más ¡ay cómo suena

El remo á que nos condena

El niño Amor!

Clarin que rompe el albor No suena mejor.

Quejas de un pescadorcillo,. Honor de aquella ribera, Que una roca solicita, Sorda tanto como bella.

Con un remo y otro creo (Ondas terminando y tierra) Que su fé escribe en el agua, Que su fé, escribe en la arena.

¡Ay cómo gime!

Más ¡ay cómo suena

El remo á que nos condena

El niño Amor!

Clarin que rompe el albor No suena mejor.

Lisonja del Occéano
Fué, y de la noche tambien,
Cuanta celebra beldad
Y cuanto acusa desdén.
Del llanto pues numeroso
Lo que pudo recoger,
Apesar de las tinieblas,
Eco piadoso, esto fué:
Viva mi fé,
Viviré como desdichados,
Viviré.

Moriré.

Dulce escollo, que aun agora Raya el sol que no se vé, Viva mi fé.

Si eres alabastro el pecho,
Cuando no cristal el pié;
Viviré como desdichado.
¿Qué roca de tí no sabe
Aun más de lo que yo sé?
Viva mi fé.

Pues tu nombre en tu dureza
Con tu dureza grabé,
Viviré como desdichado.

Desátenme ya tus rayos;
Que no los perdonaré.
Viva mi fé.
Sepulcro el mar á su abuelo.

Sepulcro el mar á su abuelo, Si no á Licidas, le dé, Viviré como desdichado. Salió Cloris de su albergue, Dorando el mar con su luz,

Por señas que á tanto oro Holgó el mar de ser azul.

Cáñamo anudando, engaña

El ejercicio comun,

Esto fiando del viento,

Y él lo escuchó con quietud:

»Pues nacistes en el mar

Nadad, Amor, o creed

Que os ha de pescar la red Que veis agora anudar.

Par, par, par;

Que vuela y sabe nadar.

»Ciego nieto de la espuma

Par, par, par;

Mónstruo con escama y pluma,

Par, par, par;

Nadad, pez, y volar, pato,

Par, par, par;

Que en estas redes que trato

El pato habeis de pagar.

«Pues nacistes en el mar,

Nadad, Amor, ó creed

Oue os ha de pescar la red

Que veis agora anudar

Par, par, par;

Que vuela y sabe nadar.

LXXV.

Cuando estuvo en Cuenca D. Luis.

En los pinares de Júcar Ví bailar unas serranas Al son del agua en las piedras Y al son del viento en las ramas.

No es blanco coro de ninfas De las que aposenta el agua Ó las que venera el bosque, Seguidoras de Diana.

Serranas eran de Cuenca, Honor de aquella montaña, Cuyo pié besan dos rios Por besar dellas las plantas.

Alegres corros tegian,
Dándose las manos blancas
De amistad, quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.

¡Qué bien bailan las serranas, Qué bien bailan!

El cabello en crespos nudos Luz dá al sol, oro al Arabia, Cuál de flores impedido, Cuál de cordones de plata.

Del color visten del cielo, Si no son de la esperanza, Palmillas que menosprecian Al zafiro y la esmeralda. El pié (cuando lo permite La brújula de la falda) Lazos calza, y mirar, deja Pedazos de nieve y nacar. Ellas, cuvo movimiento Honestamente levanta El cristal de la coluna Sobre la pequeña vara, ¡Qué bien bailan las serranas! ¡Qué bien bailan! Una entre los blancos dedos Hiriendo lisas pizarras, Instrumentos de marfil, Que las musas lo envidiaran, Las aves enmudeció Y enfrenó el curso del agua; No se movieron las hojas, Por no impedir lo que canta: Serranas de Cuenca Iban al pinar, Unas por piñones, Otras por bailar. Bailando y partiendo Las serranas bellas Un piñon con otro Si ya no es con perlas, De amor las saetas Huelgan de trocar, Unas por piñones, Otras por bailar. Entre rama y rama Cuando el ciego Dios

Pide al sol los ojos Por verlas mejor, Los ojos del sol Las vereis pisar Unas por piñones Otras por bailar.

LXXVI.

En el baile del egido (Nunca Menga fuera al baile) Perdió sus corales Menga Un disanto por la tarde (1). Dicen que se los dió en ferias Tres o cuatro dias antes El Piramo de su aldea. El sobrino del alcalde. Los corales no tenian Los estremos que ella hace, Y porque de cristal fuesen, Lloró Menguilla cristales. ¿Quién oyó, zagales, Desperdicios tales, Que derrame perlas Quien busca corales? Veinte los buscan perdidos. Y no es mucho en casos tales, Que un perdido haga veinte, Pues un loco ciento hace. En el egido los buscan;

⁽¹⁾ Otros leen: un dia santo.

Que yendo Menga á lavarse, Se los dejó entre la juncia Del arroyo de los sauces,

Do en pago de su blancura Menosprecian arrogantes Blancas espumas que orlan (1) El verde florido márgen;

Que la nieve es sombra oscura Y el marfil negro azabache Con la garganta de Menga, Coluna de leche y sangre.

¿Quién oyó, zagales, etc?

Ya el cura se prevenia De los antojos, que saben En rúbricas coloradas Hacer las letras mas grandes,

Cuando albricias pidió á voces
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.

Los ojos fueron de antojos, Los que descubrieron antes. En la juncia los claveles, En la arena los granates.

Y viendo purpurenr; Las rojas prendas del ángel, Al son dijo del salterio Que tañia Gil Perales; ¿Quien oyó, sagales

⁽¹⁾ Otros dicen : que tenia.

Desperdicios tales,

Que derrame perlas

Quien busca corales?

LXXVII.

Los mentes que al pié se lavan En los cristales del Tejo Cuando las frentes se miran En los záfiros del cielo, Tiranizados tenia Un cerdoso animal fiero, Terror del campo y ruina De venablos y de perros. Buscándolo crrante un dia, Perdido un galan montero, Segunda envidia de Marte Primer Adonis de Vénus, Escalando la montaña Y penetrando sus senos Lo dejó la blanca luna Y lo halló el luciente Febo. ¡Oh, perdido primero Tras un jabali fiero, No te pierdas agora Tras esa que te huye cazadora! La luz le ofreció una ninfa, Que en duda pone á los cerros À cual se deben sus rayos, Al sol ó á sus ojos bellos. De tres arcos viene armada, El uno contra los ciervos.

Contra los hombres los dos Blanco el uno, los dos negros.. De un cordon atraillado Un diligente sabueso,

El viento solicitaba.

Y desafiaba el viento:

Apenas vió el jóven cuando. Las cumbres vence huyendo Él la sigue, ambos calzados. Ella plumas y el deseos.

Oh perdido! etc.

Flores le valió la fuga Al fragoso verde suelo, Varias de color, y todas Hijas de su pié ligero.

Á las malezas perdona Mal su fugitivo vuelo, Ellas, si, al coturno de oro Engastes al cristal tierno «¡Oh cobarde hermosura! Dice el garzon sin aliento. No huyas de un hombre más. Que sabes huir del tiempo.»

Volviendo los ojos ella Por flecharle más el pecho, De que le alcance aun la voz. Acusa al aire con ceño.

¡Oh , perdido primero Tras un jabalí fiero, No te pierdas agora Tras esa que te huye cazadora!

LXXVIII.

Sin vela y sin esperanza Rompe el mal seguro leño Su screnidad al mar, Y á la noche su silencio; Un pobre pescadorcillo, Auscnte de sus deseos Lo que hay del mar andaluz A los valencianos senos. A calar salió sus redes: Mas el hijuelo de Vénus, Suspendiéndole de oficio, Le condenó á pensamientos. A dulces memorias dado. Y arrebatado á su cielo. Los remos deja á las aguas Y la rey ofrece al viento. ¡ Barquero, barquero, Que se llevan las aquas los remos! No teme enemigas velas O de renegado griego Ó de enemigo pirata De la laguna al estrecho; Porque el amor lo asegura, Que no hay corsario tan fiero, Que para un cuerpo sin alma Embista un bajel sin dueño. Y así la incierta derrota Prosigue, velando en sueños,

Animosamente vivo
Humilde pescador muerto.
Lágrimas vierten sus ojos,
Suspiros lanza su pecho
Por pagar al mar y al aire
Forzados y marineros.
¡Barquero, barquero,
Oue se llevan las aguas los remos!

LXXIX.

En dos lucientes estrellas, Y estrellas de rayos negros, Dividido he visto el sol En breve espacio de cielo.

El luciente oficio hacen De las estrellas de Vénus, Las mañanas como el alba, Las noches como el lucero.

Las formas perfilan de oro, Milagrosamente haciendo, No las bellezas oscuras, Sino los oscuros bellos;

Cuyos rayos para él Son las llaves de su puerto, Si tiene puertos un mar Que es todo golfo y estrechos.

Pero no son tan piadosos, Aunque sí lo son, pues vemos Que visten rayos de luto Por cuantas vidas han muerto.

LXXX.

Cloris el más bello grano, Si no el más dulce rubí De la Granada á quien lame Sus cáscaras el Genil,

Enjaulando unos claveles, Estaba en el Jaraguí, Purpúreas aves con hojas, Muda pompa del Abril,

Bien que muda su fragancia Era un canoro ámbar gris, Que ella no oye por ser roma, Sorda, digo, de nariz.

De cañas labra sutiles Prision tan cerrada al fin, Que el aire dudaba entrar Porque dudaba salir.

Entre estos nudos abeja, Que haciendo puntas mil, Tratar quiso como á flor Un ruiseñor carmesí,

Pagára su golosina Al cerrar la clave, si En el quinto no pecára Mandamiento de marfil.

Un dedo picó, el menor De la arquitecta gentil, Juzgándolo quinta hoja De una blanca flor de lís. Cuánto lo siente la moza Otro lo diga por mí, Que de casos criminales Soy coronista civil.

Lloró aljófar, lloró perlas, l'ienso yo que un celemin, Y aun este pienso no es mio, Puntualmente fué así.

Discursos ha hecho el ócio, Y aun se ha dejado decir Que la abejuela era breve Y el ceguezuelo ruin.

Mal venerado el Amor

Deste romo serafin,

Sus armas envainó todas

En el aguijon sutil.

Ganando, pues, cielo á dedos El rapaz con este ardid, Perdió Cloris tierra á palmos Entre uno y otro alhelí.

Solicitábala entonces El señor don Belianís, Mostachos hasta los tufos, Con rumbos de paladin.

Tenia de mai francés Lo que de obispo Turpin, Y en español la dejó Trompa hecha de París.

Dió pares luego uno a Francia Que estaba lejos de allí, Si no al Darro, al Dauro digo. Y aun güele mal en latin. Glorioso cupidillo, En las ramas de un jazmin Colgando sus agridulces Instrumentos de herir,

A enjaular fiores convida Las damas del Zacatin En cañas cuantas refinan Los trapiches de Motril.

LXXXI.

Por una negra señora Un negro galan doliente Negras lágrimas derrama De un negro pecho que tiene. Hablóle una negra noche, Y tan negra, que parece Que de su negra pasion El negro luto le viene, Lleva una negra guitarra, Negras las cuerdas y verdes, Negras tambien las clavijas, Por ser negro el que las tuerce. «Negras pascuas me dé Dios, Si más negro no me tienen Los negros amores tuyos 'Que el negro color de allende. >Un negro favor te pido, Si negros favores vendes, Y si con favores negros Un negro pagarse debe.»

La negra señora entonces,
Entafada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:

«Vaya muy en hora negra
El negro que tal pretende,
Que para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.»
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuese.

LXXXII.

En aquel siglo dorado. Cuando floreció Amadis Y el mes de Mayo vivia Pared en medio de Abril, En unas vistas secretas Detrás de un zaquizamí, De la sabijonda Urganda Tuvo un hijo Gaudalin, Mas valiente que Macías, Mas derretido que el Cid, Más sabido que Roldan, Más membrudo que Merlin. Este andaba á caza y pesca. Por la orilla del Genil, En la mano esparavel Y en los hombros un neblí. Al filo de medio dia,

No más que por su nariz, Señalaba las doce horas En el tronco de un brasil: A la sombra que hacian Cuatro flores de alhelí, Aquejado de la hambre, Que era comedor gentil, Sacó poquito á poquito De las bolsas de un cojin Dos varitas de virtudes De traza y valor sutil; Y vuelta la cara al cielo, Porque habia de estar asi Tomando la mayor de ellas. Le comenzó de decir: «Varica, la mi varica, Por la virtud que hay en tí Pues que gerigonza entiendes, Que me traigan que mugir.» Apenas cerró los labios, Cuando al son de un añafil Vió ponerse unos manteles De delgado caniquí, Un barril de vino blanco Y de tinto otro barril, Del metal de las entrañas Del cerro de Potosi: Dos cuchillos de Malinas

Y un salero de marfil Y un platillo de ensalada De yerbas trescienças mil;



No por falta de tenella, Que una que le dió su madre Le perdió la lavandera, Su jubon por zaragüelles Y el sombrero por chinelas, Y por reposo del cierzo Una capa de bayeta; Al sol, que muerto de risa, De lástima le calienta Esto cantaba Fernandez Cosiendo sus pedorreras: «Desdichado del hidalgo Que con sobra de nobleza Y con falta de dincro Viene á pleitear á esta tierra. »Soy de Cangas de Tineo, Desciendo por línea recta Del infante Don Pelayo; ¡Ved que honrada descendencia! »Y agora por mi desdicha Venido sov á esta tierra. Dó traigo sobre una moza Un pleito con una vieja. >Levantóme la falsaria ¡Jesucristo me defienda! Que fuí malo de mi cuerpo En un molino con ella. »Y aunque el falso testimonio No para aquí, porque llega

À que con doce testigos Prueba que estaba doncella. »No sé quién jurar tal pudo, ¡Defienda Dios mi inocencia, Que bien sé que soy de carne Y tengo algunas flaquezas,

»Más, decid, testigos falsos, ¿Cuándo en Castilla la Vieja Vido el cielo cuervos blancos Ni doncellas montañesas?

Dejando el pleito á una parte Ya que el pleito no me deja, Aunque no para medrar, Para echar la sarna afuera,

À ruego de buenos hombres,
 ¡Pluguiera á Dios no los viera!
 Asente con un pleiteante
 En San Martin de la Vega.

»Por la costa concertarios De serville esta cuaresma, Dó à pura fuerza de ayunos Me han convertido en poeta.

»Pensarán que estoy burlando; Pues no es así como quiera, Que del trato de mi amo Hago agora una comedia.

>Toda la primer jornada
Trata de que nunca almuerza,
La segunda que no come,
La tercera que no cena.>

FIN.

INDICE.

	PÁGINAS.		
	PAGINI		
		,	
		1	
	Canciones. Levanta, España, tu famosa	•	
	in famosa	34	
Biografia	Canciones. España,	37	
sonetos.	Levalita colo cuito.	33	
-	piadoso hoy con	40	
	Canciones. L. Ala Armada INVENCIBLE. — Levanta, España, tu famosa diestra. — Levanta, España, tu famosa diestra. — Levanta, España, tu famosa diestra. — Levanta, España, tu famosa li Al sepulcro de Garcilaso de la Vega — Piadoso hoy celo culto. R. Al sepulcro de Garcilaso de la Vega — Piadoso hoy celo culto. — Suene la trompa bélica. R. Al sepulcro de Garcilaso de la Vega — Ponde las altas ruedas. R. Corcilla temerosa. — Donde las altas ruedas.	75	
	diestra de Garcilaso de Suene la	£3	
	Al sepulcio da de Cambero		
	II. A los Lusian is anno ponde las altas	43	
	III. A torcilla temerosa de Hiro.—Don	. 45	
	I. diestra diestra Al sepulco de Garcilaso de la Yego II. A los Lusiadas de Camoens. Sueno la trompa III. A los Lusiadas de Gamoens. Sueno la trompa IV. Corcilla temerosa. IV. A D. Diego Lopez de Hato.—Donde lasaltas ruedas. V. A D. Diego Lopez de Hato.—Donde lasaltas ruedas. V. A D. Diego Lopez de Hato.—Donde lasaltas ruedas. V. A D. Diego Lopez de Hato.—Donde lasaltas ruedas. V. A D. Diego Lopez de Hato.—Donde lasaltas ruedas.		
	Vuelas, ou to de Huelva da wills flores	18	
	II. Al sepulcro de Gardens.—sucus III. Al os Lusiadas de Camoens.—sucus III. Corcilla temerosa. IV. Corcilla temerosa. V. A D. Diego Lopaz de Haro.—ponde las altas ruedas. VI. Vuelas, oh tortolilla. VII. Del mar y no de Huelva. VII. Del mar y no de Huelva. VIII. Del mar y no de Huelva. VIII. Del mar y no de Huelva. VIII. Del mar y no de Huelva. Alente cuna.		
	VII and ddille - silia		
	VIII. A throat pastorem A la pendida		
	A una goton Nuño una gama 105COS.)S.—	0
	Tenia Maria de burios burios principes con		j.
	IX. Dichosa pastrina.—A la X. A una golon-trina.—A la X. A una golon-trina.—A la X. A una golon-trina.—X la X. Tenia Mari-Núño una gallina. Tercetos burlescos. Tercetos burlescos. Tercetos favores de los principes cortesano. I la poco que hay que fiar de los favores de los principes cortesano. Signal haya el que en soñoros idolatral. Fabula de Polífemo y Galatea. Décimas. Techado vi con rigor.		
	que fiar de los idolatral		
	and que hay que señores tudio		70
	A lo pool hava el que en Galatea	• • • • • •	72
	to de Politica		73
	Fabula de Pado VI con Figure		
1	massis. The visto at the same	Dane	71
	A lo poco que hay que en soñores tude. ¡Mal haya el que en Galatea. Décimas. I. Amorosas.—Flechado vi con rigor. II. Otras.—Pintado he visto al Amor. III. Liricas.—El pensar como pensar. III. Liricas.—El pensar como pensar. IV. Fànebres.—A la muerte de D. Rodrigo, Calderon—C. acero fatal. V. Contra las costumbres.—Ya de mi dulce instrumenta de costum venerables que son.		75
	II. winter muchic as	10	78
	III. Interpres A la ma		-
	11. aprolatamhr(8. con		70
	gentra las o manerables 4 14, las solos		. 8(
	v. Contro Guan venerar mal di tuo	· · · · · · · · · · · · · · · · · · ·	8
	VI. Or de los que de la estateta pasada		
	v. Contra las costumbres.— la ue son contra las costumbres que son v. Cotras.— Cuán venerables que son la Soledades.— vii. Contra los que dijeron mal d. las Soledades.— viii. Contra los abido		
	and dama septital cual		
	VIII: A who jurisprudencia		
	IX. 104 12		

ÍNDICE

X. 4.	
A la much	
XI. Madrid del Conde de ver	
A un poeta	PAGIN
- Ya de las e Menu	TOTA
I. A la muerte del Conde de Villamediana. — Mentidero II. A un poeta. — Ta de las flestas Reales. Letrit.	de
Madrid	8
III. A vaga esperano de mi	8
IV. A dun Fulano de Mia.	0,
I. Aprended, flores, de mi II. La vaga esperanza mia. IV. A dos hijos de un zapatero. J. Aur Futano de Arroyo.—Arroyo ten quá. V. Dineres son con zapatero.	
II. La vaga esperanza mia. III. Au Fulano de Arroyo.—Arroyo Jen qué ha de parar. IV. A dos hijos de un zapatero.—Los dineros del sacristan. VI. Si las damas de la córte. VII. Un buhonero ha empleado. VII. Que pida à un.	. 82
VI. Si las damas de la córte. VII. Un buhonero ha empleado. IX. Que pida à un galan Menguiu. XI. Ande yo cana.	83
VII. Si las damas de la córte. VII. Un buhonero ha empleado. IX. Que pida á un galan Menguilla. XI. Da bienes fort.	84
IX. Ou estorn de empleado	85
X. And pida á un gol	88
XI. Do callers Menguille	89
VIII. Cada uno estornuda. IX. Que pida à un galan Menguilla. XI. Da bienes fortuna. XIII. Que pretenda.	90
	93
	94
	98
	00
	01
	2
· · · · · · · · · · · · · · · · · · ·	
No. Oden cial	
The Strong Stron	
	-
Manda amor as 125	
XXVII. Bermosa de lo que siento. 121 XXVIII. Hermosa es y con dinero. 123 XXIX. Allá darás rayo. 125 XXX. Manda amor en su fatiga. 126	
XXVIII. Que un galan enamorado. 121	
III. Famosos son en las armas. 132 IV. Las flores del romero. 132 V. Servia en Orán al Rey. 134 VII. Ciego que as caballos 138	
V. Samuel roman armas.	
14. Rote Vidh al a	
14. Class Sueling	
IV. Las Oores del romero. 138 V. Servia en Orán al Rey. 138 VII. Entre los suellos caballos. 141 VIII. En el caudaloso rio. 144 148	
el caudaloso rio	
142	
144	
149	

PÁGINAS. IX. Segun vuelan por el agua..... 151 X. .La más bella niña..... XI. Frescos airecilios..... 186 XII. A Angélica y Medoro.—En un pastoral albergue...... XIII. Esperando están la rosa..... 164 XIV. A la ciudad de Granada.—Ilustre ciudad famosa...... 167 XV. Levantando blanca espuma..... 175 XVI. Amarrado à un duro banco..... Continuacion del anterior.—La desgracia del forzado...... 178 XVIII. Tû, noche, que alivias..... XIX. Jueves era, jueves...... 193 XX. Junto á una fuente clara..... XXI. ¡Oh cuán bien que acusa Alcino..... 189 XXII. Lloraba la niña..... 190 XX1II. Guarda corderos, zagala..... 191 Saliéndome estotro dia..... 193 XXV. Conocidos mis deseos..... 195 XXVI. Cloris divina en todo..... 197 XXVII. En lágrimas salgan mudos...... 199 XXVIII. La citara que pendiente..... 200 XXIX. A la batalla de Lepanto.—Desbaratados los cuernos...... XXX. Castillo de San Cervantes..... XXXI. Los ravos le cuenta al sol..... 206 XXXII. Las redes sobre el arena..... 207 XXXIII. Rn fanto que mis vacas..... 900 XXXIV. No me bastaba el peligro..... 211 Criàbase de Albanes..... 213 XXXVI. Al pié de un árbol robusto..... 214 XXXVII. A tres damas de Palacio.—Las tres auroras que el Tajo.... 215 XXXVIII. Menguilla la siempre be'la..... XXXIX. Porque corre à despeñarse..... 220 XL. Por las faldas del Atlante..... 991 XLI. La más lucida belleza..... 693 XLII. En la beldad de Jacinta..... XLIII. Liuvias de Mayo y de Octubre..... 999 XLIV. De Tisbe y Píramo quiero..... XLV. A la fábula de Piramo y Tisba.-La ciudad de Babilonia.... 231 XLVI. Tendiendo sus blancos paños..... 248 XLVII. ¡Oué necio que era yo antaño..... XLVIII. A la fâbula de Leandro y Ero.—Aunque entiendo poco griego 255 XLIX. Continuacion del anterior.—Arrojóse el mancebito...... L. Agora, que estoy despacio..... 266 LI. Triste pisa y afligido..... 270 Hermana Marica..... 272 LIII. Hánme dicho, hermana.....

ÍNDICE

	· PÁ	GINAS.
LIV.	Diez años vivió Belerma	283
LV.	Noble desengaño	288
LVI.	Murmuraban los rocines	
LVII.	Que se va la Páscua, mozas	. 297
LVIII.	Labrando estaba Artemisa	299
LIX.	Recibi vuestro billete	301
LX.	A mis señores Poetas	303
LXI.	De amor con intercadencias	307
LXII.	Asi Riselo cantaba	
LXIII.	Mil años há que no canto	
LXIV.	Pensó rendir la mozuela	
LXV.	A vos dijo, señor Tajo	
LXVI.	Manzanares, Manzanares	
LXVII.	Brase una vieja	
LXVIII.	Al ple de un álamo negro	. 326
LXIX.	Ensillenme el asno rucio	330
LXX.	Dejad los libros agora	. 333
LXXI.	Comadres, las mis comadres	. 337
LXXII.	Apeóse el caballero	341
LXXIII.	Al campo salió el estio	314
LXXIV.	Contando estaban sus rayos	316
LXXV.	Cuando estuvo en Cuenca D. Luis.—En los pinares de Júcar.	349
LXXVI.	En el baile del egido	351
LXXVII.	Los montes que al pié se lavan	353
LXXVIII.	Sin vela y sin esperanza	355
LXXIX.	En dos lucientes estrellas	356
LXXX.	Cloris el más bello grano	357
LXXXI.	Por una negra señora	359
LXXXII.	En aquel siglo dorado	360
LXXXIII.	Con ropilla y sin camisa	362

11 2 16



1. I.

